



UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO

Facultad de Filosofía y Letras



COLEGIO DE ESTUDIOS LATINOAMERICANOS

**EL LATINOAMERICANISMO EN LOS ENSAYOS MODERNISTAS
DE MANUEL GUTIÉRREZ NÁJERA Y JOSÉ ENRIQUE RODÓ**

TESIS

Que para obtener el título de:

Licenciada en Estudios Latinoamericanos

Presenta:

GABRIELA GONZÁLEZ HERNÁNDEZ

Asesor:

LIC. RICARDO ARIEL CONTRERAS PÉREZ

CIUDAD UNIVERSITARIA, CDMX, 2021



Universidad Nacional
Autónoma de México

Dirección General de Bibliotecas de la UNAM

Biblioteca Central



UNAM – Dirección General de Bibliotecas
Tesis Digitales
Restricciones de uso

DERECHOS RESERVADOS ©
PROHIBIDA SU REPRODUCCIÓN TOTAL O PARCIAL

Todo el material contenido en esta tesis esta protegido por la Ley Federal del Derecho de Autor (LFDA) de los Estados Unidos Mexicanos (México).

El uso de imágenes, fragmentos de videos, y demás material que sea objeto de protección de los derechos de autor, será exclusivamente para fines educativos e informativos y deberá citar la fuente donde la obtuvo mencionando el autor o autores. Cualquier uso distinto como el lucro, reproducción, edición o modificación, será perseguido y sancionado por el respectivo titular de los Derechos de Autor.

ÍNDICE

INTRODUCCIÓN.....	3
CAPÍTULO 1	9
EL ENSAYO	9
1.1. DEFINICIÓN TEÓRICA DEL ENSAYO	9
1.2. EL ENSAYO EN AMÉRICA LATINA, SIGLO XIX.....	20
CAPÍTULO 2	28
NUEVAS CIRCUNSTANCIAS SOCIALES, NUEVOS ESTADOS DEL ALMA	28
2.1. MODERNIDAD Y MODERNIZACIÓN	28
2.2. MODERNISMO	40
CAPÍTULO 3	49
ANÁLISIS COMPARATIVO DE LOS ENSAYOS DE MANUEL GUTIÉRREZ NÁJERA Y JOSÉ ENRIQUE RODÓ	49
3.1. ENSAYOS DE MANUEL GUTIÉRREZ NÁJERA	50
3.2. ENSAYOS DE JOSÉ ENRIQUE RODÓ.....	65
3.3. ANÁLISIS COMPARATIVO DE LOS TEXTOS SELECCIONADOS	76
CONCLUSIONES.....	88
<i>Cumplimiento de objetivos.....</i>	88
<i>Comprobación de hipótesis</i>	91
<i>Limitaciones de los resultados de la investigación</i>	93
<i>Aportaciones para los estudios latinoamericanos.....</i>	94
BIBLIOGRAFÍA	95
HEMEROGRAFÍA	99
FUENTES ELECTRÓNICAS.....	100

AGRADECIMIENTOS

A la Universidad Nacional Autónoma de México, a la Facultad de Filosofía y Letras, al Colegio de Estudios Latinoamericanos y a las y los grandes docentes que conocí en mi paso por esta institución; a pesar de los obstáculos y desilusiones, hoy más que nunca reafirmo mi pasión por el estudio de las humanidades, en buena medida, gracias a lo aprendido de ellas y ellos.

Millones de gracias a cada uno de los integrantes del sínodo que ha evaluado mi tesis, sobre todo al profesor Ariel Contreras por su valiosa y oportuna ayuda para la conclusión definitiva de mi proceso de titulación. Extiendo este agradecimiento a la Doctora Belem Clark de Lara por su tiempo y orientación dedicados en la génesis de mi investigación con los primeros borradores. También al profesor Francisco Amezcua, no sólo por su lectura, también por ser un gran docente para el CELA, a quien admiro y aprecio con cariño.

Mi gratitud infinita es para mi familia, en especial a mi madre y abuela, por estar detrás de cada logro importante en mi vida, por sus esfuerzos invaluable en mi educación, su paciencia y por todo el amor y la felicidad que me siguen dando. A Omar, mi compañero de vida, por involucrarse conmigo en este andar, sin dudar de mí incluso en los momentos menos esperanzadores y por hacerme ver que yo podría renunciar a todo, pero nunca a mí misma; su amor y el de nuestra pequeña familia han sido mi mejor fortaleza. A mis amigas y amigos del CELA les agradezco dichosa por más de una década de camaradería; entienden mejor que nadie lo que significa haber terminado esta travesía y lo agridulce que podrá ser lo que después venga, pero sin importar qué, no habrá trago amargo a su lado.

GGH.

INTRODUCCIÓN

La presente tesis se elaboró a partir de una investigación bibliográfica y el análisis comparativo de una selección de ensayos de dos autores del modernismo literario latinoamericano: Manuel Gutiérrez Nájera (1859-1895), representando a México, y José Enrique Rodó (1871-1917), ejemplificando el modernismo literario uruguayo.

El objeto de estudio de mi investigación es una muestra de la producción en prosa de ambos autores. Si bien tal objeto puede ser abordado desde la literatura, encuentra igualmente pertinencia para los estudios latinoamericanos, dado que los puntos articulares de mi estudio son la constante proyección de América Latina como unidad cultural y política ante el mundo, y el contexto internacional de la modernidad y el capitalismo de finales del siglo XIX.

Con el análisis comparativo de los ensayos demostraré que el latinoamericanismo fue un tema constante en el pensamiento de los dos escritores modernistas, principalmente, en relación con las naciones de América Latina frente el empuje de los Estados Unidos como entidad política, económica y cultural, la cual, en el contexto del modernismo latinoamericano, había concretado un poder político que desafiaba la existencia soberana del resto del continente.

El análisis comparativo se limita a ocho ensayos de Manuel Gutiérrez Nájera escritos entre 1881 y 1893, y ocho ensayos de José Enrique Rodó, datados entre 1896 y 1910.

Aun cuando existe una brecha temporal entre la producción literaria de estos autores, ambos, en tanto que modernistas y testigos de un proceso económico, político y cultural paralelo en América Latina hacia finales del siglo XIX —etapa de la modernidad en su fase capitalista— convergieron en varias líneas de reflexión, y sus conclusiones y propuestas —derivadas de sus escritos y opiniones— también son similares. Demostrar estas convergencias en los ensayos de ambos escritores es, precisamente, el primer objetivo general de mi tesis y en éste radica mi hipótesis de investigación.

El segundo objetivo general es señalar la importancia del ensayo en el modernismo literario en América Latina ya que, como lo explicaré en el primer capítulo, los estudios literarios sobre el modernismo, hasta hace no más de cincuenta años, se concentraron en la poesía y prestaron poca atención a la prosa. Fue en 1966 cuando Iván Schulman en *Génesis*

del modernismo: Martí, Nájera, Silva y Casal, reconoció a la prosa como el primer espacio de creación modernista.¹ Esta nueva concepción amplió considerablemente el objeto de estudio del modernismo y tales son las condiciones teóricas que respaldan mi investigación. En efecto, el ensayo también fue un género desarrollado por los modernistas y se empleó con ciertos fines: confesarse, persuadir, crear arte e informar, o lo que John Skirius llamó “impulsos básicos del ensayo”.²

A su vez, para entender los ensayos en el marco del modernismo es importante inspeccionar el contexto de la vida y obra de cada autor (la Ciudad de México en el caso de Gutiérrez Nájera, y Montevideo para Rodó) así como el contexto general cultural, político y de valores occidentales a finales del siglo XIX. Ambos puntos serán objetivos particulares de mi investigación, los cuales también incluyen describir de manera breve y comprender el concepto de modernidad y su relación con la modernización.

Mi hipótesis de investigación es la siguiente: el ensayo fue un género literario por medio del cual ciertos autores latinoamericanos modernistas transmitieron e incentivaron reflexiones relacionadas con la situación social, política y cultural de las últimas dos décadas del siglo XIX. Con ello, se refuta la interpretación del modernismo como literatura evasora de la realidad, pues a pesar de las distancias cronológicas entre la producción literaria de los autores analizados, convergieron en ciertas opiniones y propuestas acerca de la modernidad y los conflictos socioculturales de su época.

En el capítulo 1 el tema central es el ensayo; en el 2, el modernismo, y estas son las categorías principales de mi investigación. Para definir el ensayo me basaré principalmente en las propuestas teóricas de John Skirius, Liliana Weinberg, Pedro Aullón de Haro y Medardo Vitier, quienes demostraron que la mejor manera de definir el ensayo es mediante el estudio de sus principales características, a pesar de no tener un formato específico, puesto que el ensayo es una forma prosística que no necesita más lineamiento que un tema y lo que el autor desea escribir sobre éste, de la manera que mejor le parezca. Por ello, retomaré la tesis formulada por Skirius de los cuatro impulsos básicos del ensayo, ya que los textos que analizaré son: producto de la *reflexión* individual de los autores; *informan* sobre uno o varios

¹ Vid. Iván Schulman, *Génesis del modernismo. Martí, Nájera, Silva, Casal*, p. 9.

² Cf. John Skirius (comp.), *El ensayo hispanoamericano del siglo XX*, p. 13.

temas; *persuaden* al lector a meditar junto con ellos y, desde luego, lo orientan a sus propias conclusiones. Además, el ensayo puede impulsar la *creación artística* porque permite la mayor de las libertades.³

Por otro lado, decidí apegarme a la propuesta teórica de Liliana Weinberg quien apunta la necesidad de conocer y procesar la información de un ensayo más allá del mismo; es decir, para analizar los ensayos de Gutiérrez Nájera y Enrique Rodó, no bastará concentrarse en los textos como tal sino que será indispensable conocer la realidad desde la cual se escribieron para comprenderlos de manera completa, puesto que el ensayo, dice Weinberg, es una interpretación sobre algo, y así el lector analiza la interpretación de una interpretación.⁴ Asimismo, me guiaré con las teorías de Aullón de Haro y Vitier quienes destacan la heterogeneidad temática del ensayo como una de sus principales características.

En el capítulo 1, también repararé en una breve historiografía del ensayo, concentrándome en su cronología en América Latina. Para este apartado me basaré en las compilaciones de Alberto Zum Felde tituladas *Índice crítico de la literatura hispanoamericana. El ensayo y la crítica*; y en Peter G. Earle y Robert G. Mead Jr. con su *Historia del ensayo hispanoamericano*, autores que ofrecen distintas perspectivas del estudio de los ensayistas en América Latina desde el siglo XVIII. En sus análisis, prosistas latinoamericanos como Andrés Bello, Esteban Echeverría, Juan Bautista Alberdi, Domingo Faustino Sarmiento y José Victorino Lastarria, son reconocidos como los más importantes ensayistas del siglo XIX en América Latina y los consideraré antecesores de los ensayistas del modernismo. De hecho, cabe señalar que los escritos de Bello, Echeverría y Sarmiento conformaron las lecturas de temprana edad de José Enrique Rodó.

Conocer el contexto social e histórico de Gutiérrez Nájera y Enrique Rodó resulta elemental para poder desarrollar el análisis comparativo de sus ensayos. El capítulo 2 de esta tesis lo dedico a explicar el entorno de ambos modernistas; ahí describiré a la modernidad como idea y como momento histórico y para ello recurriré principalmente a la teoría de la modernidad de Bolívar Echeverría, la cual entenderé como una reconfiguración de los valores

³ Como se verá más adelante, el ensayo carece de una estructura formal y dentro de éste pueden converger diferentes recursos literarios, lo que da pie a la explotación creativa del autor.

⁴ El estudio del ensayo es la interpretación de una interpretación en tanto que se trata de atender, a la vez, un texto y una operación mental (*vid.* Liliana Weinberg, *Pensar el ensayo*, p. 22).

occidentales cuyos nuevos cimientos fueron el individualismo social, político y económico, así como una nueva visión del mundo en la que el hombre se convirtió en un agente activo y creador de su propio entorno, dejando a un lado la “capacidad mágica” del mundo como el animismo, teocentrismo o espiritismo.

Los autores que conforman mi marco teórico sobre el modernismo (tema 2.2) lo definieron a partir de un estudio cuantitativamente más amplio que el de los críticos de principios del siglo XX quienes, teniendo un objeto de estudio limitado —la poesía— concibieron al modernismo como una literatura afrancesada, adicta al misticismo, exótica y evasiva de la realidad. En cambio, los estudios de la segunda mitad del siglo arrojaron nuevas conclusiones: el modernismo no sólo fue poesía, su origen se dio en la prosa y los ensayos modernistas constituyen una prosa enunciativa, preocupada y ocupada de la realidad y, sobre todo, propositiva.

Integro a mi trabajo estudios como *La construcción del modernismo* de Belem Clark de Lara y Ana Laura Zavala Díaz, el cual es una fuente primaria de investigación pues reúne textos de autores mexicanos modernistas —entre ellos, Gutiérrez Nájera— que definieron el modernismo desde su momento histórico, es decir, el último tercio del siglo XIX. Igualmente, *Génesis del modernismo: Martí, Nájera, Silva, Casal*, de Iván Schulman, será una fuente importante y recurrente para definir dicha categoría en la presente tesis. De este autor retomo los planteamientos de que la génesis del modernismo estuvo en la prosa y no en la poesía, y que Manuel Gutiérrez Nájera no fue un precursor, sino un modernista completo, lo cual significa que el inicio del modernismo se remonta a mediados de la década de 1870, varios años antes de la aparición de *Azul* (1888) de Rubén Darío. Por lo antes expuesto, también sustentaré, a partir de Iván Schulman, que Rubén Darío no fue el principio, centro, ni fin del modernismo.

Desde la perspectiva teórica de Victorino Polo García, el modernismo fue una actitud vital humana que abarcó aspectos que rebasan la literatura. Este argumento respaldará uno de los objetivos de esta tesis, pues al analizar comparativamente los ensayos de Gutiérrez Nájera y Rodó, demostraré que el modernismo estaba impregnado de muchos elementos del momento histórico de sus autores.

De Marshall Berman retomaré la propuesta de que la modernidad tuvo un aspecto material y otro espiritual: el aspecto tangible fue la modernización, identificada, para los fines de esta tesis, como la industrialización de las naciones americanas y la expansión del conocimiento científico aplicado a la vida cotidiana; mientras que la cara espiritual de la modernidad, de acuerdo con Berman, fue el modernismo. De esta manera, modernidad-modernización-modernismo se convierte en un trinomio presente en los ensayos que analizaré: Gutiérrez Nájera y Enrique Rodó fueron hombres de ciudades modernas, modificadas por los efectos de la industrialización y la urbanización, como resultado, en gran parte, de las políticas económicas del capitalismo en América Latina entre las décadas de 1870-1890. Por su parte, el modernismo fue parte del brote espiritual que intentaba asimilar la nueva manera de ver el mundo, en la búsqueda y generación de belleza.

El capítulo 3 abordará el análisis de los ocho ensayos de Gutiérrez Nájera y de Enrique Rodó. Las fuentes de donde se extrajeron son: *Obras X. Historia y ciencia*, una edición crítica de ensayos de Gutiérrez Nájera elaborada por Ana Laura Zavala Díaz; y *Obras XIII. Meditaciones políticas*, edición de Belem Clark de Lara. Los títulos de las dos compilaciones orientaron mi propia selección de textos dado que el eje de las meditaciones de Gutiérrez Nájera fue, en cada caso, la historia y la ciencia, así como la política. La fuente de la cual seleccioné los ocho ensayos de José Enrique Rodó fue *Obras completas*, editada por el crítico y ensayista uruguayo Emir Rodríguez Monegal. Su estudio introductorio también es parte de mis fuentes.

El análisis de los ensayos, desarrollado durante el tercer capítulo, es individual para dar lugar así a sus comparaciones. Demostraré que son varios los símiles temáticos entre las obras de los dos autores y que una línea discursiva constante y común entre ellos fue el latinoamericanismo. El cierre de este apartado estará integrado por una conclusión preliminar general, para dar paso a las conclusiones particulares, la comprobación de la hipótesis y el cumplimiento de los objetivos generales y particulares.

Si bien con anterioridad se ha estudiado la obra literaria de Gutiérrez Nájera y de Enrique Rodó, los enfoques que se han dado a esos estudios se concentran en la producción poética y cronística, en el caso del mexicano; y en el caso del uruguayo, una gran parte de la bibliografía sobre él se dirige al estudio y crítica de su obra cumbre, *Ariel*.

Abordar la producción de ensayos de Gutiérrez Nájera para compararlos con la obra de José Enrique Rodó implica un doble quehacer de investigación: primero, requiere adentrarse en la discusión sobre la definición del ensayo como género literario y su importancia en el siglo XIX; y en segunda instancia, determinar las características de los ensayos de ambos autores en el marco del modernismo latinoamericano. Además, representa un aporte para los estudios relacionados con los dos escritores, al tratar una faceta poco analizada de Gutiérrez Nájera como ensayista, y al observar otros ensayos de Rodó, no menos importantes que *Ariel*.

CAPÍTULO 1

EL ENSAYO

1.1. DEFINICIÓN TEÓRICA DEL ENSAYO

Para estudiar la obra ensayística de los modernistas Manuel Gutiérrez Nájera y José Enrique Rodó es necesario delimitar adecuadamente el objeto de estudio dentro de un corpus teórico del ensayo como género literario. Las categorías centrales de esta investigación son *ensayo* y *modernismo*. Aun cuando ambas son de gran importancia para el desarrollo del análisis, me aproximaré en primer lugar a la categoría de ensayo dada la complejidad de su estudio.

La investigación resulta complicada al definir el ensayo latinoamericano del siglo XIX, ya que la mayoría de los estudios se concentran en el siglo XX por una razón: los grandes ensayistas latinoamericanos pertenecieron al siglo pasado, como Alfonso Reyes, José Carlos Mariátegui y Pedro Henríquez Ureña, por mencionar algunos. Enrique Rodó, por ejemplo —aunque lo he retomado en el contexto decimonónico y modernista— abrió la puerta a la prosa latinoamericana del siglo XX a través del ensayo, umbral que atravesaron escritores como Alfonso Reyes, quien reinauguró el problema del ensayo en y para América Latina.⁵

En primer lugar, hago patente que no existe el ensayo prototípico, que no hay fórmula ni reglas estrictas para elaborarlo y menos aún una línea temática concreta que lo circunscriba. Si algo puede asegurarse (anticipándome a las conclusiones de este apartado) es que el ensayo es la manifestación más libre de la prosa en cuanto forma y contenido. Probablemente, el escritor no podrá tener mayor soltura que dentro de este género, pero el alto grado de subjetividad que eso conlleva genera confusiones para distinguir entre el ensayo y otros géneros prosísticos.

Para la definición inicial del ensayo he decidido seguir a John Skirius por la utilidad que tiene la directriz cronológica de su estudio. En su introducción a *El ensayo hispanoamericano del siglo XX*, Skirius comienza con una definición etimológica: como

⁵ Liliana Weinberg, *Pensar el ensayo*, p. 79.

sustantivo, ensayo es análogo del francés *essai* que significa prueba, experimento o intento. En la lengua latina, como sustantivo se asimila a *exagium* que significa acto de pensar; y como verbo significa meditar o examinar la propia mente.⁶ A partir de lo anterior, el ensayo tiene dos acepciones: como sustantivo se refiere a experimento, al intento por concretar algo; como verbo se relaciona con el pensamiento y la meditación. El segundo significado es el que precisamente dota al ensayo de sus principales características: pensamiento, meditación y reflexión.

Para el cubano Medardo Vitier la existencia de esos dos significados en el idioma español resulta inconveniente, pues las palabras “prueba” o “intento” carecen de relación con el concepto de ensayo en literatura. Otro inconveniente —que reviste un carácter más utilitario— es clasificar como ensayo a un buen número de textos que en rigor no lo son.⁷

Contrario a la postura de Vitier, Eduardo Gómez de Baquero reconoció que el ensayo tiene cierto carácter de cosa inacabada, de boceto o bosquejo,⁸ es decir, de la “prueba” o “intento” que indica la primera acepción. El teórico ensayista Max Bense también caracteriza al ensayo como método de experimentación (prueba), ya que, al escribir, el ensayista va experimentando y cuestionando.⁹ Así, el ensayo es a la vez reflexión y experimento de quien lo escribe.

Básicamente, un ensayo es prosa no ficcional que representa la perspectiva particular de un autor dedicado al examen de las más diversas temáticas.¹⁰ Enrique Anderson Imbert concibió al ensayo como una composición en prosa, discursiva pero artística por su riqueza de anécdotas y descripciones, lo bastante breve para que pueda leerse en una sola sentada, con un ilimitado registro de temas interpretados en todos los tonos, y con entera libertad desde un punto de vista personal.¹¹

Definitivamente, el ensayo es prosa: el autor-ensayista deja claro su punto de vista respecto a cualquier tema que desee analizar y de la manera en que lo prefiera, lo cual genera

⁶ John Skirius (comp.), *El ensayo hispanoamericano del siglo XX*, p. 9.

⁷ Medardo Vitier, *Del ensayo hispanoamericano*, p. 45.

⁸ Eduardo Gómez de Baquero, *apud* José Luis Gómez-Martínez, *Teoría del ensayo*, p. 136.

⁹ Pedro Aullón de Haro, “El género ensayístico, los géneros ensayísticos y el sistema de géneros”, en Vicente Cervera, (etal.), *El ensayo como género literario*, p. 21.

¹⁰ L. Weinberg, *op. cit.*, p. 125.

¹¹ *Apud* J. Skirius, *op. cit.*, p. 12.

una composición con alto grado de subjetividad. Sobre la extensión, Imbert refiere que generalmente es breve, pero cabe la posibilidad de que no se limite a diez o veinte cuartillas y que se produzca en forma de libro, como el caso de *Ariel* de José Enrique Rodó.

A la definición de ensayo Vitier agregó un elemento importante: su naturaleza interpretativa. En palabras de Liliana Weinberg, el estudio del ensayo es la interpretación de una interpretación en tanto que atiende, a la vez, un texto y una operación mental, un estilo del pensar y un estilo del decir, una configuración que hace referencia al mundo y al conocimiento del mundo desde el cual deriva la perspectiva del autor.¹² En otras palabras, el ensayo ofrece un enfoque para ver; da una idea de cómo aspira el autor que consideremos su tema siempre dentro de los límites del tiempo y del espacio de los que dispone.¹³ Ello hace necesario conocer y comprender el contexto del autor para interpretar su ensayo; debemos leerlo con la luz de su historicidad, lo cual no omitiré hacer en el estudio de los ensayos de Gutiérrez Nájera y Enrique Rodó.

Como siguiente paso prosigo con Elena Arenas Cruz quien, si bien teorizó al ensayo de manera precisa como un texto del género argumentativo (teoría que citaré más adelante), también lo caracterizó mediante ciertas claves: *qué se dice, quién lo dice, cómo se dice y para qué se dice*.¹⁴ Arenas formuló una propuesta de estructuración formal. Si bien he afirmado al inicio del marco teórico que el ensayo carece de fórmula exacta, decido observar esta propuesta aclarando que se asume como eso, una propuesta, pues continuaré sosteniendo que el ensayo no se ajusta a una estructura formal única ni permanente, sino que obedece, por así decirlo, a sus muy propias reglas.

De acuerdo con Arenas, la “estructura” del ensayo se integra de la siguiente manera.

1. *Exordio*. Es el preámbulo del asunto, pero puede no coincidir con el resto del ensayo. Aquí se pueden incluir:

- a. Los motivos por los que se escribe.
- b. La expresión de los supuestos básicos sobre los que se asentará la argumentación.

¹² L. Weinberg, *op. cit.*, p. 22.

¹³ Robert G. Mead Jr., *op. cit.*, pp. 8-10.

¹⁴ Elena Arenas Cruz, “El ensayo como clase de textos del género argumentativo: un ejemplo de Ortega y Gasset”, en Vicente Cervera, *op. cit.* pp. 43-61.

2. *Transición* [hacia la argumentación]. Presentación por extenso de las circunstancias en que han ocurrido los hechos que inducen la escritura del ensayo. Su función es, por ende, enmarcar los puntos de partida de la argumentación, respecto a lo cual Liliana Weinberg difiere pues ella otorga mayor importancia al título del ensayo como pieza clave que el autor proporciona para la lectura, y la identifica como punto de partida para la interpretación.

3. *Argumentación*. Expresa las pruebas destinadas a razonar la tesis del autor, y a refutar las contrarias. Tales pruebas no son empíricas ni demostrativas, sino retórico-argumentativas cuyas premisas son siempre probables, y sólo serán válidas en contextos concretos con fines determinados. En este punto, nuevamente se destaca la importancia de comprender el contexto histórico y cultural del ensayista para hacer una lectura más acertada de su obra.

4. *Epílogo*. Resume los puntos principales de la argumentación y expone las conclusiones. Sin embargo, el “final” del ensayo no lo es como tal ya que terminará, en palabras de Theodor Adorno, cuando al autor no le queda más qué decir.¹⁵

Para Arenas, no es necesario que exista relación entre la tesis o el argumento central del ensayo y la conclusión (entre la argumentación y el epílogo), es decir, la libertad que tiene el ensayista le permite flexibilizar sus argumentos de tal modo que su última reflexión podría discrepar de todo lo que escribió anteriormente, y aun así, sería posible que persuadiera al receptor de que las ideas expuestas son correctas. Por ello no es viable defender esta idea en mi análisis pues propondré que el ensayo, pese a la poca rigidez de su “método”, sí tiene coherencia expositiva que consecuentemente llevará a una conclusión o idea general a partir de todo lo que ha planteado. Como afirmó Adorno: no es que el ensayo sea ilógico, sino que tiene *su propia lógica*.¹⁶

En la introducción a las *Meditaciones políticas*, Belem Clark de Lara identifica la estructura de la oratoria clásica en los ensayos de Gutiérrez Nájera: *principium, narratio,*

¹⁵ Theodor Adorno, “El ensayo como forma”, en *Notas sobre literatura*, p. 12.

¹⁶ *Ibid.* p. 32.

confirmatio y *peroratio*¹⁷ y aunque encuentro correspondencias entre estas categorías y las que propone Arenas, reitero que en el ensayo no existe una estructura metodológica fija.

De acuerdo con Clark de Lara, la estructura empleada por Gutiérrez Nájera en *Meditaciones políticas* tuvo la obvia intención de persuadir, lo cual constituye el propósito máximo de la oratoria, y en ese sentido, el ensayo también tiene ese fin: persuadir al receptor. Nótese que no me limito a escribir “lector”, pues bajo esta interpretación el ensayo tiene la posibilidad de ser leído para un público, sea reducido o numeroso. Por el contrario, Donald W. Bleznick argumentó que este es quizá el único género literario que no permite ser leído en voz alta,¹⁸ dada la profunda intimación que tiene el autor con el receptor inmediato que, comúnmente, es un lector.

En relación con el estilo y el lenguaje del ensayo, Arenas también aborda el *cómo se dice*. En el ensayo predomina el modo de presentación lingüística llamado *enarrativo*, que podríamos entender como una forma expositiva-argumentativa por medio de la cual el sujeto enunciante comenta, interpreta, informa o debate una idea.¹⁹ El enunciante toma siempre —y él solo— la palabra; si se presentan diálogos, narraciones o descripciones no tendrán acento protagónico porque se darán en función de los argumentos del autor. Dado que éste último es quien toma la palabra, el ensayo es escrito en primera persona y los tiempos verbales corresponden al tiempo presente. Por ello, como se ha mencionado con anterioridad, puede surgir una confusión entre ensayo y otros géneros prosísticos como, por ejemplo, la epístola pues en ésta quien escribe es también el único enunciante, lo que diga será siempre desde la perspectiva del “yo” e incluirá experiencias personales y juicios de valor. Entonces, la diferencia radica en que el ensayo recupera un tema —el que sea— y lo problematiza confrontando aquello que ya se ha dicho y lo que ya es sabido respecto al tema. Por eso el ensayo no expone nuevos planteamientos, sino que discute *algo sobre algo*. Pero lo relevante es que no sólo dice algo, ya que ello es propio de todos los géneros literarios, sino que además de narrar, exponer realidades objetivas y estados subjetivos, dice *algo sobre algo*.²⁰

¹⁷ Cf. Belem Clark de Lara, “Introducción” a *Obras XIII. Meditaciones políticas (1877-1894)*, p. LXXXVIII.

¹⁸ Donald W. Bleznick *apud* J. Gómez-Martínez, *op. cit.*, p. 158.

¹⁹ E. Arenas, *op. cit.*, p. 54.

²⁰ Rafael Virasoro, *apud* J. Gómez-Martínez, *op. cit.* p. 166.

Lo que se plantea en un ensayo no es la verdad absoluta y no pretenderá serlo, pero tampoco será irrealidad o imposibilidad total. El ensayista aspirará siempre a demostrar que conoce bien, y quizá demasiado bien acerca de uno o varios temas a partir de los cuales el público, como receptor, reflexionará adquiriendo el derecho y a la vez la obligación de refutar lo que no considere adecuado; he ahí el diálogo con el autor. Eduardo Nicol ha expresado que el autor de un ensayo puede estar comprometido con la verdad, mas eso no impide que de vez en cuando eche a volar la imaginación. Es posible que escriba algo acerca de lo que no esté completamente seguro, pero no puede inventar algo respecto a lo cual jamás podría estar seguro.²¹

Otro elemento característico del ensayo es la reflexión. Por ello Virginia Woolf lo definió como artefacto autoreflexivo pues se esfuerza por representar e imitar el proceso del pensamiento mismo.²² En palabras de Aullón de Haro el discurso del ensayo es lo que le da plena entidad a este género, y se sustenta en una categoría a la que él denomina “libre discurso reflexivo”.

A pesar de la diversidad de temas que pueden tratarse en el ensayo, no utiliza un lenguaje especializado ya que emplea términos y modos de la lengua natural, lo que explica que su vocabulario no sea técnico o científico. Por ello, se dirige a un público no especialista, lo cual le permite tener mayor amplitud de recepción en comparación con otros géneros prosísticos argumentativos como el artículo o el tratado.

Aunque “todo [tema] puede ser tratado en el ensayo”,²³ en la mayoría de los casos se ocupa –además de la literatura– de temas relacionados con otras disciplinas como la historia, el arte, la filosofía, la política, así como de los productos culturales y la ciencia. Todas esas temáticas están contenidas en los ensayos de Manuel Gutiérrez Nájera y José Enrique Rodó, como se analizará posteriormente.

Siguiendo el hilo analítico del receptor, todo indicaría que cualquier persona, sin que requiera especialización de conocimientos, podría hacer la lectura de un ensayo y ser capaz de convencerse de los argumentos del autor; sin embargo, no debe olvidarse que el ensayista

²¹ Eduardo Nicol, *ibid.*, p. 153.

²² L. Weinberg, *op. cit.*, p. 69.

²³ Martín Alonso Pedraz, *apud* J. Gómez-Martínez, *op. cit.*, p. 147.

habla, interpreta y reflexiona desde su tiempo y realidad concretos, sobre temas que quizá no concuerden con aquello que está demostrado, aceptado y establecido en el mundo del receptor. Así, es recomendable entenderlo a partir del contexto, lo cual significa que el receptor deberá tener conocimientos mínimos del entorno del autor, ya sea antes o después de leer su obra, aunque el escritor vaya arrojando pistas de ello a lo largo de su texto.

De acuerdo con José Edmundo Clemente, el ensayo preocupa al receptor (quien es protagonista del ensayo), se quedará solo con las ideas expuestas del autor, frente a frente y de golpe.²⁴ Mas, ¿cómo lograr una conexión? La respuesta está en la personalidad del autor, elemento que sostiene en gran medida a todo el ensayo. El ensayista debe presentar ciertos caracteres de simpatía incitante que permitan acompañarlo en su variante itinerario para así compenetrar al receptor con las desviaciones y retornos de su pensar.²⁵

Durante la investigación hecha para elaborar el presente marco teórico, encontré algunos criterios que clasifican al ensayo por *tipos* y *formas*. John Skirius distingue dos *tipos* de ensayo a partir de su apego a la literatura como arte:²⁶

a) Ensayo literario. Es el ensayo *per se*. A este tipo le corresponderían las nobles tareas de *confesar, persuadir, informar y crear arte*, las cuales se han denominado “impulsos del ensayo”.

b) Ensayo no literario. Se limita al ámbito periodístico.

Robert G. Mead también clasificó los *tipos* de ensayo:²⁷

a) Formales. Los ensayos biográficos, históricos, críticos y expositivos en general.

b) Informales. Ensayos impresionistas, personales, humorísticos, o meros esbozos.

Por su parte, José Edmundo Clemente identificó tres *formas* del ensayo:²⁸

1. Sociológica.

2. Literaria-estética.

3. Filosófica.

²⁴ Apud J. Gómez-Martínez, *op. cit.*, p. 149.

²⁵ Juan Carlos Chiano, apud J. Gómez-Martínez, *op. cit.*, p. 152.

²⁶ J. Skirius, *op. cit.*, p. 10.

²⁷ Apud J. Gómez-Martínez, *op. cit.*, p. 140.

²⁸ *Ibid.*, p. 151.

Sin embargo, para esta tesis no consideraré tales clasificaciones ya que un solo ensayo puede mostrar más de una o todas las características de los *tipos y formas* que mencionan los autores. El ensayo puede decir mucho sobre varias cosas, o pocas sobre una sola; tal vez repare en una disertación moral, en el análisis de una obra de arte, en una anécdota biográfica, en un episodio histórico o en todo lo anterior al mismo tiempo, pero siempre expresará una interpretación. Expondrá ideas, podrá acercarse a la ficción mediante recursos literarios como la metáfora, mas, repito, lo hará de manera subordinada al estilo prosístico en primera persona en el que están escritos los ensayos.

Con el fin de aproximarme aún más a las características específicas del ensayo, y retomando la idea de que éste puede confundirse con otros géneros escritos en prosa, a continuación, enlisto las diferencias que Medardo Vitier y Robert G. Mead encuentran al momento de comparar el ensayo con el artículo, la monografía y el estudio crítico.

- El artículo es de extensión más breve que el ensayo, sus temas exigen actualidad, vigencia, y su estilo es del género periodístico.
- La monografía, aunque bien puede compartir campo de acción con el ensayo respecto a la didáctica, tendrá una limitación temática clara, y exhaustividad en el tratamiento del tema.
- El estudio crítico es frío, impersonal, a veces monotemático, y trabaja con un método riguroso.²⁹
- Por otra parte, ya había indicado las similitudes del ensayo con la epístola y la autobiografía, y se concluyó que la diferencia esencial radica en que el ensayo problematiza y se apropia de uno o varios temas.

En el contexto de caracterización del ensayo, es importante mencionar la relación genérica que existe en las *Meditaciones* de Gutiérrez Nájera acerca de lo que Belem Clark de Lara denomina “crónica-ensayo”, un género híbrido que logró expresar la dualidad propia de este autor mexicano: poeta-periodista.³⁰ Para el caso de Enrique Rodó, Vicente Cervera Salinas no clasifica la obra *Ariel* como ensayo, sino como novela pedagógica.³¹

²⁹ *Ibid.*, pp. 137, 145.

³⁰ Cf. B. Clark, *op. cit.*, p. LXXVI.

³¹ Vicente Cervera, “Pensamiento literario en la América del siglo XIX”, en Cervera (*et al.*) p. 32.

En la tarea de definir al ensayo avanzo hacia uno de sus principales problemas teóricos: su ubicación dentro de los géneros literarios. En este punto, me apego a la teoría que lo concibe como género híbrido, fronterizo, o mejor definido por Alfonso Reyes, como “el centauro de los géneros”. En seguida expongo las principales teorías que proponen identificar al ensayo como género oscilante.

a) *Ensayo: entre la didáctica y la poesía.* Gómez de Baquero, Medardo Vitier y Robert G. Mead comparten esta teoría. Baquero afirmó “el ensayo es la didáctica hecha literatura”, lo que significa que la científicidad del género didáctico es reemplazado por un orden estético, quizá sentimental, que en el ensayo se trata más bien de un desorden artístico. Mead, retomando a Vitier, justifica la relación del ensayo con la poesía porque en él no se exponen las ideas con el rigor que tienen el tratado o el artículo, sino que estarán vivificadas por un estilo más amable y estético; “doctrina, sí, pero diluida en el comentario animado o en la meditación alada”.³²

b) *Ensayo: entre la filosofía y la literatura.* José Edmundo Clemente señala que la temática abstracta del ensayo y de los textos filosóficos da cierto aire familiar a ambos géneros. No obstante, pueden diferenciarse muy bien: el ensayo nunca obliga a la coherencia, mientras la filosofía aplica sistemas, nexos y continuidad.

Aunado a lo anterior, retomo dos teorías que incluyen al ensayo dentro de un sistema de géneros: la teoría del sistema global de géneros de Aullón de Haro, y las clases de textos de género argumentativo de Arenas Cruz.

c) *Ensayo, géneros ensayísticos y sistema global de géneros.* Los géneros ensayísticos (pensamiento), los géneros científicos (ciencia) y los géneros artístico-literario-poéticos (arte) se insertan en el *sistema global de géneros* y éste abarca todo el espectro literario. Los tres grandes géneros se representan en una pirámide que ubica en la cúspide a los géneros ensayísticos, en un lado de la base a los géneros científicos y en el otro a los géneros artísticos. Eso significa que los géneros ensayísticos pueden aproximarse a uno u otro lado.

³² Apud J. Gómez-Martínez, *op. cit.*, p. 136.

A partir de las proposiciones teóricas anteriores me baso en la idea de que el ensayo es un género particular, distinto de la lírica, la épica o el drama, pero no es independiente, pues está inserto en un sistema de géneros mayor, global, que compone la literatura o espectro literario. Al no ser independiente, su relación con otros géneros es inevitable y recurrirá a préstamos de recursos característicos de cada uno de ellos, mas no de manera subordinada. Así, el ensayo es un género argumentativo cuya expresión procede de una operación mental (pensamiento) y de una reflexión, aunque su manera de exponerlos no obedezca métodos o un orden definido.

Los ensayistas tienen como propósito convencer al receptor de que los argumentos presentados en cada uno de sus ensayos —y sólo éstos— son certeros, mas no La Verdad. La convicción del receptor se consolidará mediante el proceso argumentativo del autor, pero el receptor también será partícipe en tanto que reflexiona, acepta, rechaza o replantea la propuesta esencial del ensayo. Por supuesto que toda literatura tiene ese propósito, el diálogo, pero el ensayo lo evidencia, lo trabaja y agota con mayor intensidad. El proceso de convicción se da en dos niveles: individual y social. Weinberg sostiene que el ensayo articula la escritura y la lectura como experiencias pública y privada.³³ Es experiencia pública porque, en palabras de Eduardo Nicol, los ensayistas, más que creadores, son difusores.³⁴ Lo que expresen en sus ensayos pretende difundirse para un público receptor más amplio que el de otros géneros, dado el lenguaje coloquial en que pueden escribirse y los términos poco especializados que emplea. La experiencia privada, por su parte, reside en la lectura del ensayo que, por lo general, es individual.

Por otra parte, hay autores que defienden que el ensayo tiene una función social, como Elena Arenas, Mariano Picón-Salas, Eduardo Nicol y Zum Felde. Tal función estriba en su capacidad crítica y renovadora. Max Bense afirmó que el ensayo es la crítica de la ideología, y Adorno sostuvo que es la forma literaria crítica por excelencia. Ello significa que el ensayista puede reconstruir los planteamientos ideológicos imperantes en su momento, labor llevada a cabo por los autores aquí estudiados, pues tanto Gutiérrez Nájera como Enrique Rodó, desde su lugar y tiempo específicos, escribieron acerca de la crisis que afectaba a la

³³ L. Weinberg, *op. cit.*, p. 107.

³⁴ E. Nicol, *apud* J. Gómez-Martínez, *op. cit.*, p. 155.

cultura occidental del fin del siglo XIX, de las bendiciones y contradicciones de la ciencia y el progreso. Igualmente, criticaron con matices propios varios aspectos de la práctica política en sus países. Al respecto, Picón-Salas explica que la naturaleza reflexiva-meditativa del ensayo se desarrolla en épocas de crisis, cuando el hombre se encuentra más confundido y crujen los valores de una vieja cultura.³⁵ Más adelante me abocaré a demostrar que la llamada crisis finisecular decimonónica fue considerada por ambos autores de manera menos pesimista y alarmante de lo que podría suponerse. Todos los siglos atraviesan nudos conflictivos en aspectos sociales, políticos y morales, y no es necesario esperar a que terminen para padecer sus contradicciones.

En conclusión, en lo sucesivo denominaré *ensayo* al género argumentativo y subjetivo escrito en prosa no ficcional, que es reflexivo e interpreta las más diversas temáticas, lo que implica que, al interpretar, el ensayo juzga, defiende, refuta y reformula los temas que analiza. Su forma y estilo carecen de rigidez, sin embargo, obedecen a la línea discursiva que indique el autor, siempre presente en la enunciación en primera persona y en tiempo presente. Asimismo, entiendo que el ensayo desarrolla un diálogo permanente con el receptor, el cual, a partir de los planteamientos del autor respecto a uno o varios problemas, está invitado a emitir juicios y reflexiones en el mismo nivel que el ensayista, preferentemente desde el momento histórico y el contexto ideológico del escritor.

De amable léxico derivado del habla coloquial, el ensayo tiene la capacidad de penetrar en un espectro receptivo amplio. Incluso podrá utilizar recursos de otros géneros literarios para sostener sus argumentos, ello lo coloca en un vaivén de registros del habla, lo cual no constituye un defecto, sino que representa su mayor cualidad. Es, además, un género transparente porque permite desentrañar al autor de manera profunda, y eso no lo facilitan de igual manera otros géneros literarios.

³⁵ Mariano Picón-Salas *apud* J. Gómez-Martínez, *op. cit.*, p. 139.

1.2. EL ENSAYO EN AMÉRICA LATINA, SIGLO XIX

Ya esclarecido el concepto de ensayo y sus características particulares, mencionaré aspectos importantes de su origen y desenvolvimiento en el transcurso de la historia de la literatura en América Latina.

El ensayo fue creado y desarrollado *conscientemente* en la modernidad; es decir, es un producto occidental correspondiente a la etapa histórico-ideológica que va de las postrimerías del siglo XV hacia el ocaso del XVIII. Durante ese tiempo fue cultivado con ahínco por franceses e ingleses, pero no así por los literatos hispanos. En cambio, Hispanoamérica se apropió del ensayo y lo explotó desde inicios del siglo XX. José Enrique Rodó fue precisamente el precursor del *siglo del ensayo* en América Latina. Sin embargo, como explicaré posteriormente, eso no elimina del historial ensayístico latinoamericano a figuras como Domingo Faustino Sarmiento, Andrés Bello, Juan Montalvo, o el gran José Martí, quienes de acuerdo con Skirius, Earle, Mead y Zum Felde, fueron algunos de los ensayistas hispanoamericanos más sobresalientes del siglo XIX. Con lo anterior, sostengo entonces: en América Latina el ensayo existía de manera formal desde el siglo XIX aunque sus exponentes no lo nombraron así.

El padre del ensayo moderno fue el francés Michel de Montaigne (1533-1592), pues este género nació con su obra *Essais* de 1580. En ese texto comenzó a caracterizar al ensayo como inflexión autobiográfica y subjetiva: ensayo de facultades naturales, no de facultades adquiridas, afirmó. De esa manera, se excusaba por si alguien observaba ignorancia en sus escritos, pues no era responsable de sus ideas frente a los demás como no lo era frente a sí mismo. En su obra, Montaigne no pretendía dar conocimiento de las cosas, sino de sí mismo.³⁶

Años más tarde la literatura anglosajona también sembraría un nuevo tipo de prosa, con un estilo sin reglas literarias pero regido por la meditación o reflexión de su autor. Francis Bacon, el “padraastro del ensayo moderno” como lo llamó Skirius, mostró con su obra *Essays* (1597) una nueva manera de exponer las grandes cuestiones filosóficas propias de su tiempo,

³⁶ *Apud* J. Skirius, *op. cit.*, p. 9.

sin embargo, se distinguía notablemente de la subjetividad de Montaigne porque intentaba aplicar un “método” objetivo e impersonal³⁷ para dar respuesta a cuestionamientos que, irónicamente, eran subjetivos.

Montaigne y Bacon fueron entonces los primeros en utilizar de manera *consciente* el término ensayo durante la modernidad y le asignaron por primera vez una definición genérica: exposición discursiva en prosa, de corta extensión y de temas diversos. Montaigne tituló *Leçons morales* a sus escritos; Bacon, los nombró *Dispersed meditations*: tales denominaciones son la clave para comprender que en aquel momento los ensayos eran reflexiones y meditaciones acerca de la vida, la sociedad y sus variados componentes.

Liliana Weinberg registra tres advertencias a considerar para el estudio de la historia del ensayo, relacionadas con el momento histórico en el que emergió.³⁸

1. El uso del término ensayo fue propagándose en títulos de libros de diversa índole, sobre todo en Inglaterra. Hacia el siglo XVIII, el incremento de publicaciones periódicas facilitó una importante base material y pragmática para la construcción genérica del ensayo moderno; la lengua inglesa tuvo la función protagónica en este proceso.
2. Poco tiempo después, el ensayo fue revalorizado en Francia, especialmente a través de Voltaire. En España su aplicación fue más tardía por la persistencia de términos como discurso, epístola, carta o tratado.³⁹ Eso explica por qué en 1900 Leopoldo Alas escribió en su comentario a *Ariel* de José Enrique Rodó que esta obra no era novela ni libro didáctico, sino algo de “ese género intermedio que cultivan con éxito los franceses”.⁴⁰ Y es que, en palabras de Skirius, todo era cuestión de terminología, pues en la Hispanoamérica del siglo XIX —incluso en el XVIII, como proponen Zum Felde y Earle— los grandes prosistas eran también fecundos ensayistas como Sarmiento, Bello, Montalvo, Martí, Hostos y González Prada.

Hasta aquí se ha hecho referencia a la fase moderna del ensayo. Sin embargo, Medardo Vitier propuso que existen antecedentes de este género, llamados “brotes

³⁷ *Ibid.*, p. 9.

³⁸ L. Weinberg, *op. cit.*, p. 129.

³⁹ Pedro Aullón de Haro, *Teoría del ensayo*, p. 119.

⁴⁰ J. Skirius, *op. cit.*, p 10.

rudimentarios del ensayo”, que se localizan en libros que integran la Biblia y en escritos de Confucio y Lao-Tse. Plantea que en la literatura griega y latina aparecieron formas mejor articuladas del ensayo con Platón y Aristóteles, posteriores influencias de Montaigne y Bacon, respectivamente. Y que, en la Edad Media, San Agustín fue el mayor ensayista, mientras Maquiavelo, Erasmo y el español Guevara lo fueron en el Renacimiento.⁴¹

No es mi objetivo evaluar si tales obras son o no ensayos; no obstante, a partir de la propuesta de Vitier argumentaré que el ensayo ha sido un recurso empleado por pensadores, políticos y escritores en el transcurso del tiempo y en el desarrollo de la literatura, mas no sería legítimo comparar los ejemplares “rudimentarios” de Confucio con el estilo ensayístico del siglo XX.

En la obra *Historia del ensayo hispanoamericano*, Peter G. Earle y Robert Mead se dedicaron —como indica el título— a delimitar la historia del ensayo en América Latina mediante el estudio de varios escritores a los que denominan ensayistas. Aquí tampoco es pertinente concentrar la atención en las obras de cada uno de los autores analizados por Earle y Mead, mas retomo su criterio de clasificación para después compararlo con el de Zum Felde y otros, y a partir de ello delimitar el contexto ensayístico latinoamericano del siglo XIX en el que se desarrollaron, a veces más cercanos y otras más lejanos, los ensayos de Gutiérrez Nájera y Enrique Rodó.

Bajo el criterio antológico de Earle y Mead, los “grandes precursores del ensayo” son los escritores del romanticismo americano, fruto de los procesos y fallas de la construcción de las nuevas naciones americanas. En su mayoría, estos precursores también fueron hijos del liberalismo: deseaban que la política se pusiera al servicio de la educación, aspiraban a un pensamiento americano oponiéndose a las ideologías tradicionales españolas a las que consideraban escolásticas y anticientíficas.⁴² Durante el periodo de 1820 a 1860, las letras fueron un instrumento útil para la política, pues la oratoria, el periodismo y el ensayo estuvieron al servicio de la propagación de ideologías, principalmente la liberal. Los impulsores de esa faceta del ensayo fueron los argentinos Esteban Echeverría (1808-1851) con *Dogma socialista* (1839), y Juan Bautista Alberdi (1810-1884) con *Bases para la*

⁴¹ M. Vitier, *op. cit.*, p. 49.

⁴² Peter G. Earle y Robert G. Mead Jr., *op. cit.*, pp. 27-28.

organización política de la Confederación Argentina (1858). Mediante el ensayo, los dos prosistas propagaron la idea de una nación, de un proyecto político, así como de un *deber ser* para la nueva generación de América. Hasta ese momento, el ensayo latinoamericano tenía una línea temática definida: proponer modelos políticos para las nuevas naciones.

Otro importante prosista del romanticismo, también argentino, fue Domingo Faustino Sarmiento (1811-1888) con su obra cumbre *Civilización y barbarie: vida de Juan Facundo Quiroga* (1843). Una de las principales problemáticas que genera el análisis de esta obra, no sólo para críticos literarios sino también para historiadores y sociólogos, es clasificarla dentro de un género literario, pues se le ha considerado novela, *protosociología* argentina, o un ensayo de muy larga extensión. *Facundo* trata temas políticos, desde luego, pero también morales e históricos; en él hay humor y rasgos autobiográficos.

Earle y Mead también consideraron grandes precursores del ensayo a los chilenos José Victorino Lastarria (1817-1888) y Francisco Bilbao (1823-1865). Sus obras en prosa estuvieron igualmente marcadas por la ideología liberal y por un fuerte acento latinoamericanista, característica en la que destacan los ensayos “América en peligro” (1862) y “El evangelio americano” (1864) de Bilbao.

De acuerdo con la teoría de Mead y Earle, los “primeros ensayistas” considerados positivistas sólo fueron dos: el ecuatoriano Juan Montalvo (1832-1889), y el puertorriqueño Eugenio María Hostos (1839-1903). Para Mead y Earle, Montalvo fue el más poderoso prosista que haya escrito en lengua española, además de ser el primer ensayista latinoamericano cuya obra trascendió los temas políticos para adentrarse en un espectro literario más amplio, como en *Siete tratados* (1822) y *Las catilinarias* (1880).⁴³ Ambos teóricos plantean que no hay duda de que Montalvo fue ensayista, pues su estilo es similar al de Montaigne. En *Las catilinarias*, por ejemplo, intercaló anécdotas para respaldar su discurso en tono denunciante; y en *Siete tratados* figuraron episodios históricos, mitológicos, y otros temas como trasfondo diverso que sustenta su tesis, fundamentalmente moral. Debe observarse que Montalvo empleó el término “tratados” y no “ensayos” en su título. Y cabe

⁴³ *Ibid.*, p. 41.

agregar que José Enrique Rodó se declaró admirador de la prosa de Montalvo e hizo un breve estudio de su obra en un ensayo homónimo.

Contrario a la forma de Montalvo, Hostos siguió la línea política en sus ensayos y tuvo el impulso de participar directamente en la lucha por la independencia de Cuba.⁴⁴ Sus ideales políticos también eran latinoamericanistas pues entre sus proyectos políticos figuraba crear una confederación antillana, independiente de España. En un contexto ideológico diferente al de Echeverría o Sarmiento, Hostos partió del positivismo, específicamente de la pedagogía.

Mead y Earle identificaron un tercer momento del ensayo entre los años 1885 y 1910. Su criterio de clasificación no estriba, empero, ni en la cronología ni en la temática de los prosistas de ese periodo, sino en el hecho de que todos participaron en la “necesaria renovación finisecular”.⁴⁵ El contexto empezó a cambiar de manera turbulenta en las últimas dos décadas del siglo XIX (tema en el que ahondaré en el próximo capítulo). Esta tercera “generación” se subdividió en aquellos prosistas que tenían mayor afinidad por sus antecesores, a saber, el peruano José González Prada (1848-1918), el cubano Enrique José Varona (1849-1933) quien, igual que Hostos, estuvo involucrado en la configuración ideológica de la independencia de Cuba y a cargo de la modernización de su sistema educativo, y el mexicano Justo Sierra (1848-1912), uno de los más importantes difusores del positivismo en México, y además de ser notable crítico literario, escribió el “Prólogo” a las *Poesías* de Manuel Gutiérrez Nájera (1896) y a las *Peregrinaciones* de Rubén Darío (1901); también tuvo el mérito de restablecer y unificar la Universidad Nacional de México.

Por otra parte, el cubano José Martí (1853-1895)⁴⁶ está clasificado como ensayista del tránsito hacia el modernismo. La prosa es aproximadamente ochenta por ciento de su obra general.⁴⁷ Sin duda, su ensayo más representativo —emblemático para la historia de las ideas

⁴⁴ *Ibid.*, p. 45.

⁴⁵ *Ibid.*, p. 47.

⁴⁶ No concuerdo con los autores en que Martí sea un conector con el modernismo, sino que es uno de los primeros y más sobresalientes modernistas. Además, a decir de Iván Schulman, la renovación literaria de Hispanoamérica —premisa del modernismo— se manifestó primeramente en la prosa de José Martí y de Manuel Gutiérrez Nájera, lo cual significa que, aunque se identifique al modernismo a través de su poesía, su verdadero origen está en la prosa.

⁴⁷ P. Earle y R. Mead Jr., *op. cit.*, p. 55.

latinoamericanas— es “Nuestra América” (1891), en el cual hace un llamado a las naciones de América Latina para unirse frente al “gigante de las siete leguas en las botas” (Estados Unidos, imperialista decimonónico), a combatir desde la trinchera de las ideas.

De acuerdo con el criterio clasificatorio de Earle y Mead, entre los prosistas del modernismo figuran Manuel Gutiérrez Nájera y José Enrique Rodó. Del mexicano, los autores rescatan su producción como cronista, la cual osciló entre temas teatrales europeos y mexicanos, tópicos sociales, humorísticos y críticas literarias. Al uruguayo lo reconocen, ni más ni menos, como el mayor prosista del modernismo por su obra *Ariel* (1900).

El criterio antológico de Alberto Zum Felde es diferente en su *Índice crítico de la literatura hispanoamericana*. Igual que Mead y Earle, Zum consideró la línea temática americanista como eje articulador, aunque desde la perspectiva sociológica, filosófica e histórica, y fue mucho más exhaustivo en su análisis. Sin embargo, para Zum Felde el ensayo y la crítica ideológica, política, histórica, literaria, de arte, etcétera, surgieron desde el nacimiento de la literatura hispanoamericana, por lo cual clasifica como ensayos a las crónicas de Indias del siglo XVI, las *Cartas de relación* de Hernán Cortés, así como las polémicas y disertaciones teológico-políticas de ciertos evangelizadores como Fray Bartolomé de las Casas. Respecto a los siglos XVII y XVIII, Zum Felde reconoció a Góngora y al gongorismo como los principales ejemplos del género ensayístico; y al español Jerónimo Feijoo (1676-1764), al novohispano José Antonio Alzate (1737-1799) y al también novohispano José Ignacio Bartolache (1739-1790) como portavoces del ensayo de la Ilustración.⁴⁸

Del *Índice crítico* he puesto especial atención en el Libro Segundo, pues está dedicado al análisis de las prosas ensayísticas del siglo XIX. Para Zum Felde, el venezolano Andrés Bello (1781-1865) se perfiló históricamente como el único gran ensayista de la generación intelectual de la etapa de independencia de Hispanoamérica, y fue uno de los fundadores del ensayo latinoamericano.⁴⁹ También clasificó a Esteban Echeverría como fundador de este género y encomió al *Dogma socialista* como una de sus mejores creaciones. A estos autores

⁴⁸ Alberto Zum Felde, *Índice crítico de la literatura hispanoamericana. El ensayo y la crítica*, p. 62. La crítica a las obras de los ensayistas mencionados está en el Libro Primero de esta obra; el Libro Segundo se dedica al estudio de los ensayistas decimonónicos.

⁴⁹ *Ibid.*, p. 74.

sucedieron Sarmiento, Alberdi, Lastarria y Bilbao, en cuyos ensayos Zum Felde reconoció una interpretación de la realidad histórica americana de la primera mitad del siglo XIX.⁵⁰

En el Libro Tercero, Zum citó la denominada “transición al realismo” con el mexicano Ignacio Manuel Altamirano (1834-1893), con Juan Montalvo y José Martí. Empero, esta clasificación me parece difusa ya que con Martí el modernismo está inserto en este rubro, y Rodó se incluye en la esfera positivista. Mientras Gutiérrez Nájera no figura en ningún espacio del *Índice* de Zum, a Rodó y su obra *Ariel* le dedica dos capítulos.

Skirius, por su parte, identificó como ensayistas latinoamericanos del siglo XIX únicamente a González Prada, Rubén Darío y José Enrique Rodó.

Cabe mencionar la tesis de Juan Loveluck que ubica temporalmente al ensayo latinoamericano del siglo XIX entre 1843, año en que se publicó *Facundo*, de Sarmiento, y 1900, fecha de publicación de *Ariel*.⁵¹ Recordemos que varios autores sitúan *Ariel* como el nacimiento del ensayo del siglo XX. Una excepción es Vicente Cervera quien considera al texto “Nuestra América” de Martí (1891) como la inauguración del ensayo de ese siglo.⁵²

En conclusión, el ensayo hispanoamericano del siglo XIX atravesó distintas etapas correspondientes a momentos históricos e ideológicos particulares. Precisamente, el ensayo fue modificándose para dar respuesta a diversas inquietudes relacionadas con la política, la historia, disertaciones morales, o bien, enunciaba los problemas que aquejaban a las sociedades latinoamericanas decimonónicas.

La primera etapa del ensayo del siglo XIX se caracterizó por plantear la necesidad de descolonización (la ruptura política con España) y a la vez, necesariamente, por la idea de una América libre. El rumbo político que Latinoamérica debía tomar fue motivo de una larga y profunda discusión: el liberalismo frente al conservadurismo, debate que ejemplifica la segunda etapa del ensayo hispanoamericano en el siglo XIX. La tercera etapa fue abierta por Juan Montalvo, quien por un momento llevó a este género por sendas dirigidas más allá de la política. Finalmente, la cuarta y última etapa del ensayo decimonónico se desarrolló en el contexto del modernismo y el positivismo; en ese momento el ensayo tomó impulso y se

⁵⁰ *Ibid.*, p. 115.

⁵¹ Juan Loveluck, *apud* J. Gómez-Martínez, *op. cit.*, p. 177.

⁵² V. Cervera, *op. cit.*, p. 25.

ocupó de temas políticos, además de tener índole crítica y artística. José Enrique Rodó y *Ariel* dieron el último y gran paso de la etapa decimonónica y saltaron hacia el siglo ensayístico por excelencia, el siglo XX.

Cervera Salinas sostuvo que la literatura hispanoamericana del siglo XIX concibió sus formas, géneros y estilos a partir del ensayo, pues se trataba de un ensayo histórico; ensayo en el sentido de esbozo, bosquejo, pues aquel siglo fue el escenario de la configuración de Estados, sociedades, identidades y conciencias en Hispanoamérica.⁵³ En efecto, los ensayos latinoamericanos de los siglos XIX y XX buscaron crear o crearon identidades en diversos aspectos, y ¿cómo lograrlo sino mediante el cuestionamiento y la reflexión? En ese sentido, la historia de las ideas en América Latina debe mucho al ensayo como difusor, detractor, y a la vez generador de ideologías.

⁵³ *Idem.*

CAPÍTULO 2

NUEVAS CIRCUNSTANCIAS SOCIALES, NUEVOS ESTADOS DEL ALMA

2.1. MODERNIDAD Y MODERNIZACIÓN

La base teórica de mi análisis se complementará con la definición y caracterización del modernismo literario del último tercio del siglo XIX en América Latina. Aclaro que deberá identificarse al modernismo como un fenómeno sociocultural polifacético que va más allá del arte y la literatura, a pesar de que esta investigación se focaliza en la producción ensayística del modernismo.

Ya he mencionado la importancia de estudiar y comprender el contexto histórico, social y político de las obras que analizaré, ya que las circunstancias en que se desarrollaron Manuel Gutiérrez Nájera y José Enrique Rodó motivaron y a la vez explican sus meditaciones. El gran contexto internacional que es la modernidad también arrojará luz sobre los propósitos y limitaciones que tuvieron sus ensayos al momento de ser escritos. Por ello basaré mi análisis en interpretaciones de autores como Marshall Berman, Bolívar Echeverría y Françoise Perus, para explicar el complejo fenómeno del modernismo inserto en la modernidad del siglo XIX. También incluiré autores como Iván A. Schulman, Victorino Polo García, Belem Clark de Lara, Ana Laura Zavala Díaz y Rafael Gutiérrez Girardot, pues ofrecen distintas líneas de interpretación, elementos cronológicos, acontecimientos y nombres representativos para el desarrollo del modernismo. Ricardo Gullón, Clark de Lara y Zavala Díaz proporcionan dos antologías de los primeros textos modernistas que conforman una fuente primaria para esta parte de la investigación.

El hecho de que el modernismo fuera una parte de la expresión total compleja denominada modernidad, explica por qué ambos conceptos son indisolubles. Por ello, en este capítulo pondré especial atención al concepto *modernidad*, teniendo como guía las interpretaciones de Bolívar Echeverría y Marshall Berman.

Con base en los elementos teóricos anteriores se establece en primer lugar que la modernidad no puede ser determinada como un periodo histórico con inicio y término específicos, sino como un proceso que reconfiguró de manera constante las condiciones

objetivas y subjetivas de la sociedad en la escala internacional, y que a la vez reconfiguró las circunstancias sociales en la escala regional. Así, Bolívar Echeverría definió a la modernidad como “un conjunto de hechos objetivos que resultan tajantemente incompatibles con la configuración establecida del mundo de la vida, que se justifican a sí mismos como sustitutos de las condiciones previas que se tornaron obsoletas e ineficaces, y aparecen como innovaciones elementales que buscan satisfacer la necesidad de transformación que ha emanado, precisamente, en el seno mismo de ese mundo”.⁵⁴

Tales características se ejemplifican con tres fenómenos sociales prototípicos de la modernidad:⁵⁵

1. La aparición de una nueva confianza práctica del hombre, que se contrapuso a la “capacidad mágica” de las fuerzas sobrenaturales para intervenir en la vida humana (espíritus, dioses, Dios). Es lo que puede llamarse *la caída del velo*, que dotó a la humanidad de autoconciencia pues con ello reconoció que por sí misma era capaz de generar los instrumentos, condiciones y comportamientos de una base material propia, y de satisfacer aquella necesidad de transformación que refiere Bolívar Echeverría. Este nuevo panorama provocó un fenómeno de ateísmo en el discurso reflexivo que se sintetiza con “la muerte de Dios”, lo cual es identificado por Rafael Gutiérrez Girardot como la *secularización del mundo*.
2. La secularización de lo político. Bolívar también lo denominó “materialismo político”, que consiste en la primacía de la política económica de la vida social sobre cualquier otro tipo de política. Como indicaré posteriormente, la primacía de la esfera económica produjo la mercantilización de prácticamente todos los aspectos de la vida humana moderna, entre ellos, el quehacer cultural y sus manifestaciones estéticas, en particular durante el siglo XIX que fue, en América, el siglo introductorio al capitalismo.
3. El individualismo. Se concibió al individuo como el átomo de la humanidad; la supremacía del individuo desplazó al comunitarismo y a sus prácticas económicas,

⁵⁴ Cf. Bolívar Echeverría, “Un concepto de modernidad”, en *Contrahistorias. La otra mirada de Clío*, agosto de 2008, respaldo electrónico: <http://goo.gl/viThB>, consultado el 2 de febrero de 2014, pp. 1-2.

⁵⁵ *Ibid.*, p. 3.

sociales y culturales. Aquí cabe mencionar distintos aspectos del individualismo relacionados con la moral, la política y la economía. Por ejemplo, el *individualismo ético* sostenía que la moral es un asunto esencialmente personal, de modo que el individuo es la fuente de la moralidad y de los principios éticos. El *individualismo político*, por su parte, afirmaba que la sociedad es un conjunto de individuos racionales, generadores de deseos, preferencias, y únicos jueces y defensores de sus intereses. El *individualismo económico* se basaba en la creencia de que las leyes del mercado tienen la racionalidad suficiente para funcionar sin —o con una mínima— intervención del Estado. Este individualismo asume la propiedad privada de los medios de producción y la libertad en el mercado como condiciones para adquirir mercancías y fuentes de trabajo.⁵⁶

Marshall Berman advirtió una distinción entre la manera en que fue observada la modernidad en el siglo XIX y cómo fue asumida en el siglo XX. El pensamiento decimonónico presupone —a partir de la visión que Karl Marx tuvo de la modernidad— la unidad entre vida y experiencia, que incluye la política y la psicología modernas, la industria y la espiritualidad, clases dominantes y clases trabajadoras, es decir, la modernidad como totalidad. En cambio, el pensamiento del siglo XX dividió a la modernidad en dos categorías: la *modernización*, que abarca la economía y la política, y el *modernismo*, que incluye el ámbito del arte, la cultura y la sensibilidad.⁵⁷

Aunque sí identifico diferencias entre modernización, entendida como los aspectos tangibles o materiales del proceso de modernidad relacionados directamente con las prácticas económicas y la tecnología, y el modernismo, como las manifestaciones sensibles, culturales y estéticas, tangibles o intangibles de la modernidad, no optaré por separar de forma absoluta ambos conceptos, por el contrario, los reconozco dentro de la totalidad llamada modernidad, como productos y características de ésta. Además, coincido con Berman cuando considera al pensamiento de Marx, al capitalismo, a la burguesía y al modernismo danzando entrelazados dialécticamente;⁵⁸ y con Françoise Perus, quien plantea que dentro de una estructura social

⁵⁶ Cf. S. f., “El individualismo”, en *Estudios. Filosofía, historia, letras*, Instituto Tecnológico Autónomo de México, 1990, respaldo electrónico: <http://goo.gl/IUYIF>

⁵⁷ Marshall Berman, *Todo lo sólido se desvanece en el aire. La experiencia de la modernidad*, p. 82.

⁵⁸ *Ibid.*, p. 84.

coexisten prácticas diferenciadas que, a pesar de sus particularidades, convergen en un ciclo y de esa manera las *prácticas económicas* determinan las *prácticas políticas* y éstas, a su vez, dirigen las *prácticas teórico-artísticas*.⁵⁹ Con ello, reafirmo que la economía, la política, las ideologías y el arte —temas desarrollados por Gutiérrez Nájera y Rodó en sus ensayos— no pueden comprenderse de manera aislada.

El modo de producción capitalista, por un lado, y la nueva capacidad práctica del hombre que plantea Echeverría, por otro, lograron una simbiosis que alcanzó un impulso óptimo en Europa a partir de la Revolución Industrial en el siglo XVIII,⁶⁰ y comenzó a configurar las condiciones materiales y sociales que se consolidaron en el siglo XIX cuando el modo de producción y la organización social capitalista —de la mano de la clase burguesa— determinaron y encabezaron múltiples aspectos de la vida social universal.

Dado que tomaré como respaldo teórico una de las tesis de Karl Marx y Friedrich Engels que argumenta que las ideas dominantes de una época son precisamente las ideas de la clase hegemónica correspondiente, es decir, que la clase que controla los medios de producción y ejerce el poder material económico es también la que ejerce el poder ideológico,⁶¹ es necesario plantear ciertos aspectos teóricos acerca del modo de producción capitalista.

El modo de producción capitalista trajo consigo innovaciones técnicas y tecnológicas considerablemente útiles para lograr un cambio radical en las formas de producción y acumulación de capital, lo que retroalimentó al sistema económico-político capitalista y a la clase burguesa, promotora y principal beneficiaria de este sistema. Acelerar la producción, incrementarla en volumen y facilitar su distribución fueron tareas fundamentales del capitalismo ya que éstas aseguraban mayor consumo a nivel mundial. Si se lograba, el capital se acumulaba y se concentraba en manos de unos pocos.

En la primera parte del *Manifiesto del partido comunista*, Marx presentó un panorama de lo que actualmente se reconoce como el proceso de modernización. En palabras de Marshall Berman, Marx describió ahí el sólido meollo institucional de la modernidad. Ante

⁵⁹ Françoise Perus, *Literatura y sociedad en América Latina. El Modernismo*, p. 28.

⁶⁰ B. Echeverría, *op. cit.*, p. 16.

⁶¹ Cf. Karl Marx y Friedrich Engels, *La ideología alemana*, p. 58.

todo, se constituyó un mercado mundial que, al expandirse, absorbió y debilitó los mercados regionales. El consumo y la producción —centralizada y racionalizada en fábricas cada vez más automatizadas— se hicieron internacionales y cosmopolitas. Los deseos y las demandas humanas rebasaron la capacidad de las industrias locales que, en consecuencia, colapsaron. El capital se concentró cada vez más en pocas manos. Los burgueses y el Estado que los burgueses crearon y manejaron, fomentaron el engrandecimiento y sobre todo el “embellecimiento” de sus ciudades.⁶² Los campesinos y artesanos no pudieron competir con la producción en serie capitalista, viéndose forzados a declinar. Como resultado, grandes cantidades de pobres y desarraigados emigraban hacia los centros urbanos que en aquel tiempo experimentaban un “mágico” crecimiento.⁶³

Pero las vertiginosas innovaciones tecnológicas no paraban ahí. Hacia el último tercio del siglo XIX, además de la industria siderúrgica que fabricaba, entre otras cosas, los imperiosos ferrocarriles y barcos de vapor —los más importantes medios de transporte de la época—, emergió una nueva matriz industrial a partir del descubrimiento de nuevas energías: el petróleo y la electricidad, motores relativamente imparables para el resto del siglo XIX.

Fue entonces cuando el mundo y su reorganización social se entendieron a partir de la modernización material como resultado, en parte, de la industrialización. Por ello existían regiones industrializadas y regiones no industrializadas.⁶⁴ Cabe señalar que esta división implicaba a la vez un ejercicio de dominación de los “modernizados” sobre los “no modernizados”, relación de poder efectiva que se concretó en escala global con el proceso de expansión imperialista ejecutado por potencias capitalistas como Inglaterra y Francia durante la segunda mitad del siglo XIX.⁶⁵

En el marco de este proceso histórico, América Latina se incorporó al sistema capitalista como fuente de materias primas que satisfacía la demanda de consumo

⁶² Rafael Gutiérrez Girardot, *Modernismo, supuestos históricos y culturales*, p. 106.

⁶³ M. Berman, *op. cit.*, p. 85.

⁶⁴ Prefiero el término región industrializada en lugar de país industrializado puesto que, aun en la actualidad, los contrastes socioeconómicos y los aspectos de la modernización varían de una región a otra, incluso dentro de los límites territoriales de un mismo Estado-nación.

⁶⁵ Entiendo como imperialismo la dominación —o bien, el esfuerzo latente por lograr tal dominación— que ejerce un Estado relativamente fuerte sobre un pueblo más débil, al que no controla como lo hace con su propia población (*vid.* Tony Smith, *Los modelos de imperialismo. Estados Unidos, Gran Bretaña y el mundo tardíamente industrializado desde 1815*, p. 23).

internacional, y como importante mercado para las manufacturas europeas que, en consecuencia, suprimieron la importancia de los productos y mercados regionales. Este proceso también se identifica como neocolonialismo.⁶⁶ Asimismo, la clase burguesa en América Latina⁶⁷ —integrada sobre todo por acaudalados terratenientes favorecidos por las leyes liberales de desamortización de bienes eclesiásticos— junto con representantes de las burguesías extranjeras —como banqueros e inversionistas ingleses, alemanes, franceses— impulsaron nuevos ciclos productivos de exportación como en el caso de Brasil y ciertas regiones del Caribe desde las cuales, por ejemplo, se exportaba más del sesenta por ciento de la producción mundial de granos de café.⁶⁸

Durante el último tercio del siglo XIX, el campo, las plantaciones y las llamadas estancias-haciendas-fincas permanecían en un nivel de modernización bajo en comparación con las principales metrópolis latinoamericanas, como la Ciudad de México, Buenos Aires, São Paulo y Lima, todas modernas y modernizadas. Considero entonces, como se ha mencionado en líneas anteriores, que Gutiérrez Nájera y Enrique Rodó fueron hombres nacidos y desenvueltos en un ambiente completamente ciudadano (la Ciudad de México y el complejo porteño de Montevideo, respectivamente), lo cual significa que fueron testigos y partícipes de la modernización en su acérrima expresión.

Cabe mencionar que el concepto “modernización” también deriva de una concepción de la vida humana y de su historia como lanzadas hacia adelante por el impulso de la modernidad y del capitalismo.⁶⁹ Esa línea recta y ascendente es lo que identifiqué como noción

⁶⁶ Cf. Tulio Halperín Donghi, *Historia contemporánea de América Latina*, pp. 280-283.

⁶⁷ No es mi objetivo involucrarme en la discusión teórica sobre la existencia o negación de una clase burguesa en la América Latina del siglo XIX, empero, para los propósitos de esta investigación, sí reconozco la existencia de una clase burguesa decimonónica latinoamericana, dentro de la cual adscribo a los modernistas aquí estudiados (cf. Florestan Fernández *et al.*, *Las clases sociales en América Latina. Problemas de conceptualización*). Para el caso mexicano, retomo la definición decimonónica de Justo Sierra quien reconocía a la burguesía como una Clase Nueva y la única activa de la sociedad mexicana, que se había formado de la amalgama de los elementos dinámicos de dos grupos sociales extremos: los propietarios y el pueblo bajo, éste último absorbido por el primero por medio del presupuesto (impuestos), o bien, por la escuela (educación). La clase burguesa, para Justo Sierra, era el núcleo de la sociedad mexicana, la cual representaba, por su mestizaje biológico, la verdadera clase nacional (cf. Claude Dumas, *Justo Sierra y el México de su tiempo, 1848-1912*, t. 1, p. 299).

⁶⁸ Cf. T. Halperin, *op. cit.*, p. 224.

⁶⁹ B. Echeverría, *op. cit.*, p. 3.

de progreso del siglo XIX. Como se observará más adelante, esta idea fue discutida en los ensayos de Gutiérrez Nájera y de Enrique Rodó.

Retomando la premisa marxista de que en todos los tiempos la ideología dominante es precisamente la ideología de la clase dominante, deduzco que si el siglo XIX fue el siglo moderno por antonomasia, en el que el capitalismo alcanzó supremacía (que fue total en Europa y apenas un primer impulso en América), y si la clase hegemónica en las nuevas relaciones de producción del capitalismo era la burguesía, entonces las ideas dominantes de ese siglo, particularmente de la segunda mitad, fueron ideas originadas en y circunscritas a las prácticas económicas, sociales y culturales de la burguesía. Ello arroja una importante clave para interpretar posteriormente los textos de Gutiérrez Nájera y Rodó: ellos mismos fueron parte del *modus vivendi* y de la marea ideológica dominante de su época, algunas veces navegando a contracorriente, otras arrastrados por ella.

La nueva cosmovisión del siglo XIX en la que el hombre (entendiendo al hombre no en término genérico, pues en realidad esa nueva cosmovisión colocaba en la cima al *varón capitalista*) se vio a sí mismo como agente transformador y creador de sus propias bases y condiciones materiales, trajo consigo el término de la vida agrícola como estilo de vida común social. En su lugar, emergió el culto —yo diría filia— a la *Gran Ciudad*,⁷⁰ a sus personajes y a sus bendiciones modernas. Gutiérrez Girardot adjetivó a este periodo como el “siglo de las grandes ciudades”, no por la aparición de nuevas metrópolis (París, Londres, ya tenían su placa dorada en la historia urbana universal) sino por su ensanche inmisericorde frente al campo y la vida agrícola.⁷¹

Si estos son los aspectos tangibles y materiales de la modernidad del siglo XIX, los aspectos intangibles y subjetivos están resumidos en la primera y tercera características de la modernidad que postula Bolívar Echeverría. Por un lado, la llamada “secularización del mundo” —también identificada por Gutiérrez Girardot como “desmiracularización” del mundo—⁷² a la que yo considero, más que una pérdida de fe, como un gran desencanto e inconformidad ante las “fuentes de poder metafísico”, como la idea cristiana de Dios. Fue

⁷⁰ *Ibid.*, p. 3.

⁷¹ R. Gutiérrez Girardot, *op. cit.*, p. 102.

⁷² *Ibid.*, p. 80.

una sustitución radical de la fuente del saber humano, pues la sabiduría revelada por las “fuentes metafísicas” tendría ya su origen en aquello y sólo aquello que derivara del razonamiento lógico humano.⁷³

En este punto, no estoy convencida de que la “secularización del mundo” implicara la pérdida total de fe, pues como sostiene Gutiérrez Girardot, esa “desmiracularización” es, a la vez, una sacralización del ideario político burgués, de las ideas económicas capitalistas, de la nueva filosofía positivista y de la propia sociedad burguesa.⁷⁴ Por ello, la fe seguía ahí, ferviente, pero ahora puesta en la ciencia, el progreso, la perfección moral del hombre, la ascensión social, la patria y la nación (burguesas). Esas eran entonces las nuevas teosofías,⁷⁵ las religiones que crearon los burgueses decimonónicos.

Ahora bien, entre tantas y constantes reconfiguraciones del mundo es fácil comprender que los objetivos de las *prácticas teórico-artísticas* mencionadas por Perus, cambiaran en función del nuevo modo de producción económica y de la nueva organización social. Así, ¿cuál era el papel del artista y del intelectual⁷⁶ entre todo ese embrollo? Marshall Berman, basándose nuevamente en Karl Marx, explicó que el capitalismo y la burguesía despojaron de su aureola a todas las profesiones que hasta entonces eran veneradas y

⁷³ B. Echeverría, *op.cit.*, p. 3.

⁷⁴ R. Gutiérrez Girardot, *op. cit.*, p. 81.

⁷⁵ *Ibid.*, p. 120.

⁷⁶ El concepto intelectual es relativamente nuevo, se presta a la polémica y carece de límites precisos. Corriente en el habla común de hoy y en el lenguaje de las ciencias sociales, su empleo para designar a un grupo social o a un actor de la vida pública no va más allá del último tercio del siglo XIX. En el *Primer diccionario etimológico de la lengua española*, de 1881, uno de los significados de intelectual indicaba una ocupación: “el dedicado al estudio y la meditación”. Pero fue al calor del llamado Caso Dreyfus (Francia, 1894-1898) cuando se gestó la categoría misma de intelectual, que designaba a hombres de letras, pensadores y académicos que se incluían dentro de la opinión pública para expresar su punto de vista en torno al polémico caso del oficial francés de origen judío, Alfred Dreyfus, condenado por supuesta traición (pero también sobre el caso del escritor Émile Zola, quien fue procesado en 1898 a raíz de su famosa denuncia “*Jacusse...!*”, alegato a favor de Dreyfus). La categoría en aquel entonces no tenía en sí misma una acepción universal; tampoco una connotación positiva. Intelectuales eran los que dudaban de que en el caso Dreyfus se hubiese hecho justicia: los hombres de letras, catedráticos, abogados, médicos y estudiantes que firmaron la carta publicada en el periódico *Le Temps*, en la cual se demandaba la revisión del proceso judicial. Al mismo tiempo, el nuevo término en América Latina se ajustó sin dificultades a una tradición ideológica preexistente, la del americanismo, que rendía culto a las minorías ilustradas y a su papel en la construcción de las nuevas naciones del continente. Para el fin que aquí conviene, entenderé por intelectual aquella persona o conjunto de personas relacionadas con la creación y crítica en el ámbito público y privado de las ciencias y las artes (cf. Carlos Altamirano, “Intelectuales: nacimiento y peripecia de un nombre”, en *Nueva Sociedad*, núm. 45, mayo-junio de 2013, pp. 38-53 y “Reseña. *El siglo de los intelectuales*, Michel Winock”, en soporte electrónico <http://goo.gl/4MXtRo>).

consideradas dignas de respeto: el médico, el abogado, el sacerdote, el poeta, el sabio, se habían convertido en servidores asalariados.⁷⁷

Marx caracterizó a los intelectuales como asalariados porque la cultura moderna era parte de la industria, esto es, en palabras de Perus, las prácticas teórico-artísticas corresponden a las prácticas económicas pues el arte, la ciencia, la teoría social, también son modos de producción. Como la burguesía controlaba los medios de producción de la cultura, todo aquel que deseara crear debía desenvolverse en la órbita de ese poder. Así, se escribieron libros, se pintaron cuadros, se descubrían leyes físicas, se desarrollaban investigaciones médicas, sólo si alguien con capital financiaba a los autores. Sin embargo, la presión de la sociedad burguesa era tal que nadie les habría financiado a menos que el producto de su trabajo fuese rentable, es decir, que la obra contribuyera a acrecentar la acumulación de capital.⁷⁸ Ese era el principio de la mercantilización del arte y de la ciencia.

Desde la interpretación del sociólogo francés Pierre Bourdieu, el intelectual del siglo XIX se constituyó como tal en el momento de intervenir en el campo político “en nombre de la autonomía” y de los valores específicos de un campo de producción cultural que pugnaba por una independencia respecto a las figuras de poder y no como el hombre político que disponía de capital cultural para la creación artística; tal era la distinción de los intelectuales decimonónicos frente a los pensadores del siglo XVIII, quienes gozaban de las prebendas del Estado y su creación se limitaba a la diversión, apartándose así de las cuestiones políticas.⁷⁹

Las nuevas condiciones impuestas produjeron un estado de colisión entre la visión y las prácticas materiales del mundo que exigían al individuo incorporarse al nuevo sistema, o de lo contrario vaticinaban su declive, con el desenvolvimiento de la subjetividad y la sensibilidad finiseculares manifestadas, entre otras expresiones, en el arte. En medio del choque se encontraban los artistas que por un lado necesitaban satisfacer su necesidad creadora, y por otro, requerían cubrir sus necesidades materiales. Aquí me interesa el caso específico del artista literario porque Gutiérrez Nájera y Enrique Rodó padecieron los efectos de esa colisión que generó en ellos una dualidad peculiar materia-espíritu.

⁷⁷ M. Berman, *op. cit.*, p. 112.

⁷⁸ *Ibid.*, pp. 114-115.

⁷⁹ Pierre Bourdieu, *Las reglas del arte. Génesis y estructura del campo literario*, p. 197.

Ángel Rama plantea que en ese mundo regido por la fabricación y la apetencia de las cosas, por los principios de competencia, ganancia y productividad, el poeta parecía entonces innecesario, pues su figura se convirtió en una vergüenza: se construyó la imagen del poeta vagabundo, insocial entregado a los vicios e improductivo.⁸⁰ Los escritores se encontraron forzados a entablar una relación de tipo mercantil con un público hipotético, lo que los orilló a buscar otras fuentes de ingreso y gran parte de ellos las encontraron en el periodismo (que cobraba gran auge en los centros urbanos del último tercio del siglo XIX), en la política y en la docencia. De esa forma, la actividad poética quedó diferenciada de la actividad periodística asalariada, de manera que:

- La actividad poética se dirigía al público “elaborado, refinado y culto”, no a las masas.
- La actividad periodística estaba hecha para un público “menos culto” y cumpliría una función ideológica directa.⁸¹

Cabe mencionar que en ese contexto se desarrollaban dos estilos de prensa:

- La prensa doctrinal de estilo francés dirigida a un público selecto.
- La prensa de información con influencias norteamericanas dirigida a sectores medios, basada en la noticia y el sensacionalismo.

Los modernistas se consagraron en el periodismo doctrinal, reivindicando su condición artística frente a la figura del vulgar *reporter*.⁸² Al respecto, Manuel Gutiérrez Nájera, quien además de ser poeta estuvo inmerso en el periodismo y ejemplifica la dualidad materia-espíritu, confirió a la crónica la mediación entre los dos extremos pues incorporó a ella características como la confesión, la ironía, la parodia y la crítica, que son elementos del ensayo, con el fin de acercarla a la subjetividad y llevarla lejos de la frialdad mercantil con la que se desarrollaba este género periodístico, ya que la crónica era una mercancía entregada diariamente en las oficinas de la redacción de un periódico y se escribía por encargo. Así, Gutiérrez Nájera rompió con la manía del cronista común limitado a elaborar cronológicamente una descripción de lo cotidiano.⁸³

⁸⁰ Ángel Rama, *apud.* F. Perus, *op. cit.*, p. 74.

⁸¹ F. Perus, *op. cit.*, p. 88.

⁸² *Idem.*

⁸³ Cf. Belem Clark de Lara, *Tradición y modernidad en Manuel Gutiérrez Nájera*, pp. 84, 90.

Antes de que aparecieran esas nuevas circunstancias, el estatus social del escritor le facilitaba acceder a cargos públicos, a la milicia, la educación y la prensa, pero en la ciudad modernizada poco a poco se reducían tanto sus funciones como la “utilidad” de su participación en la creciente especialización del trabajo, incluido el trabajo intelectual, por lo que el escritor terminó confinado a una condición subprofesional casi prescindible para el Estado, industria, y sobre todo para el comercio. Como se ha referido anteriormente, el escritor no tenía el respaldo de un mercado efectivo de lectores que le permitiera ejercer su profesión de forma independiente, y por ello los escritores del último tercio del siglo XIX se vieron obligados a realizar actividades no literarias.⁸⁴ Claros y útiles ejemplos son Manuel Gutiérrez Nájera, quien fue periodista y diputado en la Ciudad de México; y Enrique Rodó, también periodista y diputado además de catedrático y rector de la Universidad de Montevideo.

Este contexto, a primera vista amenazante para el desarrollo integral del escritor decimonónico, debe entenderse más allá de una dicotomía de víctimas y mercenarios; hay que prestar atención a los claroscuros y no perder del horizonte que las reconfiguraciones materiales y sociales de las que ya se ha hablado en párrafos anteriores, serán siempre el punto de partida para entender los cambios en las esferas de las artes y la cultura. Para este punto en específico, hago referencia a *Las reglas del arte. Génesis y estructura del campo literario* de Pierre Bourdieu, en donde, a partir de un análisis de la novela *La educación sentimental* del escritor francés Gustave Flaubert, —esta última publicada originalmente en 1869— explica cómo es que el campo literario responde a las dinámicas de otros campos de poder más amplios y complejos, donde el poder político y el poder económico ejercen control sobre el primero.

Bourdieu señala que en París a partir de la década de 1840 (es conveniente entender este microcosmos parisino puesto que sus valores artísticos fueron referencia y aspiración constante y directa de Manuel Gutiérrez Nájera) ocurrió la expansión de un arte comercial directamente sometido a las aspiraciones del público; al mismo tiempo se iba perpetuando otra corriente que prolongaba la tradición del “arte social” para hacer frente al nuevo “arte

⁸⁴ *Ibid.*, p. 44.

burgués”; en medio y en contra de uno y de otro, se definió, mediante un doble rechazo, una tercera postura, la de “el arte por el arte”, estandarte de una generación de artistas literarios como el mismo Gustave Flaubert, Charles Baudelaire, Théodore de Banville, entre otros,⁸⁵ entonces surgió una revolución simbólica mediante la cual los artistas se liberaban de la demanda burguesa al negarse a reconocer cualquier otro amo que no fuera el arte mismo, pero, al mismo tiempo, esta rebelión llevaba a sus obras al borde de la desaparición del mercado. Era un nuevo escenario económico en el que el artista sólo podía triunfar en el ámbito simbólico si perdía en lo económico.⁸⁶

A decir de Bourdieu, durante la segunda mitad del siglo XIX se produjo una auténtica subordinación estructural de los productores culturales (artistas) frente los dominadores (aquellos que tenían el poder económico y el poder político); el artista, al no estar más respaldado por una instancia que lo consagrara como tal, vio reducidas sus vías de ingresos a las ventas no garantizadas de sus obras y los puestos de trabajo en el periodismo y la edición; éste último escenario constituyó lo que Bourdieu denomina la literatura industrial del siglo XIX, replicando, a su vez, el concepto de arte industrial de Gustave Flaubert que aparece en *La educación sentimental*: una industria artística que le dejaba al escritor el beneficio simbólico de tener espacios para su creación, en apariencia libre, mientras que esta industria se quedaba para sí los beneficios materiales, deduciéndolos de su trabajo, mayormente explotado.⁸⁷ El mismo Flaubert expresó que los escritores eran “obreros de lujo” pero nadie era lo suficientemente rico para pagarles y por eso tenían que dedicarse al periodismo, al folletín o al teatro si lo que se pretendía era ganar dinero con la pluma; había que amar el arte por sí mismo o, de lo contrario, cualquier oficio valía más.⁸⁸ Es posible que el propio José Enrique Rodó comprendiera de esta forma el concepto “obrero literario” y él mismo así lo expusiera en el ensayo “La prensa de Montevideo” (1909), texto que analizaré en el tercer capítulo de esta tesis.

⁸⁵ P. Bourdieu, *op cit.*, p. 113.

⁸⁶ *Ibid.*, pp. 128-130.

⁸⁷ *Ibid.* p. 27.

⁸⁸ Gustave Flaubert, *apud* P. Bourdieu, *op. cit.*, p. 77.

Así, para los escritores finiseculares decimonónicos había dos lugares de expresión: el interior, donde figuraba el yo, el refugio del arte; y el exterior,⁸⁹ poco confortable, integrado por el mundo material, ese mundo de fabricación y apetencia de las cosas, de la productividad, la competencia y la ganancia, que generó en la sensibilidad modernista un “vago malestar que produce vivir tan aprisa y tan materialmente”.⁹⁰

2.2. MODERNISMO

A partir de las tres últimas décadas del siglo XIX, la vida en Hispanoamérica iba cambiando drásticamente. Tales cambios, que en otras épocas coyunturales parecían tener solamente consecuencias indirectas en las colectividades sociales, esta vez impactaron pronta y directamente en el individuo decimonónico. En pocas décadas, los cambios en la cotidianidad fueron tan profundos, que la experiencia existencial y las posibilidades del ser humano se modificaron radicalmente.⁹¹ Dado que la irrupción y proliferación de un nuevo modo de producción trastornó todas las formas tradicionales de la vida, se produjo una serie de fisuras que permitieron generar puntos de vista críticos frente a las nuevas condiciones de la existencia social.⁹² Una de esas fisuras fue el modernismo.

Luis Monguió propuso que cualquier intento por definir y caracterizar al modernismo en la literatura hispanoamericana debía considerar dos puntos de vista para ser completo: primero, el de la crítica, y segundo, el de los modernistas.⁹³

De acuerdo con Iván Schulman, la década de 1950 fue de gran importancia para la historiografía del modernismo hispanoamericano, ya que hasta ese momento la investigación y la estilística revelaron que el modernismo inició en fechas más tempranas y con

⁸⁹ B. Clark de Lara, *Tradición y modernidad en Manuel Gutiérrez Nájera*, p. 80.

⁹⁰ Eduardo López-Chávarri, “¿Qué es el modernismo y que significa como escuela dentro del arte en general, y de la literatura en particular?”, en Ricardo Gullón, *El modernismo visto por los modernistas*, p. 91.

⁹¹ Cf. Ken Benson, “La particular sensibilidad finisecular del modernismo”, en Actas XIII Congreso AIH, t. II, Centro virtual Cervantes, p. 103, soporte electrónico <http://goo.gl/sucFSW> consultado el 10 de marzo de 2014.

⁹² F. Perus, *op. cit.*, p. 17.

⁹³ Luis Monguió, “Sobre la caracterización del modernismo”, en Homero Castillo, *Estudios críticos sobre el modernismo*, p. 10.

protagonistas que hasta entonces fueron ignorados. Así, la vieja crítica desarrollada entre 1890 y 1940 clasificaba la obra *Azul* y a Rubén Darío como el génesis modernista, y asumía al modernismo como literatura preciosista, frívola y afrancesada; en 1888, el español Juan Valera se colocó en el pináculo de esa crítica al adjetivar al modernismo como “galicismo mental”, a partir de la réplica que dio a Rubén Darío a propósito de *Azul*.⁹⁴ El objeto de estudio de esa primera etapa crítica fue la poesía modernista, lo cual propició conclusiones limitadas. La crítica de la segunda mitad del siglo XX, basada en el análisis de un corpus bibliográfico más extenso, que ya incluía a la producción literaria en prosa, modificó significativamente la conceptualización del modernismo y es a la que me apego para el desarrollo de esta tesis.

El modernismo fue una actitud vital humana extensa, una manifestación de arte y una configuración literaria.⁹⁵ Esta definición demuestra por sí misma que el modernismo fue un fenómeno polifacético. En primer lugar, era una actitud humana pero no aislada, sino el eco del entorno social, político, económico y cultural que ya he mencionado al abordar la modernidad y la modernización. En palabras del periodista venezolano, político y ensayista modernista Pedro Emilio Coll (1872-1947), el modernismo se caracterizó por crear nuevos estados del alma que respondían a hondas causas sociales y al angustioso momento histórico que se respiraba.⁹⁶ Luego, esa actitud humana encontró un buen terreno de expresión y expansión en el arte, ámbito sensible *per se*. Es decir, las producciones artísticas modernistas fueron evidencia directa de la actitud vital de las nuevas almas, y una de sus manifestaciones yació en la literatura.

Cabe apuntar que aun cuando la poesía se ha asumido como la más conocida expresión literaria del modernismo, para los críticos del segundo momento no fue la única ni la primera, sino que el modernismo se manifestó por primera vez en la prosa, entre 1875 y

⁹⁴ Iván Schulman, “José Martí y Manuel Gutiérrez Nájera: iniciadores del modernismo”, en *Revista Iberoamericana*, Vol. XXX, Núm. 57 (enero-junio 1964), p. 9.

⁹⁵ Victorino Polo García, *El modernismo, la pasión por vivir el arte*, p. 10.

⁹⁶ Pedro Emilio Coll, “Decadentismo y americanismo”, en Ricardo Gullón, *op. cit.*, p. 86.

Y1880. Ahí comenzó la renovación literaria de Hispanoamérica con la prosa de José Martí y de Gutiérrez Nájera.⁹⁷

Un punto teórico convergente entre varios de los críticos del segundo momento es negar a este género como escuela literaria, pues no hubo reglas, preceptos, fórmulas ni forzamientos para la creación modernista. Precisamente, desde 1876 Gutiérrez Nájera manifestó de manera clara su compromiso con la defensa del “santo y sublime principio de la libertad”, afirmaba que al poeta debía dejársele en entera libertad para expresarse como su inspiración le dictara:⁹⁸ un modernista era el libre artista creador.

La libertad y la belleza en el sentido platónico, como lo bueno y lo verdadero, eran temas profundos y vívidos para los modernistas,⁹⁹ por eso buena parte de su creación literaria buscó alejarse de la burda imitación del mundo material e insípido respecto al cual se sentían, aparentemente, insatisfechos. De ahí que con la mala interpretación de este hecho se generara la falsa idea de que los modernistas fueron evasores, soñadores e idílicos. Sin embargo, ellos no escapaban de nada, pues de acuerdo con Iván Schulman, en su realidad hacían falta objetos bellos y nobles, así que los creaban y nombraban de tal manera que esa realidad se volvía única y verdadera en su propia concepción de la existencia.¹⁰⁰ No es verdad que no se preocuparan o no se ocuparan de su realidad, pues los problemas políticos y sociales que afectaban a la sociedad finisecular de sus respectivos contextos nacionales fueron incentivos para su creación modernista. Eso es precisamente lo que me interesa analizar en esta investigación, el hecho de que algunos modernistas —en este caso, mediante la prosa ensayística— observaron el contexto social que les rodeaba, en el que interactuaban proponiendo soluciones y emitiendo juicios.

A pesar de que no identifico al modernismo como escuela literaria, reconozco que tuvo contacto con movimientos literarios formalizados, sean anteriores o contemporáneos.

⁹⁷ I. Schulman, “Reflexiones en torno a la definición del modernismo”, en Lily Litvak (ed.), *El modernismo*, p. 69.

⁹⁸ Cf. Manuel Gutiérrez Nájera, “El arte y el materialismo”, en Belem Clark de Lara y Ana Laura Zavala Díaz, *La construcción del modernismo*, p. 10.

⁹⁹ *Ibid.*, p. 38. // Cabe señalar que los modernistas entendían el concepto de libertad como el hecho de ejercer la libertad expresiva artística particular, y no como un combate por la libertad humana en un sentido colectivo, cf. Victorino Polo García, *El modernismo, la pasión por vivir el arte*, p. 28.

¹⁰⁰ I. Schulman, *op. cit.*, p. 86.

De hecho, el modernismo fungió, entre otras cosas, como el mejor aglutinante de varios movimientos estético-literarios del último tercio del siglo XIX, como el romanticismo, realismo, simbolismo, expresionismo y parnasianismo. En ese sentido, Polo García remarcó la necesidad de considerar al realismo y al romanticismo cuando se analiza al modernismo, ya que no hacerlo es una omisión grave, particularmente cuando examinamos la tradición y la modernidad a las que debe entenderse dentro de una convivencia dialéctica de mutua proyección.¹⁰¹

Los modernistas fueron eclécticos por naturaleza, esponjas que absorbían lo más de lo mejor según sus perspectivas. Fueron tradicionales y modernos a la vez, y pretendieron resolver ambas realidades en una síntesis.¹⁰² Por eso el modernismo generó un José Martí o un Rubén Darío, izando el estandarte de la herencia hispánica al mismo tiempo que incluían temas parisienses, vocabularios, giros, puntuación y construcciones sintácticas francesas, elementos plasmados, por ejemplo, en la poesía o prosa novelística de Gutiérrez Nájera.¹⁰³ Así, el modernismo fue ecléctico porque exploró varias tendencias estéticas de su época y aceptó de éstas sólo aquellos elementos que consideró valiosos. Como resultado de ese eclecticismo pueden identificarse tres corrientes modernistas desde la perspectiva temática: una extranjerizante, una americanista y otra hispánica,¹⁰⁴ ninguna confrontándose con las otras, sino, reitero, en constante interacción.

Hacia 1894, en el sur del continente americano, la *Revista de América* publicó un tipo de manifiesto modernista intitulado “Nuestros propósitos”. Es un material valioso para este breve estudio ya que da a conocer, desde el punto de vista de los autores, la finalidad del modernismo:¹⁰⁵

- Ser el órgano de la nueva generación que en América profesaba culto al arte puro, que deseaba y buscaba la perfección ideal.
- Ser el vínculo que estableciera una fuerte idea americana en la comunión universal artística.

¹⁰¹ V. Polo García, *op. cit.*, p. 17.

¹⁰² *Ibid.*, p. 67.

¹⁰³ I. Schulman, *op. cit.*, p. 89.

¹⁰⁴ *Idem.*

¹⁰⁵ Cf. S.f., “Nuestros propósitos”, en R. Gullón, *op. cit.*, pp. 47-57.

- Mantener el pensamiento de innovación.
- Trabajar por el brillo de la lengua castellana en América, por el engrandecimiento de las riquezas antiguas de su vocabulario, de su rítmica, plasticidad y matiz.
- Luchar por que prevalezca el amor a la divina Belleza, tan combatida por las tendencias utilitarias.
- Servir a la aristocracia intelectual de las repúblicas con lengua española en América Latina.

Observo que los puntos anteriores también pueden identificarse como algunas características del modernismo: búsqueda de la belleza; americanismo; sincretismo entre tradición y modernidad; revaloración de la herencia literaria hispánica; rechazo al materialismo y al utilitarismo en la vida diaria; y la identificación con la aristocracia intelectual de las distintas ciudades latinoamericanas.

Algo esencial en el modernismo fue la capacidad regeneradora y revolucionaria de la lengua española para la literatura, lo cual llevó a cabo mediante el refinamiento e intensificación de las sensaciones ya que el modernismo era elementalmente sensorial, y la sinestesia (que consiste en producir sensaciones asociadas con un sentido estimulando otro, por ejemplo, haciendo que la luz pueda escucharse y el sonido verse a color) fue un recurso primordial y predilecto para satisfacer su necesidad de expresión. El intimismo, por un lado, y el cosmopolitismo, por otro, son características del modernismo que reflejan la dualidad que ya he mencionado: el interior del artista desencontrándose con el exterior universal; la práctica íntima de la espiritualidad del artista frente a la práctica social material. Lo anterior se ejemplifica con la dualidad poeta-periodista.

El simbolismo fue imprescindible para muchos modernistas;¹⁰⁶ clara muestra de ello se encuentra en *Ariel* de José Enrique Rodó, pues el personaje principal representa la espiritualidad latinoamericana, mientras su contrario, Calibán, es el materialismo utilitarista norteamericano. Y Próspero, el viejo, es el sabio maestro que guía a la juventud.

Otra obra cumbre del modernismo posee un título simbólico: *Azul*, palabra que para su autor significaba el ideal y la inspiración, aunque ya varios años antes José Martí la asoció

¹⁰⁶ Entiendo como símbolo la condensación de múltiples significados en una figura, imagen o una palabra, cf. R. Gullón, *op. cit.*, p. 7.

con la evocación del espíritu de la persona amada.¹⁰⁷ Cabe indicar que el simbolismo latinoamericano se distinguía del simbolismo francés por su persistente orientación al porvenir —como en el caso de *Ariel*— donde se encontrarían la belleza y la libertad.¹⁰⁸

Es tarea compleja determinar la fecha exacta en que inició el modernismo literario en Hispanoamérica, pues no es una escuela con año fundacional. Además, debido a que fue partícipe del proceso de modernidad, también integró una serie de reconfiguraciones.

Iván Schulman refiere que hubo un “medio siglo modernista” entre 1882 y 1932,¹⁰⁹ lo cual implicaría que la actitud modernista perduró hasta ya avanzado el siglo XX. Por su parte, Ángel Rama dató el inicio del modernismo en 1875 con el mexicano Gutiérrez Nájera y los cubanos José Martí y Julián del Casal, en una primera fase que abarcó hasta el año 1895. Posteriormente, comenzó un segundo episodio que culminó hasta 1910, cuya matriz fue la zona del Río de la Plata, y es en este periodo en el que ubica a José Enrique Rodó.¹¹⁰ En cambio, otros autores han identificado el inicio del modernismo con la aparición de ciertas obras representativas, como el poema *Ismaelillo* de José Martí publicado en 1882; o la primera novela modernista *Por donde se sube al cielo*, de Gutiérrez Nájera, también publicada en 1882; o bien con el libro *Azul* de Rubén Darío, de 1888.¹¹¹

En este aspecto, concuerdo con la propuesta de Ángel Rama y opto por identificar el inicio del modernismo en el año 1875. De esa manera, “El arte y el materialismo”, de 1876, escrito por Gutiérrez Nájera, tiene un justo espacio dentro de la producción prosística del modernismo.

Reconozco que la literatura modernista experimentó variaciones en el transcurso de tres décadas; sin embargo, no considero pertinente dividir su periodo activo en generaciones literarias,¹¹² ya que eso implicaría catalogar escritores a partir de sus fechas de nacimiento, y

¹⁰⁷ José Luis Bernal Muñoz, “El color en la literatura del modernismo”, en *Anales de Literatura Española*, núm. 15, 2002, p. 171-191.

¹⁰⁸ Peter G. Earle, “El ensayo hispanoamericano, del modernismo a la modernidad”, en Saúl Sosnowski (comp.), *Lectura crítica de la literatura americana*, t. 2, p. 500.

¹⁰⁹ I. Schulman, *op. cit.*, p. 74.

¹¹⁰ Ángel Rama, *apud*. F. Perus, *op. cit.*, p. 75.

¹¹¹ V. Polo García, *op. cit.*, p. 33.

¹¹² Sobre los inconvenientes y desaciertos del criterio generacional para el estudio de la producción literaria, *vid.* B. Clark de Lara, “¿Generaciones o constelaciones?”, en Belem Clark de Lara y Elisa Speckman (ed.) *La República de las Letras: asomos a la cultura escrita del México decimonónico*, vol. 1, p. 14.

para el caso de los autores que analizo tal clasificación opacaría uno de los propósitos más importantes de mi investigación, que es demostrar que a pesar de la diferencia generacional de doce años entre Gutiérrez Nájera y Enrique Rodó, ambos coincidieron de una u otra manera en su percepción respecto a las nuevas circunstancias del cierre decimonónico. Por ello, decido apegarme al concepto “constelación de intelectuales”, definido como el conjunto de estrellas literarias de diferentes edades, pero con idéntico temple, que brillan en el mismo tiempo y espacio y ofrecen la posibilidad de reconocer formas culturales, como el producto de su participación y la unidad de sus propósitos.¹¹³

Ya he mencionado que la importancia de la prosa modernista se mantuvo opacada hasta hace poco debido a los cuantiosos estudios dedicados a la poesía, a pesar de que modernistas tan estudiados como José Martí legaron un mayor número de obras en prosa que en verso. Asimismo, señalé que los pocos estudios relacionados con la producción prosística del periodo modernista se concentran en la prosa ficcional (con algunas excepciones, como el estudio de la crónica), de tal manera que el análisis de la prosa ensayística modernista tuvo que esperar.

El género ensayo ha sido tratado con exhaustividad en distintas etapas de la literatura hispanoamericana. No obstante, como se ha expuesto en el marco teórico de esta tesis, el ensayo latinoamericano en la etapa del modernismo y en el siglo XIX fue una “fórmula” de la que no se ha dicho mucho, y lo que se ha revisado se concentra en la obra de José Enrique Rodó, la cual en efecto es prosa ensayística modernista, pero ¿qué hay de lo previo? Fue Peter G. Earle quien propuso una caracterización del ensayo en el periodo modernista: la belleza como ideal fue uno de sus elementos de reflexión, sin embargo, sus bases emanaron de la historia y del pensamiento que indagaba el significado de Latinoamérica. Aquellos ensayos del modernismo surgieron del positivismo, al menos como punto inevitable de referencia, y en varios casos reaccionaron contra él.¹¹⁴ Asimismo, Earle identifica tres motivos básicos del ensayo hispanoamericano modernista:¹¹⁵

¹¹³ Cf. Belem Clark de Lara y Mariana Flores Monroy, “Estudio introductorio” a *El Renacimiento, periódico literario, segunda época*. Edición facsimilar, p. XVI.

¹¹⁴ Peter G. Earle, “El ensayo hispanoamericano, del modernismo a la modernidad”, *op. cit.*, p. 495.

¹¹⁵ *Ibid.*, pp. 499-500.

1. Autocontemplación. Se trata de una introspección, un partir del yo, pues el ensayo es el ensayista y el autor se refleja en su propia creación.
2. Independencia del arte. El deseo de los modernistas no sólo era devolver a las artes su merecido prestigio, sino situarlas en el pedestal del bien supremo.
3. La misión cultural. Muchos ensayos modernistas tuvieron más forma de visión que de testimonio. Esa es la función ideológica del ensayo hispanoamericano modernista: abrir paso y mostrar el camino hacia el porvenir.

El modernista vivía en medio de fuerzas contradictorias, condenado al profundo y casi intransitable abismo entre sus gustos y aspiraciones, y los valores materialistas que lo circundaban. La tensión y distensión de estas circunstancias produjeron en él una sensación de vacío y aislamiento. El escritor modernista, sensible a las corrientes filosóficas e ideológicas de su época en la que el positivismo era la más importante, enfrentando el desmoronamiento de la fe religiosa y de los valores espirituales, creó una literatura que transitaba del mundo de los cisnes y ambientes exóticos, hacia uno de comprensión social y de preocupación continental.¹¹⁶ Por otro lado, la línea de separación entre el eclecticismo modernista y el elitismo no estuvo completamente delineada, ya que, en definitiva, no puede considerarse una manifestación cultural popular pues los modernistas escribían para los que escribían, es decir, para buena parte de la sociedad burguesa que precisamente producía las circunstancias adversas que afectaban al escritor modernista decimonónico; decía Gutiérrez Nájera: “el literato [finisecular] cuenta con un cenáculo de escogidos que lo leen y acaban por hacer de ellos su único público. El *gros public* ni lo paga, ni lo comprende, por sencillo que fuera lo que escribiera”.¹¹⁷

Con el modernismo, Hispanoamérica demostró que podía rebasar la tradición de imitar, sin mucha reflexión, el estilo literario europeo en turno. Sí, evidentemente el modernismo retomó y adaptó elementos de movimientos literarios previos, empero, no puede asimilarse como un simple resumen de la literatura producida en el viejo continente, sino como una selección y adaptación de lo mejor de ciertos componentes de algunos movimientos literarios europeos, guiada con un criterio modernista propio, para luego dar

¹¹⁶ Iván Schulman, *Génesis del modernismo. Martí, Nájera, Silva, Casal*, pp. 17-18.

¹¹⁷ Rip-Rip, “Fuegos fatuos. Nuestra literatura”, en B. Clark de Lara, A.L. Zavala Díaz, *op. cit.*, p. 164.

paso a la libre creación. Como mencioné anteriormente, esa es una de las mayores cualidades del modernismo, su capacidad selectiva y regeneradora.

Así, el modernismo estuvo más apegado a su contexto sociocultural y político de lo que alguna vez pudo pensarse, pues ese fue el punto de partida para la reflexión modernista y en el presente caso de estudio este aspecto se expone con la prosa ensayística.

CAPÍTULO 3

ANÁLISIS COMPARATIVO DE LOS ENSAYOS DE MANUEL GUTIÉRREZ NÁJERA Y JOSÉ ENRIQUE RODÓ

Hago patente una vez más que el propósito de esta investigación es demostrar que las manifestaciones literarias del modernismo no sólo emergieron en la poesía, que es la producción más conocida, sino también dentro del género prosístico, específicamente en el ensayo mediante el cual muchos escritores modernistas expresaron juicios, inquietudes y propuestas ante las circunstancias políticas, económicas y sociales que les rodearon. Esta afirmación despoja al modernismo de aquella interpretación insuficiente que lo concebía como literatura evasora de la realidad.

En el presente capítulo analizaré primero una pequeña selección de ensayos de Manuel Gutiérrez Nájera, y posteriormente un corpus de ensayos de José Enrique Rodó. En ambos casos, el criterio de selección de textos fue elegir aquellos que contengan opiniones y críticas de los autores frente a su realidad histórica concreta para respaldar la hipótesis de esta tesis que sostiene que, a pesar de la distancia geográfica y temporal entre su producción literaria, confluyeron en el interés por su realidad y por el camino que tomaba América Latina.

Como hice mención en la introducción general de mi investigación, las fuentes en las que me he basado para seleccionar los textos a analizar son dos compilación de ensayos de Gutiérrez Nájera con edición crítica a cargo de Ana Laura Zavala Díaz y Belem Clark de Lara, respectivamente; el quehacer editorial de ambas publicaciones implicó en su momento una vasta investigación hemerográfica, pues, en el caso de Gutiérrez Nájera, todos sus textos aquí retomados aparecieron originalmente en publicaciones periódicas, de hecho, se sabe que Manuel Gutiérrez Nájera colaboró en unos sesenta periódicos y revistas mexicanas entre 1875 y 1895 usando más de veinte seudónimos.¹¹⁸ Por otro lado, los textos de José Enrique Rodó seleccionados, de igual manera fueron publicados de forma original en revistas y diarios del Montevideo finisecular y de los primeros años del siglo XX, destacando que algunos de estos textos fueron discursos escritos y pronunciados por el mismo Rodó en sus

¹¹⁸ Erwin K. Mapes *apud* Ana Laura Zavala Díaz, *Obras x. Historia y ciencia*, p. XIV.

propios actos diplomáticos y políticos. De esta manera destaca la gran importancia de las publicaciones periódicas finiseculares para los ensayos del modernismo como su espacio más frecuente de expresión —tema que podría ser objeto de estudio de otra investigación profunda y específica— y no fue casualidad que Gutiérrez Nájera y Rodó, en sus momentos y lugares correspondientes, desarrollaran proyectos editoriales modernistas bajo su cargo, como señalaré más adelante.

3.1. ENSAYOS DE MANUEL GUTIÉRREZ NÁJERA

Los ensayos de Manuel Gutiérrez Nájera que analizaré son parte de su producción de la década de 1880 hasta su muerte, en 1895. Las temáticas centrales oscilan entre la meditación política y las reflexiones en torno a la ciencia y la historia occidental finisecular. Los textos son “Las repúblicas de Centroamérica” (1883), “La ‘pacífica’ invasión *yankee*” (1881), “Un peligro inminente: la invasión extranjera” (1881), “Manía de hablar inglés” (1883), “La raza y el progreso de México” (1893), “Los indios y *Monsieur* Claudio Jannet” (1893), “Las maravillas de la ciencia” (1882) y “Los cometas” (1882).¹¹⁹ Los cuatro primeros ensayos están interrelacionados porque su línea argumentativa converge en la crítica directa a la situación geopolítica de México y de América Latina frente al empoderamiento de Estados Unidos en las últimas dos décadas del siglo XIX, pues mientras esa nación ejercía un dominio cada vez mayor en términos políticos, económicos y culturales, gran parte del continente se alienaba ante su fuerza, al tiempo que al interior de cada nación se configuraba o intentaba consolidar un modelo de Estado liberal. Ello también generaba corrientes de pensamiento crítico, como se observará posteriormente con Gutiérrez Nájera y Rodó, que pugnaban por la independencia cultural y por conservar las raíces nacionales.

Vale la pena mencionar que el primer ensayo escrito por Gutiérrez Nájera se intituló “Un soneto”, y fue publicado en mayo de 1875 en *El Porvenir*, publicación periódica de la

¹¹⁹ Para este propósito utilizaré una selección de textos de Manuel Gutiérrez Nájera compilados en *Obras X. Historia y ciencia* y *Obras XIII. Meditaciones políticas* (vid. BIBLIOGRAFÍA en esta tesis).

Ciudad de México.¹²⁰ Ese primer ensayo tuvo un objetivo meramente literario, pero poco a poco y de manera paralela a su maduración personal e intelectual, fue integrando a sus textos los sucesos políticos, económicos, sociales y culturales de la época, y justo ahí se observa de manera clara su eclecticismo personal. En palabras de Belem Clark, Gutiérrez Nájera mostraba su propia tradición y modernidad: la tradición, como resultado de la enseñanza católica de su madre, el liberalismo moderado de su padre y el liberalismo progresista que caracterizó políticamente a México los primeros sesenta años del siglo XIX. Mientras la modernidad se reflejaba en la inclusión de ideas positivistas y de las teorías de la evolución.¹²¹

El ensayo “Las repúblicas de Centroamérica” (1883) fue parte de una polémica entre Gutiérrez Nájera y el periodista centroamericano Carlos Selva, suscitada por un artículo en el que, a propósito del intercambio de correspondencia entre los presidentes de Guatemala y Honduras en 1883, Nájera lamentaba las condiciones de atraso que sufrían las naciones de Centroamérica sujetas —desde su enfoque— al “cacicazgo más omnímodo aunque regidas en apariencia por leyes progresistas”.¹²² Por ello, Carlos Selva escribió una réplica al escritor mexicano quien respondió con el citado ensayo.

¹²⁰ Se sabe que su primer ensayo “Un soneto”, firmado con el seudónimo Rafael, fue un plagio del estudio de José María Sbardí, publicado en *La Ilustración Española y Americana*, impreso en Madrid el 1º de agosto de 1872 (cf. B. Clark de Lara, “Manuel Gutiérrez Nájera. Primeros años y primeras publicaciones”, en *Enciclopedia de la literatura en México*, www.elem.mx/autor/datos3044 consultado el 17 de julio de 2015).

¹²¹ Cf. B. Clark de Lara, “Introducción” a *Obras XIII. Meditaciones políticas (1877-1894)*, pp. LI-LII. // En el centro de la ideología liberal estaba el individuo libre, no coartado por ningún gobierno o corporación, e igual a sus semejantes bajo la ley. En la esfera política, lo primero que había que hacer para alcanzar este ideal era poner límites a la autoridad del gobierno central, mediante restricciones legales de una constitución escrita. La protección de las libertades civiles, la creación de instituciones representativas, la separación de poderes, el federalismo y la autonomía municipal se volvieron metas importantes para los gobiernos liberales. En segundo lugar, la libertad individual sólo podía mantenerse en una sociedad reemplazando las entidades corporativas tradicionales —Iglesia, Ejército, gremios y comunidades rurales e indígenas— por un régimen unificador. Por otra parte, el liberalismo también abrazó el ideal de progreso social y desarrollo económico. Charles A. Hale propuso que el liberalismo mexicano sufrió una transformación a partir de 1867 al adoptar la filosofía positivista como guía de gobierno. Hale denomina a este liberalismo positivista “política científica”, representada con el ascenso de Porfirio Díaz a la presidencia de la República. Las principales características de la política científica eran: 1. Ataque al liberalismo doctrinario o política metafísica. 2. Defensa de un gobierno fuerte que contrarrestara las revoluciones sociales y la anarquía. 3. El llamado a la reforma constitucional. (cf. Charles A. Hale, *La transformación del liberalismo en México a finales del siglo XIX*, pp. 16-17, 53-54).

¹²² Vid., nota 2 al artículo núm. 10: “Las Repúblicas de Centroamérica”, en Ana Laura Zavala Díaz, *Obras X. Historia y ciencia*, p. 66.

En el primer apartado de “Las repúblicas de Centroamérica”, Gutiérrez Nájera desarrolló un ensayo histórico-sociológico para explicar la función, ventajas y desventajas de las naciones pequeñas, como las repúblicas de Centroamérica. En ese texto empleó categorías antropológicas como *clan*, *tribu*, *comunidad*, *estado*, *nación*, y las ejemplificó con referentes históricos universales. También examinó el grado de evolución social que tenían los pueblos centroamericanos en esa época (1883) y concluyó que se encontraban en un estado evolutivo poco avanzado como resultado, entre otras circunstancias, del alto grado de analfabetismo de sus ciudadanos que los condenaba a la ignorancia y los volvía culpables del tipo de gobierno despótico que padecían. Sin embargo, México no estaba exento de esos problemas, y el autor reconoció a su país como una nación evolutivamente atrasada, aunque en términos comparativos estaba más avanzada que las repúblicas de Centroamérica.

Hasta este punto del ensayo pueden identificarse dos niveles de información proporcionada al lector: un nivel que reconozco como teoría y sustento del texto, que está conformado por conceptos y categorías científicas; y otro nivel que incluye opiniones y apreciaciones personales del ensayista. La coexistencia de ambos niveles enriquece el contenido del ensayo y demuestra que esta forma prosística es un lugar válido para la objetividad y la subjetividad.

Después de concluir que las naciones centroamericanas se encontraban en un punto embrionario de su proceso evolutivo, Gutiérrez Nájera hizo una propuesta: para estas naciones, la más viable y mejor solución era unirse en una Confederación oligárquica, pues consideraba a la oligarquía como una buena desviación de la democracia, y como la única opción posible para las sociedades centroamericanas.¹²³

Cabe mencionar que el modelo político dominante en Centroamérica desde la década de 1850 hasta, en algunos casos, la cuarta década del siglo XX, fue el Estado oligárquico. Ese fue el primer Estado efectivo en América Latina mientras la región desarrollaba las tareas elementales para su progreso desde el punto de vista liberal. El Estado oligárquico construyó naciones mediante la identidad colectiva homogénea; enfatizaba el precepto de orden como condición para el progreso; defendía la propiedad privada y las libertades individuales; se

¹²³ Cf. Manuel Gutiérrez Nájera, “Las repúblicas de Centroamérica” en *Obras x. Historia y ciencia*, p. 87.

sustentaba en el capital extranjero, específicamente inglés y norteamericano, y era un estado burocrático por excelencia con mucha administración y poca teoría política. En este aspecto el autor mexicano creía que la política debía ser una ciencia practicable, de lo contrario se volvía inútil.¹²⁴ En varios textos de meditación política mantuvo una clara y fuerte oposición a la “inutilidad” del liberalismo jacobino, acusándolo de haber llevado a México a la anarquía. Incluso se manifestó contra la vigencia de la Constitución mexicana de 1857 a la que consideraba alejada de la realidad nacional, convertida así en utopía.¹²⁵ Desde el punto de vista económico, social y cultural, el elemento extranjero era entonces la clave para el progreso; por ello, Gutiérrez Nájera apostaba por adoptar el modelo británico de libertad, la laboriosidad *yankee* y la cultura francesa, trayendo a México pedazos vivos de esos pueblos. Los hábitos de orden, disciplina e industria prevalecerían en América sólo si el continente se colmaba de personas que poseyeran y practicasen esos hábitos.¹²⁶

Para Gutiérrez Nájera el ideal de nación se sustentaba en la influencia económica de norteamericanos e ingleses, y en la cultura de los franceses. De esa manera, en el terreno político concibió un modelo de nación que seleccionaba y combinaba los mejores elementos de otros países. Sin embargo, poco tiempo antes, hacia 1881, no parecía convencido de que la influencia norteamericana fuera completamente benéfica pues advirtió “un peligro inminente” ante la presencia directa y sobre todo indirecta de los norteamericanos en México. Esta convicción la dejó plasmada en dos textos del mismo año publicados con sólo un mes de diferencia: “La ‘pacífica’ invasión *yankee*” y “Un peligro inminente: la invasión extranjera”. En ambos ensayos el autor dejó clara su postura: la presencia del norteamericano en México era peligrosa por ser ambivalente, pues tendía una mano al vecino y con la otra saqueaba su bolsillo.

Desde el título, “La ‘pacífica’ invasión *yankee*”, el autor expresa un dejo de sarcasmo al utilizar comillas y el mote *yankee*. La primera línea indica que la preponderancia

¹²⁴ Cf. M. Gutiérrez Nájera, “El club de los inútiles”, en *Obras XIII. Meditaciones políticas*, p. 107.

¹²⁵ Cf. B. Clark de Lara, *Tradición y modernidad en Manuel Gutiérrez Nájera*, p. 61. // Gutiérrez Nájera también consideró que los malos efectos de la caducidad de las leyes mexicanas de su tiempo recaían directamente en el pueblo, el cual “no quiere ya palabras, sino garantías sólidas y verdaderas” (*vid.* M. Gutiérrez Nájera, “A propósito de un aniversario” [La Constitución de 1857], en *Obras XIII. Meditaciones políticas*, pp. 11-15).

¹²⁶ Cf. M. Gutiérrez Nájera, “Las repúblicas de Centroamérica”, en *Obras XIII. Meditaciones políticas*, p. 81.

norteamericana era motivo de alarma al no tratarse de una invasión militar como las últimas ocupaciones de territorios mexicanos por tropas norteamericanas y francesas. En el nuevo tipo de invasión, los estadounidenses venían a México con el objetivo de controlar el flujo comercial. Traían capital, y Gutiérrez Nájera reconocía que éste era necesario para consolidar el proyecto de progreso del país: más líneas ferroviarias y más industrias. Pero ni los ferrocarriles ni los productos industriales serían mexicanos, las nuevas industrias devorarían las fábricas nacionales, los productos norteamericanos desplazarían el consumo de productos locales, por lo que ese fuerte empuje vertical del progreso no se dirigía al pueblo mexicano sino a sus padrinos *yankees*. En palabras del autor, México estaba en situación comparable a un paralítico sentado frente al arcón que guarda una fortuna: llama para pedir ayuda, y quienes acuden a ayudarlo se llevan el arcón bajo el brazo.¹²⁷

En este ensayo, Gutiérrez Nájera concluye que la única y más viable solución ante la expansión del dominio *yankee* era abrirse a la inversión europea con el fin de que, si bien no derrotaría al capital estadounidense, al menos le haría frente con su sola presencia.¹²⁸

El ensayo “Un peligro inminente: la invasión extranjera” continúa este orden de ideas. Nuevamente, Gutiérrez Nájera acepta los hechos, mas no elude criticar las consecuencias del acelerado empoderamiento de Estados Unidos y su inminente influencia en México. Como en el ensayo anterior, recalcó la imagen de los *yankees* como seres mesiánicos: “...vienen con esa vara poderosa que no hace brotar agua como la de Moisés, sino la que opera todos los milagros y todos los prodigios: el dinero”.¹²⁹ Empero, la otra cara de su prodigiosa presencia era precisamente el lado oscuro. Esta vez el ensayista endureció sus palabras y afirmó que los estadounidenses eran la raza que estaba adueñándose de México.¹³⁰ Y precisamente al inicio de este ensayo anticipa conclusiones y sostiene que la mejor opción ante el empuje norteamericano es la educación o, en otras palabras, adoptar en México un modelo educativo como el estadounidense. La raza norteamericana, dijo, era esencialmente trabajadora y comerciante; mientras los mexicanos irremediablemente padecían el lastre de sus dos

¹²⁷ Cf. M. Gutiérrez Nájera, “La ‘pacífica’ invasión *yankee*” en *Obras XIII. Meditaciones políticas*, p. 94.

¹²⁸ *Idem*.

¹²⁹ Cf. M. Gutiérrez Nájera, “Un peligro inminente: la invasión extranjera”, en *Obras XIII. Meditaciones políticas*, p. 99.

¹³⁰ *Idem*.

herencias: la altivez de los españoles y la indolencia azteca.¹³¹ En México, explicó el autor, los jóvenes se interesaban por profesiones como abogado, médico o literato y las ejercían; las dos primeras eran profesiones liberales por excelencia, mientras el literato estaba en crisis de legitimidad hacia finales del siglo XIX. Para Gutiérrez Nájera, tales carreras profesionales perderían practicidad en el corto plazo y causarían la aparición de filas y filas de hombres desempleados y miserables porque la sociedad mexicana iría sometiéndose a las instrucciones y leyes del *yankee* (un incipiente *american way of life*) para las que tales actividades resultaban incompetentes, dispensables y débiles, mientras los supervivientes de una raza más activa y fuerte eran los nuevos ingenieros, representantes ideales de profesiones prácticas, útiles y verdaderamente adecuadas para las exigencias materiales del progreso. En este ensayo, el autor nuevamente aplicó algunos conceptos del darwinismo social como “supervivencia del más fuerte” y *struggle for life*, los cuales postulan que por naturaleza los fuertes desplazan a los débiles.¹³²

Entonces, para no ser aniquilados bajo el peso norteamericano, la educación en México debía voltear hacia otro lado y concentrar sus recursos, fuerzas y estrategias en la formación de profesionistas que derramaran sus prácticos conocimientos en la industria o en las leyes del mercado. Tales circunstancias obedecían a la devaluación que sufrió el trabajo intelectual (que ha sido mencionada en el segundo capítulo) frente al ascenso de otras disciplinas como las distintas ingenierías, que en efecto eran necesarias para construir un nuevo país que se iniciaba en la modernización. Pero, por otro lado, era aún más necesaria la mano de obra barata que ejecutara los proyectos de aquellos profesionistas, y en ello no reparó Gutiérrez Nájera.

Frente a los cambios económicos y políticos en México provocados por la influencia norteamericana, Gutiérrez Nájera tuvo una postura crítica, pero su consternación fue evidente

¹³¹ *Ibid.*, p. 100. // Nótese el uso que hace Nájera de conceptos científicos como *herencia* o *determinismo biológico*, aplicados al análisis social.

¹³² El darwinismo social es la rama del evolucionismo que postula una completa similitud entre las leyes de la naturaleza y las leyes sociales, ambas sujetas a la competencia y la supervivencia del más apto, y considera que las leyes de la naturaleza proporcionan directamente una moral y una política (cf. Thomas F. Glick, “Darwinismo social”, en Thomas Barfield (editor), *Diccionario de Antropología*, p. 148). // Para Gutiérrez Nájera, estas “leyes naturales” explicaban por qué la agricultura local mexicana se había vuelto ruinoso mientras que la industria, el elemento más fuerte, era la madre de todos los bienes del progreso (vid. M. Gutiérrez Nájera “Un peligro inminente: la invasión extranjera” en *Obras XIII. Meditaciones políticas*, p. 99).

ante el hecho de que una parte de la aristocracia mexicana reprodujera las costumbres y maneras de la cultura estadounidense. Para explicarlo retomo el ensayo “Manía de hablar inglés” (1883) que puede resumirse con una frase del autor: “La sociedad [mexicana] se americaniza visiblemente: huele a whisky”.¹³³ Sin embargo, el problema no era que la alta sociedad mexicana tomara whisky, sino que lo bebiera luego de saborear un mole. Esa metáfora explica su descontento pues en esta combinación descuidada observó un mal que aquejaba a la sociedad mexicana decimonónica al no saber adaptar los elementos culturales de otras sociedades, y así lo expresó claramente: “Yo quisiera que supiéramos asimilarnos los elementos sanos que nos traen los inmigrantes; pero de modo que, mejorando nuestras condiciones y corrigiendo nuestros vicios, conserváramos siempre un sello de nuestra individualidad”.¹³⁴ He aquí una vez más el eclecticismo modernista de Gutiérrez Nájera, que además era una cuestión constantemente presente en las reflexiones de varios ensayistas latinoamericanos finiseculares: la búsqueda de identidad nacional frente a los avances de una cultura universalista homogeneizante, que porta bandera azul, roja y blanca, y que bien podría ser francesa, británica o norteamericana.

Considero válida la crítica de Gutiérrez Nájera ante la burda imitación de las costumbres extranjeras, pues no era cuestión de adoptar sino de adaptar aquellos elementos que mejoraran las virtudes de los mexicanos y disminuyeran sus vicios, sin que ello ocasionara la pérdida del “sello propio”. Sin embargo, difiero con el autor cuando responsabiliza a la clase alta de llevar a cabo esa tarea, pero comprendo por qué lo vio de esa manera ya que, gracias a su poder económico, esta clase era capaz de adaptar y difundir los elementos y cambios materiales que pudieran convertir a México en una nación moderna. Pero entonces cabe la pregunta: ¿tal proceso sólo beneficiaría a la clase alta? Quizá la inconformidad de Gutiérrez Nájera habría sido matizada si en lugar de whisky la sociedad mexicana hubiese olido a vino francés, pues tal vez no se habría opuesto de manera tan frenética a la adopción de algunos elementos del modelo cultural francés decimonónico; al contrario, parte de ese modelo integraba su ideal cultural de nación. Por “modelo cultural francés decimonónico” me refiero los aspectos culturales europeos, especialmente franceses,

¹³³ Cf. M. Gutiérrez Nájera, “Manía de hablar inglés” en *Obras XIII. Meditaciones políticas*, p. 167.

¹³⁴ *Idem.*

que caracterizaron el periodo identificado a posteriori como la *Belle Époque*. Este fue un término acuñado en el siglo xx para designar a los años que precedieron al estallido de la Primera Guerra Mundial, identificándolos como un periodo (1880-1913) de bienestar y esplendor en el que destacaron los hombres de ciencia y letras, quienes obtuvieron mayor protagonismo a partir del Caso Dreyfus (*vid.* nota 76 en la presente tesis), por eso, esta época es también identificada como la de los intelectuales.

Otra característica de la *Belle Époque* fue el incremento de la difusión de la cultura por medio del libro impreso y del periodismo (diarios impresos), para aquel entonces, los nuevos procesos de edición y el mejoramiento de las técnicas de impresión se conjuntaron para renovar las prácticas de lectura. Fue, asimismo, la época de esplendor del positivismo y del nacimiento de la sociología, evidentemente influenciada por el positivismo. En el ámbito artístico, este periodo se caracterizó por romper con los cánones estéticos establecidos, ejemplo de ello fue el movimiento impresionista, que apareció precisamente en Francia (el impresionismo surgió en contra de las fórmulas artísticas impuestas por la Academia francesa de Bellas Artes, que fijaba los modelos a seguir y patrocinaba las exposiciones oficiales en el Salón parisino).

La *Belle Époque* se caracterizó también por resaltar los aspectos de la cultura urbana, determinada por las prácticas sociales y culturales de la aristocracia y la burguesía francesas; lugares como el hipódromo y las salas de entretenimiento (teatros donde se presentaban obras y óperas. Años más tarde se convirtieron en los primeros cines) eran los espacios sociales por excelencia, en coexistencia con el entretenimiento popular, representado por los circos.¹³⁵

Como he sostenido a lo largo de esta tesis, el ensayista es libre para escribir sobre cualquier tema de la manera que considere mejor, por eso no era necesario que Gutiérrez Nájera fuese experto en historia, filosofía, física o pintura para reflexionar sobre ello. Como demostraré a continuación, la divulgación de la ciencia y de la historia tuvo un lugar importante en el corpus de ensayos najerianos, además de la política, desde luego.

Precisamente, Gutiérrez Nájera estaba inmerso en las dinámicas de la política mexicana ya que ejerció un cargo como diputado de la XIV Legislatura (1888-1895) por el

¹³⁵ Cf. Pascal Goetschel y Emmanuelle Loyer, *Histoire culturelle de la France. De la Belle Époque à nous jours*, pp. 3-36).

municipio de Texcoco, Estado de México. En este terreno, al principio se mostró claramente liberal, sin embargo, no tardó mucho en criticar severamente al jacobinismo radical. Al concebir al hombre en constante evolución, consideró que los liberales de décadas pasadas, quienes en su momento defendieron los principios democráticos, ya estaban caducos para su época,¹³⁶ es más, se habían convertido en los nuevos conservadores.

El proyecto de nación que el autor proponía estaba delimitado por los parámetros de orden y progreso, máximas positivistas, por lo cual postulaba la necesidad de consolidar un Estado que resistiera la anarquía, y consideraba que la Constitución Mexicana de 1857 —vástago del liberalismo viejo— era obsoleta. Los principios debían prevalecer sobre las personas y el medio social sobre los ideales democráticos. Para gobernar debía considerarse ante todo la realidad y la costumbre, y frente a la realidad Gutiérrez Nájera abogó por que se hablara menos de derechos y más de obligaciones.¹³⁷

La idea de una ley práctica, coherente con la realidad y el momento histórico me parece una premisa acertada. Un ejemplo lo encuentro en el ensayo “El club de los inútiles” (1881), texto breve con el que puedo reafirmar el carácter positivista del autor, pues en primer lugar consideraba que la política era ciencia positiva que no debía plagarse de promesas y palabras, es decir, debería estar libre de subjetividades y circunscrita a lo materialmente posible, sin lugar para utopías.¹³⁸ La política, en resumen, debía ser acción y no palabra. Para Gutiérrez Nájera, aquel gobierno jacobino idealista que pretendía hacer al mundo a su imagen y semejanza estaba condenado al fracaso porque los gobiernos no podían escapar de dos elementos ineludibles, el momento histórico y la ley de la evolución que, en conjunto, formaban un titán sobre rieles: el progreso. Para él, el progreso era como una locomotora bien encarrilada con un camino ya formado, pues el progreso no andaba como saltimbanqui —decía— sino que iba seguro y derecho y quien intentara frenar esa locomotora, perecería, mientras quien la acelerara sin cautela ni cordura, también.¹³⁹ Precisamente ese había sido el problema de todos los reformadores que el autor identificaba con los gobiernos liberales mexicanos y sus respectivas alternancias conservadoras de las décadas 1850 a 1870, que

¹³⁶ Cf. B. Clark de Lara, “Introducción” a *Obras XIII. Meditaciones políticas*, p. LII.

¹³⁷ *Idem.*

¹³⁸ *Vid.* nota 115 en la presente tesis.

¹³⁹ Cf. M. Gutiérrez Nájera, “El club de los inútiles”, en *Obras XIII. Meditaciones políticas*, p. 108.

pretendieron “corregir la naturaleza humana como se corrigen los errores de caja de una imprenta”,¹⁴⁰ es decir, mecánicamente, desvinculándose del momento histórico y de la ineludible ley de la evolución. Si un pueblo no está listo para el progreso, no lo estará hasta que su proceso de evolución lo capacite para ello en un momento histórico determinado. En opinión de Gutiérrez Nájera, el más pulcro ejemplo del uso de la razón en un gobierno era la República francesa, que estaba “divorciada de las quimeras ultrademocráticas y contando con las verdaderas prácticas”.¹⁴¹

El autor se declaraba completamente fiel al proyecto de orden y progreso del gobierno liberal, progresista, positivista y científicista del presidente mexicano Porfirio Díaz.¹⁴² Sin embargo, ese proyecto nacional se desarrolló en una realidad que complicaba su libre paso. En los ensayos “La raza y el progreso en México” y “Los indios y *Monsieur* Claudio Jannet”, ambos de 1893, Gutiérrez Nájera explicó que el indígena en México y en otros países de América representaba una problemática constante para formar la identidad nacional, pues denunció la prevalencia de la imagen de un indio idílico, producto del imaginario colectivo basado en disparates de las crónicas escritas por conquistadores, y en la excesiva compasión de los misioneros del siglo XVI, lo cual hacia finales del siglo XIX no tenía lugar histórico y era un elemento social que no encajaba con el modelo económico, político y cultural al que aspiraban los positivistas finiseculares. Este era un problema digno de ser discutido por científicos sociales o sociólogos.

En “La raza y el progreso de México” es claro una vez más el positivismo y científicismo del pensamiento de Gutiérrez Nájera, quien no dejó pasar la oportunidad para dar su opinión respecto a un debate en boga en 1893, derivado de la publicación de un artículo

¹⁴⁰ *Idem.*

¹⁴¹ *Idem.*

¹⁴² La aventura del positivismo en México es un caso extraordinario y singular: el único en que una doctrina filosófica asumió carácter oficial, identificándose con el Estado, que pretendió regirse por sus normas, siendo sus profesores y practicantes los “científicos”, diligentes de su política y su administración. El porfiriano –denominación del periodo en que el general Porfirio Díaz fungió como presidente de México de 1877 a 1911 con una pausa de cuatro años (1880-1884) durante el mandato de Manuel González– fue la encarnación política del positivismo (cf. Alberto Zum Felde, *Índice crítico de la literatura hispanoamericana. El ensayo y la crítica*, p. 209). Se distinguen dos etapas del positivismo: la primera, denominada positivismo comtiano (por ser postulado y difundido por el filósofo francés Auguste Comte); y la segunda, positivismo spenceriano (por el sociólogo y filósofo inglés Herbert Spencer), caracterizada por la idea del evolucionismo (*ibid.*, p. 211) la cual Gutiérrez Nájera menciona de manera constante en sus textos.

del sociólogo francés Claudio Jannet en la revista *La Revue des Deux Mondes*, en el que se discutía si el indio era o no apto para la civilización, a lo que el mexicano cuestionó que los indígenas precolombinos hubieran constituido realmente una civilización, y afirmó que era una falsedad aquella idea de que la Conquista puso fin a la gloriosa civilización indígena. El autor intentó demostrarlo con argumentos basados en hechos y procedió de manera científicista, intentó ser objetivo y fundarse en evidencias materiales, quehacer básico de cualquier positivista. En primer lugar, puso en duda el esplendor material y arquitectónico de los aztecas, pues de haber sido cierto que existieron incontables riquezas, ¿dónde habían quedado? Como segundo punto, expuso que no hubo un único y poderoso imperio azteca como la historia de la Conquista afirmaba, más bien se trataba de múltiples tribus recién iniciadas en el sedentarismo, fácilmente sometidas por españoles y tlaxcaltecas. Tercero, aquello no podía haber sido un imperio porque no tenían noción alguna de unidad que conjuntara todos los poderes coexistentes, de ahí que los tlaxcaltecas optaran por ayudar a los conquistadores.¹⁴³

El siguiente ensayo para analizar se titula “Los indios y *Monsieur* Claudio Jannet”, y en aquí encuentro con mayor claridad las manifestaciones de la vida pública y privada del autor, tema que ya se ha comentado anteriormente. Por una parte, él era adepto al liberalismo, al positivismo, al científicismo, y creyente en el progreso; y por otra, era un hombre católico que al parecer nunca dudó de su dogma.

En ese texto, Gutiérrez Nájera dedujo, basado en hechos, que el catolicismo característico del siglo XVI fue el adecuado para lograr la gloria de conquistar los territorios descubiertos por Colón, ya que éste, junto con el poder de los reyes de España, era más fuerte, vigoroso y osado.¹⁴⁴ Su razonamiento, como se ha dicho, se fundaba en hechos, pues tal era su finalidad al escribir ensayos relacionados con la Historia: ser objetivo y no dejarse llevar por dichos sin pruebas¹⁴⁵ ya que ese era, en su opinión, el gran defecto de los estudios de la historia de México, basados en patrañas de los conquistadores y en exageraciones de los evangelistas del siglo XVI que, sin más, retomaban algunos sociólogos e historiadores del

¹⁴³ *Ibid.* p. 268.

¹⁴⁴ Cf. M. Gutiérrez Nájera, “Los indios y *Monsieur* Claudio Jannet”, en *Obras x. Historia y ciencia*, p. 248.

¹⁴⁵ *Ibid.*, p. 252.

siglo XIX¹⁴⁶ y, como propagandistas de la Leyenda Negra,¹⁴⁷ denigraban los actos de los españoles hacia los indios sin considerar que el proceder de la corona inglesa no había sido tan diferente. En todo caso, esos historiadores iban cegados por la ferviente repulsión a lo católico español y por ello carecían de objetividad. Así, Gutiérrez Nájera postulaba la necesidad de alejarse de sentimentalismos y dejar de llorar al pasado, porque la civilización azteca había nacido para ser destruida¹⁴⁸ por ser inferior a la civilización llegada de Europa; pereció: he ahí la supervivencia del más fuerte. En el resto del ensayo el autor intentó seguir esa línea de pensamiento positivista; sin embargo, noté que subsiste una visión objetivable de los frailes evangelizadores de América —quienes para el ensayista no eran todos santos ni todos demonios, sino simples entes pasivos—¹⁴⁹ detrás de la cual se esconde una defensa del catolicismo como un bien necesario para los indígenas del siglo XVI, y por ello concluye que la religión de los frailes salvó a los indígenas de la inminente destrucción por parte de los conquistadores armados.

Cierto es que en el siglo XIX revolucionó la técnica y la ciencia respecto a siglos anteriores: la maravillosa locomotora, las máquinas que hicieron posible la Revolución Industrial, la fotografía, las teorías microbianas del origen de las enfermedades, el jaque al dogma *teopangénico* sobre el origen de la vida con la teoría de la evolución de Darwin, y con ello Gutiérrez Nájera pudo conocer y analizar los cambios y sus efectos en el pensamiento colectivo occidental de fin de siglo. Como producto reflexivo, “Las maravillas de la ciencia” (1882) es un ensayo en el que puedo vislumbrar su pasión por el dogma científico y sus consecuencias en la humanidad. El texto es en parte una oda a la ciencia y a la vez una profunda reflexión sobre la condición humana, para lo cual el ensayista inició describiendo un escenario de entretenimiento colectivo común en su época: el circo. Su narración desdeña

¹⁴⁶ MGN se refería a John William Drapper, Charles Letourneau y William Richardson (*vid.* notas 6, 7 y 9 al texto núm. 32: “Los indios y *Monsieur* Claudio Jannet” en *Obras x. Historia y ciencia*, p. 252.

¹⁴⁷ Leyenda Negra: discurso político-moral de la segunda mitad del siglo XIX que desprestigiaba todo elemento hispánico de cualquier índole: étnico, lingüístico, artístico, histórico, etc. A partir de esto, se planteó una sencilla ecuación: español católico es igual a medieval, inquisitorial, conservador; mientras que americano liberal, es igual a avanzado, moderno, progresista. Esta Leyenda Negra también recaía sobre Hispanoamérica, al ser heredera cultural de España. Los principales expositores de la Leyenda Negra fueron los británicos y los norteamericanos (*cf.* Beatriz Ruíz de Gaytán de San Vicente, “La vigencia de la Leyenda Negra como factor de retraso en Hispanoamérica”, en *Quaderni Ibero-Americani*, núm. 71, 1972, pp. 22-23.)

¹⁴⁸ *Cf.* M. Gutiérrez Nájera, “Los indios y *Monsieur* Claudio Jannet”, en *Obras x. Historia y ciencia*, p. 254.

¹⁴⁹ *Ibid.*, p. 262.

la sorpresa de la gente que acude en masa y paga por entrar en una carpa para ver personas volar por los aires, e interpeló a esa masa bobalicona: ¿por qué tanto revuelo si el hombre, “el supuesto Rey de la Creación, nunca tendrá la vista del águila, el oído del venado, la rapidez del gamo, la elasticidad del chapulín, ¿ni la destreza de los monos?”¹⁵⁰

Como en los ensayos anteriores que he analizado, encuentro al mismo tiempo el científicismo y la reflexión personal, pues por un lado el autor se esmeró por exponer, durante más de un párrafo, datos “duros” sobre el comportamiento animal como que el chapulín puede saltar doscientas cuarenta y ocho veces la longitud de su cuerpo, o que el cóndor vuela a cuatro mil metros de altitud, lo cual en parte sustentó su argumento de índole ontológico: el hombre es una nimiedad ante las verdaderas maravillas de la Naturaleza. No obstante, admitió que ese pigmeo (como llamaba al ser humano) tenía una salida: la ciencia, la cual enriquecería al pobre siglo XIX.¹⁵¹ Y entonces comenzó a enunciar las verdaderas maravillas de su siglo, por ejemplo, la electricidad, a la que describe con metáforas: “fuerza ignota y prodigiosa que bajó del Cielo en forma de rayo, que vuela sin alas y que ve sin ojos, es el hada de nuestros tiempos”.¹⁵² Para Gutiérrez Nájera lo maravilloso no era la ciencia por sí misma, sino los pasos de gigante con los que avanzaba.

En otro ensayo se observa que ciencia y poesía pueden coexistir, lo demostró Gutiérrez Nájera con “Los cometas” (1882 y 1884), escrito con el aparente motivo inicial de hablar acerca de una desconocida mujer rubia. La edición de 1882 integra ocho subdivisiones, algunas escritas en verso, las demás en prosa y con lenguaje científicista. El autor hizo una auténtica simbiosis en este texto que inicia con voz narrativa y apela a su interlocutor con un contundente “tú”, bastante familiar. A continuación, lanza una dedicatoria a la rubia anónima a quien convierte metafóricamente en un “cometa perdido / que venía del abismo e iba al Sol /... / su cauda: seda /... / ¡la que nunca volverá!”.¹⁵³ Aquí reconozco una similitud innegable con el soneto “A una transeúnte” de Charles Baudelaire, datado en 1860 y publicado dentro de *Las flores del mal*: ...fugitiva beldad / cuya mirada me ha hecho súbitamente renacer / ¿no te veré más que en la eternidad? / ...ignoro dónde tú huyes... / ¡Oh, tú!, a la que hubiera

¹⁵⁰ Cf. M. Gutiérrez Nájera, “Las maravillas de la ciencia”, en *Obras x. Historia y ciencia*, p. 339.

¹⁵¹ *Ibid.*, p. 341.

¹⁵² *Ibid.*, p. 343.

¹⁵³ Cf. M. Gutiérrez Nájera, “Los cometas”, en *Obras x. Historia y ciencia*, p. 354.

yo amado,¹⁵⁴ versos que describen una visión breve, cual relámpago o estrella fugaz, de una elegantísima mujer caminando por las calles de París. Bien pudiera ser que Gutiérrez Nájera, siguiendo la línea aspiracional al canon cultural francés, reconociera en Baudelaire una inspiración máxima y quisiera parafrasear aquel soneto de *Las flores del mal* a propósito de su ensayo sobre los cometas, empero, no cuento al momento con evidencia de que hubiera alguna vez hecho la lectura explícita de dicho texto.

Después de esa poética dedicatoria introductoria, Gutiérrez Nájera entona un lenguaje científico para redactar en los párrafos siguientes una monografía sobre los cometas. En cuatro apartados siguientes describe qué son, cómo se clasifican, qué nuevos cometas habían sido descubiertos recientemente, cuál era su composición, trayectoria, velocidad.

El científicismo se suaviza cuando llega al apartado “Los cometas en la historia”, pues cita algunas obras literarias o simples anécdotas de algún personaje histórico que refiere el avistamiento de un cometa. En la sección “Choque de la Tierra con un cometa”, Gutiérrez Nájera retoma el científicismo y confronta los saberes populares con las respuestas de la ciencia a las que afirma verdaderas. Frases como “algunos creen” o “imaginaron otros” contrastan con el lenguaje científico de los primeros apartados. Finalmente, el ensayo concluye con un epílogo en verso dedicado nuevamente a la desconocida rubia que había visto en el vagón de un tren, lo cual interpreto como un intento por explicar racionalmente un hecho tal vez inefable, y a partir de ello desarrollar todo un discurso científico relacionado con los cometas a propósito de lo fugaz que fue para él la existencia de aquella mujer.

Con base en la lectura de los textos anteriores, concluyo que Manuel Gutiérrez Nájera era un hombre culto, atraído por información actualizada sobre política internacional, política y economía locales, y por las constantes novedades de la ciencia finisecular. La lectura conjunta de los ensayos arroja la impresión de que el autor quería opinar sobre muchas cosas, y en efecto pudo hacerlo pues como periodista tenía la capacidad de “ser uno y muchos a la vez”. Asimismo, por ser un ecléctico intelectual tuvo acceso a una amplia variedad de textos clásicos y contemporáneos, principalmente diarios y publicaciones periódicas nacionales e internacionales. Definitivamente, la suya era una ventana bastante amplia al mundo.

¹⁵⁴ Cf. Charles Baudelaire, “A una transeúnte” en *Las flores del mal*, p. 363.

Además, el análisis muestra a un hombre preocupado por la realidad histórica de su país hacia finales del siglo, una preocupación propositiva pues no escribió un solo ensayo en el que no dejara clara una propuesta para mejorar o solucionar lo que debatía.

El ideal de nación de Gutiérrez Nájera también era ecléctico, ya que aspiraba a retomar los mejores elementos ideológicos, técnicos, políticos y culturales para adaptarlos a la realidad histórica de México. En el ámbito de la técnica, planteaba que la industria debía adaptarse a las demandas del capitalismo como nuevo sistema económico internacional; en lo político, el liberalismo era el vehículo perfecto para llevar el progreso a todos los rincones del país, sin embargo, debía ser un liberalismo fresco, renovado y práctico que no se pudriera entre vagas y ociosas utopías; en lo cultural, los usos y costumbres de la alta sociedad francesa predominaban en el abanico de elementos culturales universales. No obstante, todo lo anterior debía desarrollarse en el marco de un proyecto nacional de orden y progreso, sin dar espacio a la vejación de la soberanía mexicana.

En este último aspecto, el escritor mexicano no estaba completamente convencido respecto al papel que podía ejercer el elemento extranjero en la economía y en la política del país, pues con el análisis de los ensayos se ha visto que con sólo dos años de diferencia pasó de rechazar la idea de una invasión pasiva *yankee* (1881) a proponer que el Estado oligárquico nacional, bajo la tutela del poder extranjero, solucionaría el caos político-social que atravesaban las naciones centroamericanas (1883).

Su visión de nación fue positivista por los cuatro costados. Creía en el evolucionismo social, reconocía a México como un país medianamente desarrollado, pero en grado mayor que el de otras naciones hispanoamericanas. Su visión interior no pudo desligarse de su tradición católica a pesar de que ello derivara en una esencial contradicción. Aunque tuvo como obsesión un ideal de belleza, que es también contradictorio frente al mundo pragmático y materialista finisecular, igualmente fue visible su empeño por lograr la perfección del hombre, lo cual creyó posible alcanzar al encontrar el equilibrio en el mundo material y la justicia en el mundo moral.¹⁵⁵ Asimismo, coincidiendo con el análisis crítico de Belem Clark de Lara, en estos textos se pueden identificar, además, los objetivos generales de convencer

¹⁵⁵ B. Clark de Lara, *Tradición y modernidad en Manuel Gutiérrez Nájera*, p. 141.

a su público lector sobre los asuntos públicos para lograr el establecimiento de un sistema que asegurara el orden y el progreso en México; un cambio constitucional apegado a la realidad nacional; fomentar el desarrollo económico industrial; la reorganización urgente de las prácticas del aparato jurídico y la censura a los sistemas sociales que impedían el ya mencionado progreso.¹⁵⁶ Durante toda su vida como escritor, Gutiérrez Nájera se aferró a tres ideales: el progreso y la modernización de México mediante la industrialización; el humanismo como algo necesario para una sociedad materialista; y una literatura que, si bien no fuera nacional, sí fuese verdaderamente propia, y el equilibrio definitivo de estos últimos elementos fue el mayor propósito de este ensayista mexicano.

3.2. ENSAYOS DE JOSÉ ENRIQUE RODÓ

La obra literaria del escritor José Enrique Rodó es casi totalmente prosa ensayística: vasta, profunda y la más influyente del modernismo hispanoamericano de las primeras décadas del siglo XX. A pesar de que su corpus de ensayos fue dado a conocer y ampliamente estudiado en la pasada centuria, justifico el análisis de algunos de ellos en el marco del modernismo decimonónico y lo vinculo con Manuel Gutiérrez Nájera, ambos cronológicamente distanciados, porque convergen en haber sido testigos y expositores de su época y realidad, temas que enunciaron y en ocasiones denunciaron mediante el ensayo.

De acuerdo con Emir Rodríguez Monegal, desde una perspectiva muy general los ensayos de Rodó se desarrollan entre cuatro esquinas temáticas: política, estética, metafísica y ética.¹⁵⁷ Igualmente, propone una clasificación más específica de la prosa de Rodó en ensayos históricos, literarios, morales, sociales e hispanoamericanos, con base en los cuarenta y cinco textos que integran *El mirador de Próspero*.¹⁵⁸ A primera vista se observa

¹⁵⁶ Cf. B. Clark de Lara, "Introducción" a *Obras XIII. Meditaciones políticas*, p. LXXXVIII).

¹⁵⁷ Cf. Emir Rodríguez Monegal, *José Enrique Rodó. Obras completas*, p. 29.

¹⁵⁸ *Ibid.*, pp. 500-502.

la similitud entre esta obra y la de Gutiérrez Nájera que está compilada precisamente con un criterio temático, como meditaciones políticas, meditaciones morales, historia y ciencia.¹⁵⁹

En el corpus de ensayos que elegí analizar en esta parte del capítulo destacan los temas político y social, dado que uno de los objetivos de esta tesis es demostrar que en varios textos los autores modernistas plantearon ideas propositivas para los conflictos y discusiones político-ideológicas de su época.

Los ensayos seleccionados son “El que vendrá” (1896); “Rubén Darío, su personalidad literaria, su última obra” (1899); “Liberalismo y jacobinismo” (1906); la unidad de ensayos latinoamericanistas integrada por los textos “A Anatole France” (1909), “El centenario de Chile” (1910), “Iberoamérica” (1910) y “Una bandera literaria” (1912); por último, “La prensa de Montevideo” (1909).

Mi criterio selectivo estuvo guiado por ejes temáticos, por ello analizaré ensayos aislados como “El que vendrá”, una exhalación angustiada frente a la crisis del fin de siglo que no obstante alimenta una esperanza mesiánica. En el ensayo dedicado a Rubén Darío, observo la manera en que Rodó concebía al modernismo y su razón de ser en América. “Liberalismo y jacobinismo” es un texto híbrido entre reflexión política y filosófica en el que el autor asume al cristianismo como el mejor bastión de la caridad universal, al tiempo que expone desde su perspectiva que la educación laica no es el único camino para la verdadera libertad de pensamiento. La parte de su obra que he denominado “unidad de ensayos latinoamericanistas” llamó mi atención porque es testimonio del proyecto político y cultural de América Latina en el contexto finisecular en el que Rodó reflexionó, y se relaciona, como se observará posteriormente, con las ideas de Gutiérrez Nájera. Por último, con “La prensa de Montevideo” mostraré la postura que tenía frente al periodismo de rutina y el quehacer del escritor, dilema en el que también discurrió en su momento Gutiérrez Nájera.

“El que vendrá” es uno de los textos que conforman la obra de Rodó *La vida nueva*, publicada en 1896, que él mismo afirmó era “la recolección de impresiones como espectador en el gran drama de la inquietud contemporánea”.¹⁶⁰ Esa angustia ante el deceso del siglo XIX

¹⁵⁹ Hago referencia a la compilación de textos de Manuel Gutiérrez Nájera *Obras x. Historia y ciencia; Obras XIII. Meditaciones políticas y Obras XIV Meditaciones morales*, el primero, de Ana Laura Zavala Díaz, los últimos de Belem Clark de Lara.

¹⁶⁰ Cf. José Enrique Rodó, “El que vendrá”, *op. cit.*, p. 149.

que muchos modernistas compartieron, se reflejó en la idea central de este ensayo: “el credo del maestro caducó ante el ocaso”. Como en este caso, en la gran mayoría de sus ensayos Rodó utilizó constantemente la metáfora como recurso predilecto para expresarse, y este texto es un ejemplo. El ocaso que enunció era el agotamiento de los ideales, carencia que abarcó todos los aspectos humanos y, por ende, a la literatura. Ante este panorama sólo quedaba esperar un mesías: el modernismo.

Para Rodó, el modernismo era una palabra nueva, adecuada para su tiempo porque permitía la renovación del espíritu de la juventud frente a la angustia del fin de siglo. Esta idea la desarrolló con mayor profundidad en el texto “Rubén Darío: su personalidad literaria, su última obra” (1899), que es una crítica literaria a *Prosas profanas*. Este ensayo es también un peculiar testimonio del modernismo, ya que uno de sus máximos exponentes, Rodó, disertó acerca de quien es quizá el más reconocido escritor modernista del siglo XIX, Rubén Darío. Rodó introduce el ensayo mencionando lo deplorable que resultaba para América que se hubiera postergado la posibilidad de crear un arte libre y autónomo, es decir, un arte independiente del crudo entorno social.¹⁶¹ En ese momento, Rodó creía en la importancia de un modernismo desvinculado de su momento histórico y su contexto social, pero se refería solamente a la poesía americana, la cual merecía libertad luego de haber sido subyugada por la suprema necesidad de propaganda y de acción, pues “poesía que luchaba no podía ser poesía que cincelara”.¹⁶² Igualmente, pensaba que si los poetas expresaban su sentir de manera universal, América podía ser terreno fértil para un lenguaje poético superior, pero para ello debían renunciar a su sello americano.¹⁶³

Rodó sostenía que el francés, lengua compuesta de matices, era el idioma idóneo para expresar todas las sensaciones del mundo, pues eso era el modernismo, un arte sensorial; en cambio, el idioma español complacía lo firme y lo estructural.¹⁶⁴ Dicho de otra manera, el modernismo estaba pensado para ser pronunciado en francés, y mediante la poesía esta lengua podía llegar a convertirse en el idioma universal del fin del siglo XIX con el que podrían expresarse y comunicarse los poetas americanos aunque ello implicase dejar a un

¹⁶¹ Cf. J. E. Rodó, “Rubén Darío: su personalidad literaria, su última obra”, *op. cit.*, pp. 169-170.

¹⁶² *Idem.*

¹⁶³ *Ibid.*, p. 169.

¹⁶⁴ *Ibid.*, pp. 180-181.

lado la lengua materna española que no satisfacía del todo las delicadas exigencias de la poesía modernista. En cambio, consideraba que la prosa modernista bien podía escribirse en español, idioma menos sensual que el francés, pero con mejor estructura para enunciar temas en los que la poesía no meditaba. Estos argumentos no pueden interpretarse como evasores de la realidad, pues debe considerarse que este ensayo fue escrito en una etapa temprana de su carrera literaria, cuando hacía poco tiempo de haberse identificado él mismo como modernista y aún no encontraba su camino para la acción.¹⁶⁵ No mucho tiempo después, el autor reflexionó sobre la función del artista en el mundo americano, concluyendo que debía ser ideólogo y actor social, al respecto, expresó: “o mucho me equivoco, o estamos llegando en América a tiempos en que la actividad literaria ha de manifestar clara y enérgica conciencia de su función social [...] la obra en la que debemos ahora aplicarnos es expresar artísticamente un ideal constructivo, de trascendencia social, con horizontes sobre el porvenir y las esperanzas humanas”.¹⁶⁶ Esa es la esencia de todo el pensamiento de José Enrique Rodó en sus ensayos, y demuestra que la nueva palabra del pensamiento —la filosofía— y del arte, —la poesía— debían atreverse a enunciar la realidad.

Finalmente, en el ensayo sobre Rubén Darío, Rodó concluye que el modernismo era el mejor ejemplo de renovación en el seno de la juventud americana. Ahí también se encuentra un elemento sustancial del pensamiento de Rodó, pues su horizonte de acción literaria y de reflexión era en gran medida la juventud americana a la que encomendaba toda su fe y esperanza en la tarea de construir y propagar un nuevo pensamiento. Rodó se asumía dentro de esa nueva generación que reaccionaba, que daba carácter y sentido a la evolución del pensamiento; a esa reacción que partiendo del naturalismo y del positivismo filosófico llevaría a los jóvenes hacia concepciones más elevadas.¹⁶⁷ En conclusión, el modernismo era para Rodó la oportunidad para que la juventud americana tomara el timón del barco hacia la superación de lo establecido.

¹⁶⁵ José Enrique Rodó rechazaba la parte puramente imitativa y superficial del modernismo. Casi todas sus objeciones no afectaban sino a un aspecto de éste: el decadentismo. En realidad, Rodó no siempre distinguió entre decadentismo y modernismo. En un momento capital de su carrera se sintió realmente incorporado al modernismo; más tarde, luego de algunas experiencias personales, intentó orientar el modernismo por el camino de la acción americana (*vid.* E. Rodríguez Monegal, *op. cit.*, p. 93).

¹⁶⁶ *Ibid.*, p. 97.

¹⁶⁷ *Ibid.*, p. 191.

El ensayo “Liberalismo y jacobinismo” (1906) es una mezcla entre la reflexión ética y las ideas políticas del autor, así como una ventana hacia su personalidad. En este escrito, Rodó evidenció su aversión al jacobinismo radical como también lo hizo Gutiérrez Nájera, y al mismo tiempo propuso un mejor concepto del liberalismo político. Aquí incluyó también la reflexión en términos éticos sobre el origen de la caridad y cómo el cristianismo había desvirtuado este valor.

“Liberalismo y jacobinismo” surgió a raíz de una polémica pública en Montevideo cuando en 1906 la Comisión Nacional de Caridad y Beneficencia de Uruguay aprobó una moción con la que se ordenó retirar todos los crucifijos que hubiera en los hospitales del Estado. Rodó se unió a la reacción contraria a ese hecho. En primera instancia escribió una carta a su amigo Juan Antonio Zubillaga, director del periódico *La Razón* con sede en Montevideo, en la que censuraba rotundamente la medida aprobada, calificándola de jacobinista, “intolerante y estrecha incompreensión moral e histórica, absolutamente inconciliable con toda legítima acepción de liberalismo”.¹⁶⁸ La carta fue publicada en la edición del 5 de julio y pocos días después, durante una conferencia llevada a cabo en el Centro Liberal, el doctor Pedro Díaz contrarió la postura de Rodó y aplaudió la medida gubernamental. Desde *La Razón*, Rodó respondió a su opositor con una serie de entregas publicadas hasta el 14 de julio de 1906.¹⁶⁹

Esencialmente, el debate se desarrolló desde dos posturas: el doctor Díaz exponía las proyecciones políticas que generaba retirar de un espacio público una figura religiosa que además se asociaba con la intolerancia religiosa y el fanatismo. Por su parte, la postura de Rodó rebasaba lo inmediato del asunto y se acercaba al terreno ideológico.¹⁷⁰

El argumento central de Rodó era que el jacobinismo no era igual al liberalismo, ya que éste último se define por el amor a la libertad en cualquier aspecto humano, mientras el jacobinismo, afirmaba el autor, depositaba toda su intolerancia en la imagen del crucifijo la cual sólo era un ejemplo supremo de caridad. Un crucifijo, dijo Rodó, era un signo religioso solamente para quien creyera en la divinidad, y quienes lo miraran con los ojos de la razón

¹⁶⁸Cf. J. E. Rodó, “Liberalismo y jacobinismo”, *op. cit.*, p. 253.

¹⁶⁹Más tarde, Rodó publicó todos estos textos en conjunto bajo el título “Liberalismo y jacobinismo” (*vid. E. Rodríguez Monegal, op. cit.*, p. 252).

¹⁷⁰*Idem.*

pero sin nubes de odio no tendrían por qué ver algo más que la representación de un varón sublime (Jesús, como hombre), que era la imagen del más grande y puro modelo de amor y abnegación humana.¹⁷¹ Expuso que la concepción errada de lo que simbolizaba el crucifijo era resultado de los hechos humanos, pues no había símbolo que permaneciera puro y limpio después de apelar al testimonio de la historia: los excesos de las cruzadas, las guerras de religión, la persecución de los herejes, todos ellos hechos comprobables e irrefutables que desvirtuaron el significado original de la cruz. Y ese era el error del jacobinismo, que no lograba ver detrás de toda esa niebla de negatividad el verdadero y original significado de los símbolos cristianos.¹⁷² En esta parte del ensayo encontré similitudes con los escritos de Gutiérrez Nájera en el sentido de que ambos recurren a ejemplos históricos comprobables para fundamentar sus argumentos racionales positivistas.

En la conclusión de este ensayo, Rodó plasmó otro elemento importante en su pensamiento: la función que debía tener la educación para la juventud. Primero, negó que sólo romper con los dogmas católicos llevaría al individuo a la plena libertad de pensamiento, eso requería mucho más que una fórmula pues era resultado de la educación interior que muy pocos alcanzan. Por ello, señaló que debían deponerse todas las ideas impuestas que reprimieran la libre reflexión, lo cual incluía a cualquier sistema, afirmación o negación,¹⁷³ de ahí su preocupación por la ciencia como dogma: “la multitud cree en la autoridad de la ciencia por fe, por adhesión irracional y docilidad hipnótica”.¹⁷⁴ Así, propuso que la educación era el medio para aumentar el número de librepensadores, pues educar significaba cultivar el ejercicio del libre criterio. En ese sentido, creía que la educación de las masas debía mejorarse y extenderse. Ahí se ubica la esencia liberal: el libre pensamiento que incluya todos los aspectos humanos.

¹⁷¹ Cf. J. E. Rodó, “Liberalismo y jacobinismo”, *op. cit.*, pp. 258-259. // Es puntal mencionar ahora que José Enrique Rodó nació y creció en una familia de tradición católica y liberal, tal como Manuel Gutiérrez Nájera, no obstante, la educación laica que recibió durante su niñez y parte de su juventud lo hizo desapegarse del dogma católico, aunque sin negarlo completamente. De aquí se explica el afán de Rodó por demostrarse objetivo al tratar temas religiosos.

¹⁷² *Ibid.* p. 284.

¹⁷³ *Ibid.* p. 292.

¹⁷⁴ *Ibid.* p. 294.

Los siguientes ensayos por analizar son “A Anatole France”, “El centenario de Chile”, “Una bandera literaria” e “Iberoamérica”. Decidí conjuntarlos por la línea temática latinoamericanista que está presente en estas obras.

Para Emir Rodríguez Monegal, el americanismo en la obra de Rodó estribó en el concepto más universal de tradición, no como sujeción a un conjunto de reglas incuestionables, sino como la fuerza que sostenía al hombre en su camino hacia el futuro. Lo que este autor observó en la tradición fue el elemento vivo y fecundo que unía el pasado de los pueblos de América con su futuro, inseguro en aquel tiempo. Y pese a la incertidumbre y defectos de estos pueblos, Rodó encontró en ellos una fuerza viva que haría posible el destino americano: la creación original realizada sobre la herencia europea.¹⁷⁵

Los siguientes ensayos están ubicados en la línea que he denominado “latinoamericanista” porque reflejaron la problemática planteada en la política local, así como las reflexiones de otros escritores y pensadores latinoamericanos de finales del siglo XIX, quienes igual que Rodó se preguntaron si América seguiría siendo un caos de pequeñas naciones divididas o asumiría de una buena vez su misión continental.

“A Anatole France”, breve ensayo de 1909, es una reflexión que surgió a partir del discurso-homenaje que Rodó dedicó al escritor francés¹⁷⁶ en el banquete ofrecido por su visita a Montevideo. El autor comienza explicando la condición intelectual en América, y afirma que el camino cultural era lento y penoso porque hasta entonces los pueblos americanos habían sido tributarios del espíritu europeo. En ese sentido, Rodó aspiraba a la independencia intelectual de los pueblos de América como condición para su independencia política completa.¹⁷⁷ Al mismo tiempo reivindicó su admiración por la cultura francesa pero en sentido distinto a la subyugación, pues América se mostraba ante los franceses no como un siervo que ha abdicado de su personalidad, sino “como el alumno reflexivo para quien la palabra magistral era impulso y sujeción que estimulaba a pensar por cuenta propia.”¹⁷⁸ Es

¹⁷⁵ E. Rodríguez Monegal, “Introducción general”, *op. cit.*, pp. 106-107.

¹⁷⁶ Anatole François Thibault (1844-1924), conocido con el sobrenombre de Anatole France, fue un escritor francés, padre del también escritor Noël France. En 1921 le fue concedido el Premio Nobel de Literatura.

¹⁷⁷ Cf. J. E. Rodó, “A Anatole France”, *op. cit.*, p. 578.

¹⁷⁸ *Ibid.*, p. 579.

decir, la influencia francesa y europea en general debía ser punto de partida para incentivar la reflexión auténtica respecto a la realidad de los pueblos americanos.

No era cuestión de seguir ciegamente un modelo, sino de adaptarlo a la realidad específica latinoamericana. Esa idea también está presente en el ensayo “Una bandera literaria” (1912), carta dirigida al escritor dominicano Federico García Godoy a propósito de su libro *Alma dominicana*. En esa epístola, Rodó valoró impetuosamente la propuesta de García Godoy que proponía la necesidad de orientar el movimiento intelectual hispanoamericano hacia un sentido concordante con los caracteres de sus pueblos y con las oportunidades de su desarrollo social y político.¹⁷⁹ Agregó que el artista, en sentido genérico, además de ser ciudadano y pensador, debía incluir en su arte el espíritu de la realidad y de la acción pues se requería un gran esfuerzo para llevar a cabo en América el proyecto de la modernidad mediante el desarrollo intelectual y un arte hondamente interesado en la realidad social.¹⁸⁰

En “El centenario de Chile” e “Iberoamérica”, ensayos escritos en 1910, Rodó abordó otra idea elemental de su pensamiento: América como unidad. En el primero de ellos escribié acerca de los cien años de independencia de Chile e indicó que este era un centenario continental, implicaba a todo el continente porque había una sola revolución de independencia hispanoamericana. La unidad de esta revolución consistía en su destino histórico: la armonía de pueblos vinculados por su origen, tradición, idioma, costumbres, contigüidad geográfica, y por todo lo que pudiera ser el fundamento de una conciencia colectiva.¹⁸¹ Considero acertado que en todos esos elementos Rodó identificara la base de una conciencia continental que, como también expresó, comenzaba a brotar en la conciencia universal: “éramos, hasta ayer, poco más que un nombre geográfico: hoy empezamos a ser una fuerza. Éramos una promesa temeraria, empezamos a ser una realidad”.¹⁸²

Nótese, sin embargo, que Rodó se refería a Hispanoamérica, concepto que nominalmente excluía a Brasil y otros territorios no hispanoparlantes. Para llenar ese vacío, en el ensayo “Iberoamérica” explicó que la unidad del continente debía extenderse hasta la

¹⁷⁹ *Ibid.*, p. 642.

¹⁸⁰ *Ibid.*, p. 643.

¹⁸¹ Cf. J. E. Rodó, “El centenario de Chile”, *op. cit.*, p. 570.

¹⁸² *Ibid.*, p. 571.

ascendencia europea de los pueblos americanos, es decir, hasta España y Portugal que al ser reinos ibéricos convertían a los pueblos de América en herederos de Iberia, y así la unidad continental era mucho más íntima y concreta que Latinoamérica. Al incluir a España y a Portugal se observa un elemento tradicional en el pensamiento de Rodó, pues para él la tradición fue el impulso necesario de la marcha hacia el futuro. De alguna manera, Iberoamérica sería una unidad construida con cimientos peninsulares pero empleados de tal forma que la obra final fuese algo completamente original.

El último texto que analizaré, “La prensa de Montevideo” (1909), refleja otra faceta del ensayista uruguayo, ahora como defensor del quehacer periodístico que él mismo ejerció mientras escribió su extensa obra.

Como mencioné en el capítulo anterior, muchos modernistas enfrentaron la dicotomía entre *querer ser* y *necesitar hacer*, pues su mayor propósito era crear y continuar cultivando la creación literaria, pero casi todos necesitaban un medio de subsistencia práctico e inmediato que evidentemente no encontraban en la labor artística. Tanto Gutiérrez Nájera como Rodó ejercieron cargos públicos; Rodó además fue catedrático, rector de la Universidad de Montevideo y director interino de la Biblioteca Nacional de Uruguay.¹⁸³ Un punto intermedio entre ese vaivén fue el ejercicio periodístico, y ambos escritores fueron colaboradores constantes en periódicos de la Ciudad de México y Montevideo.¹⁸⁴

Para Rodó, la tarea del periodista es noble y necesaria para la sociedad, pues más allá de arrojar información aparentemente efímera para el lector, el periodista cumple dos funciones sociales: ser la voz que repercute en la conciencia popular, y sacar a la luz las demandas populares.¹⁸⁵ En su opinión, quien se considerase un buen literato debía haber desempeñado la labor periodística, pues en este oficio se adquiere disciplina para el trabajo,

¹⁸³ En 1898, tras la muerte de Samuel Blixen, ex profesor de Rodó, le fue ofrecida su cátedra de Literatura en la Universidad de Montevideo. En 1900 fue nombrado director interino de la Biblioteca Nacional y luego Rector de la Universidad de Montevideo en 1901 (cf. Belén Castro Morales, “Cronología” en *Biblioteca de autor: José Enrique Rodó*, Cervantes virtual <http://goo.gl/1Kdq6p> consultado el 30 de junio de 2015).

¹⁸⁴ *Idem.* // El otro resultado de la labor periodística de Rodó fue la creación y publicación de la *Revista Nacional de Literatura y Ciencias Sociales* (Montevideo, 1895-1897), con la cual se dio a conocer el modernismo en Uruguay. En sus páginas, Rodó y sus colaboradores publicaron crítica literaria, poemas y otros textos relacionados con el americanismo (vid. B. Castro Morales, *op. cit.*).

¹⁸⁵ Cf. J. E. Rodó, “La prensa de Montevideo”, *op. cit.*, p. 644.

el hábito de producción ágil, y se practican la claridad y precisión.¹⁸⁶ La aparente fugacidad del trabajo del periodista era sólo superficial, decía, dada su “envoltura” (referido al formato de los textos periodísticos, como el reportaje o la crónica), pues lo trascendental está en su propósito, que es convencer, apasionar, destruir y reedificar la conciencia de los pueblos, sobre todo en las horas de conmoción.¹⁸⁷

Al final de este ensayo, Rodó compara la labor periodística con la del obrero, como jornalero del pensamiento. Después, se concentra en enaltecer y dignificar el concepto de “obrero” y concluye que cuando todos los títulos aristocráticos fundados en superioridades ficticias y caducas se esfumasen, sólo quedaría un título de superioridad, el de obrero, pues es la única especie de hombre que merece vivir.¹⁸⁸

Con este ensayo concluyo que Rodó simpatizó con algunos principios elementales del socialismo, como la dignificación y empoderamiento de la clase trabajadora; sin embargo, nunca manifestó explícitamente ni en lo público ni en lo privado ser partidario de ese sistema. Probablemente este discurso fue resultado de su eclecticismo modernista e hizo una interpretación un poco superficial del socialismo contemporáneo a él. Por otro lado, recuerdo el concepto de “obrero literario” que propone Pierre Bourdieu, haciendo, a la vez, referencia a las palabras de Gustave Flaubert acerca de los escritores y sus precariedades en la segunda mitad del siglo XIX; el “obrero literario” también era objeto de explotación y alienación —no olvidemos las exigencias aceleradas de las publicaciones periódicas por encargo, como lo era la crónica— sólo pocos y con suerte lograban hacer de ese modo de vida un verdadero espacio de libre creación.

Concuerdo con Rodríguez Monegal cuando afirma que José Enrique Rodó no tuvo intención de proponer en sus ensayos soluciones inmediatas para los problemas habituales de la vida decimonónica, sino que meditó en la problemática de la cultura americana con una enorme visión de América propuesta como modelo mientras se enfrentaban y resolvían los pequeños problemas comunes.¹⁸⁹ En efecto, la obra ensayística de Rodó se acercó más a la

¹⁸⁶ *Ibid.*, p. 645.

¹⁸⁷ *Idem.*

¹⁸⁸ *Ibid.*, p. 649.

¹⁸⁹ La visión crítica de Rodó no se conformaba con la observación minuciosa del pasado, del presente o con la especulación del futuro. Rodó también buscó elucidar lo eterno del hombre a través de los signos de su

filosofía que al periodismo, y sus ideas fueron una importante influencia en el pensamiento filosófico latinoamericano de la primera mitad del siglo XX. Sin embargo, Rodó no fue filósofo, pues no formuló un pensamiento sistemático de ideas en esta disciplina.

Rodó expresó su opinión sobre cuestiones políticas que afectaban directamente la vida diaria; sin embargo, sus reflexiones fueron más allá de lo inmediato como en el ensayo “Liberalismo y jacobinismo” en el que elaboró todo un discurso acerca del origen de la caridad con motivo de la polémica pública relacionada con la prohibición de los crucifijos en hospitales, mencionada en páginas anteriores. En ese texto expresó la fe que tenía en la educación como vía para concretar una sociedad de librepensadores y expuso que soslayar la religión no solucionaba la falta de personas con libre pensamiento; condenó todo tipo de fanatismo, sea religioso o político, y todo sistema que impidiera el libre pensamiento. En ese sentido, hizo una importante crítica a los positivistas por haber introducido en el mundo lo que consideraba una nueva religión: el cientificismo.

El latinoamericanismo fue un tema abordado por Rodó en muchos ensayos, pero su tema central —como expresa Emir Rodríguez— fue la cultura de América vista como un problema que debía solucionarse; problema, porque América necesitaba un rumbo como unidad, primero cultural y luego política, que incluyera una cultura original común pero retomando la herencia europea.

Igual que Gutiérrez Nájera, Rodó estaba consciente de la necesidad de adaptar y no sólo adoptar la influencia del pensamiento y la cultura extranjeros, como se observa en los ensayos “A Anatole France” y “Una bandera literaria”: debía concretarse un movimiento intelectual concordante con las posibilidades sociales, políticas y culturales de los pueblos de América.

historicidad. Su especulación filosófica era resultado del pensamiento europeo del siglo XIX; sus raíces se encuentran en el positivismo de la segunda mitad del siglo y en la reacción espiritualista que le siguió, y aunque sí fue un pensador cabal y entero, no cabe señalar a Rodó como un filósofo (*vid.* E. Rodríguez Monegal, “Introducción general”, *op. cit.*, p. 108).

3.3. ANÁLISIS COMPARATIVO DE LOS TEXTOS SELECCIONADOS

Pese a la distancia temporal y geográfica entre Manuel Gutiérrez Nájera y José Enrique Rodó, ambos muestran líneas discursivas similares en sus obras ensayísticas. Fueron dos literatos sobresalientes en sus naciones, con el mérito de haber dado los primeros y más importantes impulsos al modernismo en México y en Uruguay, respectivamente.

Ambos, durante su faceta activa como hombres de letras, asumieron ser modernistas, lo que significa que eran hombres sensibles a los cambios globales culturales, sociales y políticos de finales del siglo XIX, lo cual incentivó en ellos una inquietud angustiosa sobre el porvenir de América y del mundo que giraba en medio de cambios abruptos que afectaban no sólo las acciones sociales, sino también las ideas. Como lo mencioné en el apartado 2.2 “Modernismo”, el mundo finisecular exigía pragmatismo y racionalidad en las ideas y en el actuar cotidiano, y los modernistas no estaban cómodos con tales imposiciones, así que en parte buscaron crear un arte idealista que derivó en que algunas de sus interpretaciones llevaran a estigmatizarlos como un puñado de insufribles espíritus evasores de la realidad. Al contrario, como han demostrado los ensayos analizados, los modernistas fueron capaces y conscientes de enunciar su realidad como individuos y como parte de una comunidad. En el corpus de la creación modernista también figuraron temas como la política, la historia, los avances de la ciencia y la tecnología del fin de siglo. Pero más que enunciar problemas, estos ensayos muestran la capacidad de sus autores para proponer soluciones emanadas de la preocupación por su realidad.

A partir del análisis comparativo entre los ensayos seleccionados de Manuel Gutiérrez Nájera y José Enrique Rodó, a continuación, listaré y explicaré las temáticas comunes que tienen sus escritos.

- a) *Latinoamericanismo*, entendido como la reflexión sobre los elementos históricos y culturales que conformaban una unidad cultural americana, distinta y en buena medida opuesta a América del Norte, es decir, a Estados Unidos. De hecho, el latinoamericanismo de ambos autores indicaba las diferencias culturales y políticas entre América Latina y Estados Unidos con un tono defensivo de nuestra región. El avance casi imparable de los Estados Unidos hacia el control efectivo de la economía

y la política del resto del continente significó, evidentemente, una alerta para quienes buscaban y creían en la independencia política de cada una de las demás naciones, sustentada en la idea de autonomía y soberanía. Durante la segunda mitad del siglo XIX, los recién conformados países latinoamericanos atravesaban un sinnúmero de dificultades internas que en algunos casos permitió la efectiva influencia y control de una nación más fuerte que ellas.

- b) *Hispanoamérica* o Iberoamérica era un proyecto en construcción que se encontraba bajo la sombra e influencia de una gran potencia mundial, lo cual generaba inquietud en Nájera y Rodó pues impedía el libre desarrollo de una identidad original y autónoma. Por ello, una de las tareas más urgentes e importantes para la región era desprenderse de esa influencia primero de manera individual, y después como misión continental.¹⁹⁰ Ambos autores estaban convencidos de que, para lograrlo, América Latina necesitaba un camino propio y adecuado con su realidad histórica, a lo cual Rodó llamó *destino histórico*, y ello muestra otro tema en común.
- c) *Adaptación de elementos culturales externos*, pero acordes con la realidad latinoamericana. En los ensayos analizados en esta tesis, los autores expresan convencidos que la cultura americana podía ser original, aunque adaptara prácticas culturales de sociedades extranjeras. Adaptar se entiende como retomar determinados elementos y asimilarlos al contexto social y a la realidad histórica de los pueblos latinoamericanos. Si bien en aquel tiempo la modernidad exigía un *modus operandi* para poder concretarse al interior de las sociedades, tal método no siempre pudo coincidir con la realidad de las naciones de América Latina, de hecho, un solo proyecto nacional de modernidad encontraba circunstancias que minaban su efectividad, por ejemplo, la multiplicidad de etnias que dificultaba la idea de unidad nacional, así como la injusticia que ocasionaba el avance de una minoría. Por lo anterior, me parece interesante que los autores consideraran posible conservar la

¹⁹⁰ Cabe agregar que Manuel Gutiérrez Nájera hacía claras distinciones entre las naciones americanas, como lo expresa en su ensayo “Las repúblicas de Centroamérica”, puesto que éstas, en opinión del autor, eran inferiores a México en cuanto al grado evolutivo.

identidad nacional y ponerla en sincronía con la identidad moderna universal sin perder de vista el rumbo histórico de cada pueblo.

- d) *Eclecticismo*. Para lograr la síntesis y el equilibrio entre desarrollo material y espiritual de la sociedad finisecular, los modernistas seleccionaban de otros modelos culturales lo que consideraban mejor y más adecuado para sus propósitos. Así, Gutiérrez Nájera propuso que México retomara el modelo cultural francés, la tradicional laboriosidad estadounidense, y el ideario de libertad británico. En el caso de José Enrique Rodó, su eclecticismo también se dirigía a adaptar elementos culturales y políticos extranjeros con el fin de crear una unidad cultural iberoamericana que al mismo tiempo tuviese presencia y fuerza ante Occidente.
- e) *Lo positivo de la influencia extranjera*. Los modernistas aceptaban esta influencia si desde su concepción ecléctica podían mejorar al conjunto cultural de América, siempre y cuando pudieran adaptarse a sus condiciones históricas. El *modus vivendi* parisino de la clase alta y de la burguesía fue su parámetro cultural ideal. No en vano la primera novela modernista, *Por donde se sube al cielo*, tuvo como uno de sus principales escenarios París, especialmente los detalles de su vida galante y nocturna. Otro aspecto positivo de la influencia extranjera era el sentido material de la modernidad, pues en los logros materiales de otras naciones Rodó encontró una fuerza viva que llevaría a América a la modernización, y sobre todo a la culminación de su carácter original basado en la herencia europea.
- f) *Uso de conceptos positivistas en el análisis histórico*. Esta característica es más evidente en los ensayos de Gutiérrez Nájera, pues se esmeró en ser objetivo al abordar hechos históricos intentando alejarse de juicios de valor y de otro tipo de subjetividades. El principio de objetividad aplicado por el positivismo finisecular proporcionó las pautas para la revolución del método historiográfico, el cual estuvo basado en la racionalidad científica. Y aunque no fue historiador, Gutiérrez Nájera participó en este nuevo método como puede observarse en el ensayo “La raza y el progreso de México”. Conceptos como “raza”, “evolución” y “progreso” fueron empleados en ese texto de tal manera que los argumentos desarrollados por el autor fueron respaldados con científicismo. Asimismo, en el ensayo “Liberalismo y

jacobinismo”, José Enrique Rodó se muestra convencido ante el peso de los hechos históricos (lo material y objetivo) respecto a los símbolos e ideologías (lo inmaterial y subjetivo) dado que los primeros transforman constantemente a los segundos.

- g) *Tradición y modernidad.* Para ambos modernistas, el pasado como tradición y la modernidad como camino al porvenir y como objeto de reflexión, fueron comprendidos como una unidad. La tradición se refleja en el catolicismo familiar que en cierta medida continuaron ejerciendo, y en su adhesión al liberalismo; mientras la modernidad se expresa en ideas positivistas de la cotidianidad y, por ende, en las reflexiones de sus ensayos. No obstante, fueron selectivos y rechazaron los elementos positivistas que implicaban un pragmatismo excesivo, pues buscaban equilibrio entre desarrollo material y espiritual, sin olvidar cultivar el arte.
- h) *Síntesis y equilibrio entre el desarrollo material y espiritual del mundo.* Los modernistas buscaron y siguieron un ideal de belleza y perfección, sin embargo, como demuestra el análisis llevado a cabo, sus reflexiones también se enfocaron en cuestiones sociales, políticas, económicas y culturales. Manuel Gutiérrez Nájera consideraba impostergable el progreso material de su país, por ello estuvo a favor del proyecto de modernización de los presidentes de México Porfirio Díaz y Manuel González, y al mismo tiempo advirtió la necesidad de cultivar el espíritu individual y colectivo por medio del arte. Enrique Rodó tuvo el mismo enfoque, pues en *Ariel* apeló al poder creativo de la juventud americana que con idealismo y sentido crítico podía llevar a cabo una nueva construcción social y hacer realidad la unidad continental. En otras palabras, para ambos modernistas el desarrollo del espíritu era una condición para el desenvolvimiento material de la sociedad finisecular.
- i) *Política.* La cuestión política estuvo presente en la obra de ambos autores, no sólo porque en algún momento de sus vidas ejercieron funciones públicas como diputados en sus países, sino porque también tuvieron interés genuino por adecuar la práctica política a su momento histórico. Recordemos que Gutiérrez Nájera y Enrique Rodó hicieron críticas directas al liberalismo anticuado de décadas anteriores, y en el caso de Gutiérrez Nájera postuló la necesidad de realizar una reforma constitucional a la caduca ley del Estado mexicano. Los sucesos políticos internacionales también

formaron parte de su interés, especialmente la manera en que América Latina se enfrentaba indirectamente con Estados Unidos para concretar su autonomía cultural, a partir de su propia y distinta historia política. Los ensayos “La ‘pacífica’ invasión yankee” y “Un peligro inminente: la invasión extranjera” de Gutiérrez Nájera, muestran su convicción de que la influencia internacional del país norteamericano se expandía de diversas formas, y le preocupaba el riesgo de que naciones como México perdieran su autonomía política. Por su parte, Enrique Rodó observó constantemente el contexto político internacional, de hecho, la publicación de *Ariel* se adelantó en buena medida por la inquietud que le causó la guerra de Estados Unidos contra España (1898). También fue testigo de otro suceso político internacional sumamente trascendente, la Primera Guerra Mundial, la cual afectó su espíritu llevándolo a un vaivén entre pesimismo y esperanza.¹⁹¹ Cabe mencionar que ninguno de los dos autores expresó ser adepto al socialismo, y nunca lo consideraron una opción para América Latina.

- j) *La ciencia y su percepción en el mundo finisecular*. Gutiérrez Nájera fue más explícito que Enrique Rodó al opinar sobre la ciencia de finales del siglo XIX: la ciencia (biología, física, química, medicina, ingeniería, revolucionadas en aquella época) era real, maravillosa y poderosa; había cambiado la forma de ver la vida y las ideas. Considero que ambos pudieron ser testigos de la revolución científica por haber nacido, crecido y vivido en la atmósfera citadina: la ciudad latinoamericana como espacio social y cultural en el que todos los cambios de la modernidad se gestaban y se expandían. Pero al mismo tiempo sabemos que el campo vivía una realidad distinta con la que los autores estuvieron poco familiarizados.¹⁹²

¹⁹¹ Rodó dejó una serie de escritos, en su mayoría de carácter periodístico, que expresaron su reacción honda e inmediata ante el estallido de la Primera Guerra Mundial (1914). Se trata de quince escritos que se agrupan en dos series: una, de carácter variado que incluye declaraciones, manifiestos y pequeños discursos; la otra, bajo el título “La guerra a la ligera”, reúne ocho artículos que tratan temas marginales de la guerra, pero con un tono irónico y con un patetismo demasiado evidente (*vid.* E. Rodríguez Monegal, “Prólogo” a “Escritos sobre la guerra de 1914”, *op. cit.*, p. 1217).

¹⁹² La relación del campo con las metrópolis latinoamericanas hacia finales del siglo XIX se explica a través del neocolonialismo. La dinámica consistía, básicamente, en que del campo se extraía u obtenía la materia prima que luego sería procesada, ya fuera en las “haciendas” o “estancias”, o bien, transportada hacia los centros urbanos latinoamericanos para luego exportarlos a Europa o América del Norte (para más detalles sobre la

k) *Misión ideológica*. En el capítulo segundo de esta tesis mencioné que Peter G. Earle caracterizó al ensayo modernista en su función ideológica, de ahí que este género tuviese una misión para la cultura de su tiempo. Es evidente que los ensayos de José Enrique Rodó tenían esta característica, pues como sostuvo Emir Rodríguez Monegal, Rodó propuso un proyecto cultural para América y entregó a la juventud la bandera de esa misión. Por su parte, los ensayos de Gutiérrez Nájera hicieron un llamado a la evaluación y a la autocrítica de la cultura, la política y la sociedad de su momento.

Asimismo, encontré varias similitudes personales entre Gutiérrez Nájera y Enrique Rodó ya que ambos, como se ha descrito en líneas anteriores, nacieron y vivieron en realidades análogas: dos ciudades latinoamericanas en pleno desarrollo industrial y dirigidas a la consolidación de la modernización; espacios en los que la sociedad citadina adaptaba y difundía las influencias de la cultura extranjera, sobre todo francesa. Para aclarar más este aspecto, apuntaré brevemente algunos detalles biográficos de cada autor.

Manuel Gutiérrez Nájera nació en la Ciudad de México en diciembre de 1859, primogénito de una familia con tradición católica y tendencia política liberal; nació precisamente durante el periodo en que se desenvolvía uno de los más cruentos choques políticos y civiles del México decimonónico, la Guerra de Reforma (1858-1860). En ese contexto, hacia 1861 la situación económica de su padre se vio desfavorecida ante la caída del presidente Ignacio Comonfort, de quien era consejero.¹⁹³ Al mismo tiempo, con ayuda de su madre aprendió a leer periódicos a edad temprana, y a los catorce años el creador literario ya había emergido en él.¹⁹⁴

dinámica campo-ciudad latinoamericanos en las postrimerías del siglo XIX, *cf.* T. Halperín Donghi, *op. cit.*, pp. 280-283).

¹⁹³ A. L. Zavala Díaz, “Introducción” a *Obras X. Historia y ciencia*, p. LXX. // La Guerra de Reforma, también llamada Guerra de los Tres Años, fue un conflicto político y civil en México, desarrollado del 17 de diciembre de 1857, cuando se promulgó el Plan de Tacubaya, que abolía la Constitución liberal de 1857, hasta el 1 de enero de 1861, con la entrada triunfal de Benito Juárez (político liberal, posteriormente presidente de México) a la capital de la nación. Fue el máximo conflicto armado entre la fracción liberal y la conservadora, siendo ésta última derrotada. Durante el desarrollo de esta guerra en varias ocasiones países extranjeros ejercieron una influencia directa en la política de México, tanto a favor del gobierno liberal como del conservador (*cf.* Lilia Díaz, “La Guerra de Tres Años”, en Daniel Cosío Villegas *et. al.*, *Historia general de México*, pp. 598-603).

¹⁹⁴ B. Clark de Lara, “Manuel Gutiérrez Nájera. Primeros años, primeras publicaciones”, en *Enciclopedia de la literatura en México*, www.elem.mx/autor/datos/3044 consultado el 17 de julio de 2015. // Cabe señalar que las diferencias ideológicas entre liberales y conservadores pudieron conciliarse en el ámbito literario, ejemplo de ello es *El Renacimiento*, periódico fundado por el literato mexicano Ignacio Manuel Altamirano en 1869; el

José Enrique Rodó nació en Montevideo, Uruguay, en julio de 1871. Sus orígenes familiares son semejantes a los del escritor mexicano: hijo de una familia acomodada y nacido en medio de un conflicto civil, la llamada Revolución de las lanzas (1870-1872), fue un episodio de la segunda guerra civil más cruda en Uruguay, desatada por la rebelión armada del caudillo rural Timoteo Aparicio y su tropa gaucha, contra el gobierno de Lorenzo Batlle, del Partido Colorado.¹⁹⁵ Pocos años después, bajo el mando autoritario del general Máximo Santos, se desarrolló la etapa militarista de la política uruguaya (1875-1890), periodo en el que la modernización del país incluyó el inicio de la reforma pedagógica liberal y la implantación del positivismo en la universidad.¹⁹⁶ En un sentido más amplio, el Uruguay en el que nació Rodó iniciaba un vertiginoso proceso modernizador (1875-1910) impulsado por el optimismo progresista del positivismo y por las inversiones del capital inglés.¹⁹⁷ La modernización de México también arrancó por aquellos años, particularmente a partir de 1877, con el proyecto de paz, orden y progreso del presidente Porfirio Díaz, y también mediante la inversión de capital extranjero.¹⁹⁸

Respecto a la formación académica de los autores, cabe destacar que fueron autodidactas. Cuando ambos eran muy pequeños sabían leer y escribir, habiendo aprendido con ayuda de sus familiares, a través de la lectura de periódicos y revistas locales.¹⁹⁹ Su

propósito unificador de dicha publicación era hacer crecer y crear nueva literatura nacional (*vid.* B. Clark de Lara, “Introducción” a *Obras XIII. Meditaciones políticas*, p. XLVIII).

¹⁹⁵ *Vid.* Belén Castro Morales, “Cronología” en *Biblioteca de autor: José Enrique Rodó*, Cervantes virtual <http://goo.gl/1Kdq6p> consultado el 17 de julio de 2015) // Rodó también fue testigo de la siguiente guerra civil uruguaya a partir de 1903, bajo el mandato de José Batlle y Ordoñez., cuando se enfrentaron las facciones del Partido Colorado y las del Partido Nacional.

¹⁹⁶ B. Castro Morales, *op. cit.*

¹⁹⁷ *Idem.*

¹⁹⁸ Recordemos que la modernidad en las letras de México se manifestó antes que la modernización económica y material, pues el positivismo comtiano llegó a México a través de Gabino Barreda, desde 1867 (*cf.* B. Clark de Lara y A.L Zavala Díaz, *La construcción del modernismo*, p. X).

¹⁹⁹ Dolores Nájera, madre de Manuel Gutiérrez Nájera, fue quien enseñó a su hijo a leer por medio de los periódicos. También tuvo interés en que su hijo fuese instruido en la fe católica, incluso logró orientarlo a la vocación religiosa y que estudiara un tiempo breve para seminarista, estudios que no concretó (*cf.* Margarita Gutiérrez Nájera, *Reflejo. Biografía anecdótica de Manuel Gutiérrez Nájera*, p. 11). // Por otro lado, aunque no pudieran calificarse como “intelectuales”, los padres de José Enrique Rodó poseían una selecta biblioteca y eran amantes de la lectura; su padre, José Rodó y Janet, tenía vínculos de amistad con importantes literatos del Uruguay decimonónico. A los cuatro años de edad, el pequeño José Enrique sabía leer y escribir con la ayuda de una de sus hermanas mayores, de esta manera pudo recoger la tradición intelectual rioplatense al leer colecciones completas de los periódicos montevideanos más importantes de su época, así como las obras de Sarmiento, Echeverría y Alberdi (*vid.* E. Rodríguez Monegal, *op. cit.*, p. 19).

vocación literaria derivó de la curiosidad por las letras, aprendida también de sus familias, que los llevó a un temprano despertar como literatos. No obstante, ninguno de los dos obtuvo en años posteriores un título académico. En el caso de Nájera, lo más cerca que estuvo de una vocación profesional fue el seminario católico, del cual desertó; mientras Rodó estudió en un liceo de Montevideo obteniendo la máxima distinción en literatura, pero precisamente esa pasión por las letras lo llevó a alejarse del liceo y al desinterés por obtener el grado de bachiller, circunstancia que experimentaron muchos de sus contemporáneos.²⁰⁰ Sin embargo, la ausencia de un título académico no impidió en absoluto que fueran los primeros y más importantes modernistas de México y Uruguay, así como dos personajes fundamentales de la literatura latinoamericana. Ambos sintieron la necesidad de reivindicar el lugar del escritor dentro de la modernidad de finales del siglo XIX, asignándole la misión de actuar en función del crecimiento de la sociedad y de la consecución de su identidad nacional en sus respectivos momentos y contexto específico. Una de las primeras formas en que lo hicieron fue desarrollando un proyecto cultural que consistía en difundir el modernismo mediante la publicación periódica de sus creaciones: la *Revista Azul* en la Ciudad de México (1894-1896), y la *Revista Nacional de Literatura y Ciencias Sociales* en Montevideo (1895-1897).

La *Revista Azul* se concibió como un órgano puramente literario para alojar la madurez de la creación modernista hispanoamericana; uno de sus fundadores, propietarios y colaboradores fue Manuel Gutiérrez Nájera. El eclecticismo de los modernistas que colaboraban en la *Revista Azul* fue evidente, ya que compiló distintas tendencias literarias: nacionalismo, algo de naturalismo, odas y críticas al positivismo y al modernismo mismo.²⁰¹ Por su parte, la *Revista Nacional de Literatura y Ciencias Sociales* fue ideada por José Enrique Rodó, Víctor Pérez Petit, y los hermanos Daniel y Carlos Martínez Vigil. De acuerdo

²⁰⁰ Rodó y casi todos los integrantes de la Generación del 900 (Uruguay, 1865-1880) no fueron universitarios. La obra de Rodó aparece inscrita en una generación que la crítica literaria decidió nombrar Generación del 900, por ser esta la fecha aproximada en que se dio la revelación de nuevos y jóvenes escritores. Esta Generación tenía como lenguaje común el modernismo y el propósito de colocar sus obras en un plano universal, de tal manera que la literatura uruguaya se incorporara plenamente a la literatura occidental del fin de siglo. Entre los principales integrantes de la Generación del 900 figuraron (por edades de mayor a menor): Javier de Viana; Carlos Reyes; José Enrique Rodó; Carlos Vaz Ferreira; Julio Herrera y Reissig; María Eugenia Vaz Ferreira y Florencio Sánchez; lo más jóvenes, casi pertenecientes a otra generación, fueron Horacio Quiroga y Delmira Agustini, ésta última nacida en 1896 (*vid.* E. Rodríguez Monegal, *op. cit.*, pp. 69-72).

²⁰¹ *Vid.* B. Clark de Lara y Fernando Curiel Defossé, *El modernismo en México a través de cinco revistas*, pp. 22-23.

con la declaración de su programa, la publicación pretendía entrar en el panorama del periodismo cultural para ofrecer propuestas de la nueva generación y para sacudir el marasmo en que yacía el intelecto uruguayo.²⁰² A decir de Emir Rodríguez Monegal, la *Revista Nacional de Literatura y Ciencias Sociales* fue una típica empresa juvenil, pero planeada y ejecutada con sentido común. No fue una publicación revolucionaria, por el contrario, acogió tendencias opuestas: representantes de la vieja generación literaria de Uruguay y los valores oficiales, junto al modernismo. Además, el título mismo de la revista daba espacio para hablar de temas sociales y científicos, sin caer en el frío y pragmático científicismo positivista. En esta publicación, Rodó se desempeñó por primera vez como crítico literario.²⁰³

En conclusión, ambas publicaciones tenían el propósito de mostrar al modernismo como un crisol para las ideas de la modernidad del fin del siglo, incluyendo a las ciencias, pero sin apegarse al pragmatismo científicista, y con el objetivo de sustentar una literatura propia. Manuel Gutiérrez Nájera propuso la idea de una literatura propia conformada por un grupo heterogéneo de literatos, cuyas obras estuvieran dotadas de individualidad y originalidad, producto del comercio intelectual entre los pueblos.²⁰⁴ Propósito paralelo tuvo la *Revista Nacional de Literatura y Ciencias Sociales*.

En el capítulo segundo de esta tesis mencioné que muchos literatos de finales del siglo XIX debieron adaptarse a las exigencias de la cotidianidad citadina en la que el escritor debía *producir* si pretendía integrarse a la dinámica socioeconómica. Incluso, si esa no era su intención, la actividad literaria se enfrentaba con un nudo problemático por no contar con el respaldo de un mercado efectivo de lectores que permitiera al escritor publicar de manera independiente, lo cual convertía a la literatura en una actividad muy poco, o casi nada redituable. Una salida práctica a esa situación fue el ejercicio periodístico. Sin embargo, los escritores finiseculares cuidaban que su quehacer no derivara en la vulgar tarea del *reporter*, fría y efímera; al contrario, como sostuvo el crítico literario uruguayo Ángel Rama, los modernistas se consagraron a la prensa doctrinal de estilo francés, cuyo refinamiento estaba formulado para un público selecto y tenía un propósito ideológico.²⁰⁵ Es comprensible

²⁰² B. Castro Morales, *op. cit.*

²⁰³ *Vid.* E. Rodríguez Monegal, *op. cit.*, p. 25.

²⁰⁴ *Vid.* B. Clark de Lara y A.L. Zavala Díaz, *op. cit.*, p. XVIII

²⁰⁵ Ángel Rama, *apud* Françoise Perus, *Literatura y sociedad en América Latina. El modernismo*, p. 88.

entonces que los autores analizados incursionaran en la actividad periodística. Durante todos sus años de actividad literaria Gutiérrez Nájera fue cronista y admitió que esos escritos le producían malestar porque le impedían concentrarse plenamente en la creación poética. Esto también explica que muchas de las obras de Manuel Gutiérrez Nájera hubieran permanecido “ocultas” entre las páginas de varias publicaciones periódicas de la Ciudad de México. Fue Erwin K. Mapes quien emprendió la primera labor de rastreo de la producción literaria de Gutiérrez Nájera cuando, a partir de 1939, comenzó a dar a conocer material inédito a partir de investigaciones hemerográficas.²⁰⁶

Enrique Rodó, por su parte, mientras colaboraba en la *Revista Nacional de Literatura y Ciencias Sociales*, militó en la Juventud Colorada y trabajó como redactor de *El Orden* (publicación oficialista) durante la candidatura de Lindolfo Cuestas a la presidencia, al tiempo que tenía un trabajo en la oficina de Avalúos de Guerra donde le solicitaban redactar prólogos.²⁰⁷

Otra condición circunstancial similar entre los dos escritores es que fungieron como diputados, también como actividad remunerada para enfrentar las exigencias materiales de sus vidas. Gutiérrez Nájera fue suplente en el Congreso mexicano desde 1886, y dos años después obtuvo el cargo formal para el Distrito Electoral de Texcoco, hasta su muerte en 1895. Y José Enrique Rodó ejerció su primer periodo como diputado del parlamento uruguayo de 1902 a 1905, y el segundo de 1908 a 1911. Varios de los discursos pronunciados por Rodó durante sus dos periodos legislativos se encuentran compilados en la edición de Emir Rodríguez Monegal. Los principales temas que abordó Rodó fueron de índole social y cultural, por ejemplo, la cuestión del salario de los catedráticos de la Universidad de Montevideo, la libertad de prensa o la extensión del impuesto a libros extranjeros, pero también mostró su postura ante el proyecto de reforma constitucional de Uruguay en 1904, o el tratado de límites con Brasil, en 1911.²⁰⁸

²⁰⁶ Vid. Ana Elena Díaz Alejo, “Advertencia editorial” a *Obras XI. Narrativa I*, p. XII. Años más tarde, Belem Clark de Lara encontró entre las páginas de *El Noticioso* la primera novela modernista de Hispanoamérica, autoría de Manuel Gutiérrez Nájera, *Por donde se sube al cielo* (1882), como novela de folletín. Cabe señalar que Manuel Gutiérrez Nájera sólo vio publicado en vida sus *Cuentos frágiles* (1883), detalle que indica la poca oportunidad que tuvo el escritor para dar a conocer su obra de forma independiente.

²⁰⁷ B. Castro Morales, *op. cit.*

²⁰⁸ Vid. E. Rodríguez Monegal, *op. cit.*, p. 1091.

La manera en que estos autores desarrollaron sus vidas personales y profesionales demostró que fueron hombres completamente ciudadanos, con un estilo de vida cómodo, por lo que el cosmopolitismo también es un punto común entre ambos. No obstante, sólo Rodó conoció Europa, pues en 1916 recibió una propuesta de los editores de las revistas argentinas *Caras y Caretas* y *Plus Ultra* para ser corresponsal extraordinario de cultura en Europa, y aceptó. Su itinerario abarcaría visitar Portugal, España e Italia, para finalmente instalarse en París y consagrarse plenamente a su trabajo literario, pero no pudo llevar a cabo el plan completo pues, en efecto, visitó Lisboa, Barcelona y Génova, pero desde ahí, enfermo, viajó por varias ciudades italianas hasta llegar a Palermo, donde su estado de salud agravó irremediablemente y falleció el 1 de mayo de 1917 a la edad de cuarenta y cinco años.²⁰⁹

Al mismo tiempo en que decaía la salud de José Enrique Rodó, en Europa se desarrollaba un acontecimiento de altísimo impacto: la Primera Guerra Mundial. A su paso por Europa, Rodó escribió crónicas y artículos en los que quedaron plasmados los destrozos materiales y humanos que dejaba el conflicto armado, y que pusieron al descubierto el agotamiento de su fe en el porvenir. Sin embargo, esa desesperanza reafirmó su convicción por lograr la unidad iberoamericana.²¹⁰ Murió antes de que finalizara la guerra, pero cabe preguntarse si de haber vivido varios años más hubiese tenido la intención de volver a su patria, decepcionado y afligido por la posguerra y sus efectos adversos en el desarrollo material de Europa.

Manuel Gutiérrez Nájera falleció en la Ciudad de México a una edad más temprana que Rodó, con treinta y seis años cumplidos (1895). En su caso, también puede formularse un cuestionamiento: si Gutiérrez Nájera hubiese vivido al menos una década más habría atestiguado el resonar de *Ariel* en Hispanoamérica, muy probablemente lo habría leído, entonces ¿se habría identificado con él? De haber vivido más habría visto el ocaso del Porfiriato, y dudo que hubiese recibido bien la idea de un movimiento revolucionario armado en México, precisamente contra el régimen de Porfirio Díaz. Pero habría sido un buen motivo para redactar más crónicas, ensayos y artículos. También habría conocido los sucesos de la

²⁰⁹ Cf. B. Castro Morales, *op. cit.*

²¹⁰ *Ibidem.*

Primera Guerra Mundial, los habría analizado, habría opinado, e indudablemente habría tomado partido por los Aliados, como hizo Rodó.

Lo que es un hecho, es la trascendencia de los dos escritores para la literatura en lengua española y para la historia de las ideas en América Latina. Manuel Gutiérrez Nájera es reconocido como uno de los primeros modernistas, escritor de la primera novela en este género, y un personaje representativo en el ámbito de la cultura de los primeros años del Porfiriato. Igualmente, José Enrique Rodó se consagró como un ícono del modernismo y como uno de los pensadores más influyentes del siglo XX en América Latina.

En los ensayos analizados se exploró una cara del modernismo que estuvo comprometida con la realidad de sus autores en sus respectivos momentos históricos. Como se ha hecho patente en el transcurso de la tesis, los modernistas vivieron en el vórtice del siglo XIX, lleno de cambios que generaban incertidumbre individual y colectiva, que afectaban no sólo el aspecto material de la existencia, sino también el sentido espiritual.

El medio más prolífico en el que se expresaron los modernistas hispanoamericanos fue la literatura. El capítulo segundo de esta tesis se sustenta en el argumento de que el modernismo nació en la prosa, y que fue precisamente en ese género que Gutiérrez Nájera y Enrique Rodó dejaron ver otro lado del modernismo que miraba de frente su realidad, con ojos críticos e ideas propositivas.

CONCLUSIONES

La presente tesis es resultado de un proceso de investigación cuyo objetivo fue comparar analíticamente una selección de ensayos de los escritores Manuel Gutiérrez Nájera y José Enrique Rodó para demostrar que mediante la prosa ensayística los modernistas evaluaron, criticaron y propusieron soluciones para problemas políticos y culturales de la sociedad latinoamericana en las postrimerías del siglo XIX. Ello refuta la errónea interpretación que asume al modernismo como literatura evasora de la realidad que se aleja de los asuntos cotidianos.

La producción literaria de ambos autores fue vasta, pues abarcó poesía, novela, crónica y artículos. Sin embargo, decidí enfocarme en su corpus de ensayos para mostrar que este género también fue prolífico en el modernismo latinoamericano. Con ello igualmente se corrigió la equivocada idea de que el modernismo sólo fue fructífero en la poesía, pues, al contrario, se ha comprobado que también en la prosa tiene importancia y trascendencia propias, sobre todo si observamos que en la prosa nació el modernismo.

Cumplimiento de objetivos

a) Objetivos generales

Con el propósito de sustentar teóricamente mi investigación fue necesario definir una categoría central: el ensayo, el cual se describió y se caracterizó como un género literario que permite al autor desarrollar ideas de distinta naturaleza, sin más método que la redacción y estilo propios del escritor; por ello, durante el desarrollo de la tesis comprobé que no existe un ensayo prototípico.

En los textos analizados observé que un solo autor podía escribir distintos tipos de ensayo: algunos con lenguaje científico combinado con versos; otros que se acercan más a la crónica o al tratado. En cualquier caso, comprobé que está escrito en primera persona y su eje central no son personajes sino un corpus de ideas del escritor mismo; por eso, este género es una buena herramienta como primer acercamiento a un autor; no obstante, es necesario matizar la propuesta de que los ensayos son reflejo entero y puro del intimismo de quien lo

escribe, pues, recordemos, la confesión como recurso característico del ensayo no siempre está presente en éste y no olvidemos que esas ideas están sujetas a trasfondos históricos y sociales específicos, lo cual explica, por ejemplo, que Gutiérrez Nájera cambiara de parecer respecto al tema del intervencionismo norteamericano en México, con apenas dos años de diferencia entre una y otra reflexión.

El ensayo es expositivo, reflexivo y propositivo, por lo que Gutiérrez Nájera y Enrique Rodó abordaron distintos temas en sus ensayos y expresaron propuestas y soluciones para diversos conflictos de su contexto social y cultural, a nivel nacional e internacional.

Estudiar un ensayo significó interpretar lo que los autores habían interpretado, y por tanto fue necesario conocer y analizar no sólo el contenido de cada texto sino indagar también en los datos e información del contexto de los autores, ya que como expresa Lilita Weinber, un ensayo es una configuración que refiere el mundo y el conocimiento del mundo del cual deriva la perspectiva del autor.

Igualmente, examinar algunos ensayos del modernismo implicó revisar el origen de este género en América Latina, el cual ubiqué en el siglo XIX, momento en que los hombres de letras de habla hispana se apropiaron de éste como una nueva prosa. Aunque tal como se concibe actualmente y como lo entendí a lo largo de la tesis, el ensayo surgió en Francia a finales del siglo XVI, con Michel de Montaigne, cabe aclarar que en palabras de John Skirius, en la Hispanoamérica del siglo XIX los grandes prosistas eran a la vez fecundos ensayistas (como Sarmiento, Bello, Lastarria, Montalvo, Martí y Hostos), y en el momento en que Gutiérrez Nájera y Enrique Rodó redactaron los escritos analizados en este trabajo, el término “ensayo” no estaba difundido por completo, por lo que ellos mismos adjetivaron sus textos como “reflexiones” o “meditaciones”, las cuales evidentemente son elementos esenciales del ensayo. Por tanto, todo era cuestión de terminología.

Se cumplió el objetivo de definir otra categoría sustancial para mi investigación: modernismo, el cual fue retomado lejos de la interpretación de sus primeros críticos que lo concebían como una escuela literaria cuyos vástagos creaban obras que evadían la realidad, con temas, por excelencia, idílicos y exóticos. El marco teórico de mi tesis desmintió esa interpretación, pues el modernismo fue una actitud humana, una manifestación del arte y una

nueva configuración literaria que surgió en la prosa con la novela *Por donde se sube al cielo*, de Manuel Gutiérrez Nájera.

Otro objetivo general de la tesis fue contextualizar la obra ensayística de los autores en su ámbito social, político y cultural, tarea necesaria porque los textos elegidos fueron escritos con el propósito de opinar, criticar y proponer soluciones para temas reales que acontecían o que habían acontecido en el entorno de cada uno, como los cambios en la ciencia y la tecnología, los sucesos políticos locales e internacionales, la renovación de ideas en América Latina, entre otros.

En general, ambos ensayistas estuvieron inmersos en el nudo cultural de la modernidad que para las dos últimas décadas del siglo XIX había acelerado su avance, generando nuevas circunstancias sociales. Este aspecto se ejemplificó con dos vertientes: con la *modernización* al interior de cada país, es decir con los procesos de industrialización, nuevas tecnologías, ciencias aplicadas e infraestructura urbana desarrollados en México y Uruguay entre los años 1875 y 1900; y con el modernismo, que fue parte de la respuesta cultural que se dio a dicha etapa de la modernidad.

a) Objetivos particulares

Como objetivos particulares esta tesis buscó indicar las características modernistas en cada uno de los ensayos de Nájera y Rodó. Con el análisis comparativo encontré que el horizonte reflexivo fue el porvenir que, a pesar de estar rodeado de incertidumbre, daba cierta esperanza para concretar objetivos propios. El sincretismo también es una característica modernista en los ensayos analizados, y es visible sobre todo en las propuestas culturales y políticas para América Latina, pues los autores deseaban una cultura que retomara los valores estéticos y el *modus vivendi* de la Francia aristocrática de su época; un pragmatismo político moderado y adecuado para Latinoamérica, marcado por un liberalismo renovado y por los beneficios materiales de la inversión extranjera. Sin embargo, pugnaban por que este último elemento fuera tratado con especial cuidado, ya que el poder de la intervención extranjera podía ser contraproducente si no se le imponían límites con una política económica local fuerte y estable. Estos factores debían encontrar un punto de equilibrio entre sí, para sí, y para el proyecto latinoamericano propuesto por Nájera y Rodó.

Otro objetivo particular fue explicar el contexto inmediato de los escritores analizados, a partir de lo cual encontré varias similitudes en su vida personal y en sus ambientes de creación artística. Ambos nacieron y crecieron en familias con orígenes y prácticas culturales semejantes; fueron autodidactas y carecieron de títulos universitarios; habitantes de la ciudad, se ganaron la vida con actividades adicionales a su quehacer literario, pues como redactores en diarios locales ejercieron el periodismo y ocuparon cargos públicos como diputados. En pocas palabras, fueron generadores y principales difusores del modernismo en sus respectivos momentos y contextos, siendo completamente intelectuales, entendiendo al intelectual como sujeto activo y letrado de opinión pública.

Comprobación de hipótesis

La hipótesis de mi tesis fue comprobada: el ensayo fue un género literario por medio del cual ciertos autores modernistas latinoamericanos transmitieron e incentivaron la reflexión sobre la condición social, política y cultural de las últimas dos décadas del siglo XIX. Y pese a que Manuel Gutiérrez Nájera y José Enrique Rodó vivieron en países geográficamente distantes y que existieron brechas cronológicas entre sus obras, convergieron en determinados temas, en opiniones y propuestas frente a la modernidad y frente a los conflictos socioculturales de su época. Los temas y propuestas comunes que encontré con el análisis son latinoamericanismo; sincretismo y adaptación de elementos culturales extranjeros para lograr el mejoramiento de América; la ambivalencia de la influencia extranjera; la búsqueda de equilibrio entre el desarrollo material y espiritual de la sociedad; complementar la tradición con la modernidad; reflexiones sobre la política nacional e internacional; ciencia, tecnología e historia interpretada desde el enfoque positivista, pero sin soslayar su aspecto vital humano.

Aunque el modernismo es más reconocido y estudiado en su producción poética, el análisis me llevó a concluir que su fase ensayística refleja de manera clara las inquietudes de sus autores frente a la modernidad y la modernización que experimentaba la sociedad citadina finisecular, ya que el ensayo es una manera muy libre de la prosa, el género con el que es posible conocer al autor en un grado poco más transparente.

Más allá de las similitudes, cada autor mostró un sello propio en sus ensayos: mientras Gutiérrez Nájera se enfocaba en temas cotidianos y proponía soluciones prácticas e inmediatas para ellos, Rodó reparaba en aspectos relativos al contexto social finisecular, pero con un enfoque más profundo y con propuestas a largo plazo, como el elaborado proyecto cultural para la unidad de América. Eso no demerita la aportación de Gutiérrez Nájera, quien legó para la literatura hispanoamericana, ni más ni menos, que la primera novela modernista y un corpus de textos prosísticos —entre ensayos, crónicas y artículos— que superó los dos mil ejemplares. La diferencia no radica en la formación académica, ni en que alguno de los dos tuviera menor capacidad o tiempo para profundizar más en determinados temas; me aventuro a proponer que la distinción principal estriba en sus personalidades, y en menor medida en sus influencias ideológicas, ya que desde muy temprana edad Rodó se familiarizó y se identificó con ideas americanistas como las de Simón Bolívar, leyó a Sarmiento, Lastarria y Bello, y fue más viva su inquietud por proponer un proyecto cultural latinoamericanista.

De lo anterior se concluye que el latinoamericanismo de José Enrique Rodó fue concebido como un proyecto cultural regional profundo depositado en la juventud de América Latina, estructurado, notablemente en oposición a la *nordomanía*, concepto acuñado por él en *Ariel*, refiriéndose a la manía de imitar al Norte político (Estados Unidos); destaca así del latinoamericanismo de Manuel Gutiérrez Nájera, siendo éste último menos definido, pensado en función de la inmediatez y el pragmatismo, según la demanda de las circunstancias, más como una política de Estado que una tarea civil intelectual.

Cabe mencionar que, al momento de su creación, la producción literaria de Nájera y Rodó que analicé estuvo dirigida a un público selecto, integrado principalmente por varones de clase media y alta de la sociedad latinoamericana, pues como también mencioné en el segundo capítulo, el modernismo no fue literatura popular a pesar de que las propuestas de sus autores apuntaran, en mayor o menor medida, hacia la unidad general de los pueblos de América Latina. La limitación de los primeros alcances de la lectura de estos textos fue resultado, en primer lugar, del espacio específico desde el cual fueron publicados: periódicos y revistas de dos ciudades particulares, lo cual acotaba su distribución hacia otras regiones; en segundo lugar, como el término lo indica, una publicación periódica estaba sujeta a la

inmediatez, pautas editoriales y hasta censura, pero, al mismo tiempo, significaba una oportunidad asequible para la publicación literaria modernista, o al menos lo era frente un contexto en el que los escritores ya no podían vivir únicamente del arte.

Limitaciones de los resultados de la investigación

La tesis tuvo como objeto de estudio sólo algunos ensayos de dos autores modernistas, lo cual genera conclusiones muy particulares. Sin embargo, este análisis podría incentivar una investigación más profunda en la que el corpus de textos analizados y comparados fuera mayor y pudieran incluirse a más autores modernistas. También, la presente investigación podría complementarse con estudios sobre el rol determinante de las publicaciones periódicas para el modernismo, la caracterización de aquel público lector contemporáneo y la recepción y réplica que le dieron a cada texto.

Además, la investigación arrojó interrogantes con respuestas dispersas respecto a las reflexiones ausentes sobre temas como la situación de los pueblos indígenas en el México decimonónico, o la inmigración europea en Uruguay, que eran elementos importantes en el momento histórico en que Nájera y Rodó escribieron sus obras, y aspectos relevantes a considerar si se pretendía formar una unidad cultural de América; en este mismo sentido no se aclara la opinión de los autores sobre el lado poco amable de la modernización al interior de sus naciones, por ejemplo, las condiciones de los peones en las haciendas, la mano de obra en las fábricas, o que los beneficios de la modernidad no llegaran a todos por igual; quizá, esa misma ausencia de pronunciamiento sea una reafirmación del perfil cosmopolita y privilegiado de los escritores.

Aportaciones para los estudios latinoamericanos

Si bien esta tesis fue elaborada desde el enfoque literario, también se funda en conocimientos teóricos de los estudios latinoamericanos, para los cuales se ha aportado una reflexión del modernismo que no atiende la producción literaria de José Martí o Rubén Darío, personajes sumamente significativos para esta corriente y que han sido estudiados en demasía, sino que analiza un conjunto de textos no tan conocidos de Rodó, como *Ariel* o *Motivos de Proteo*, así como un conjunto de escritos de Gutiérrez Nájera que son distintos de sus crónicas sobre teatro y vida citadina de los primeros años del México porfirista. Ello, con el fin de mostrar desde los estudios latinoamericanos que el proceso de modernización de la región, subordinado a un desarrollo de escala mundial, generó una nueva etapa de la historia del continente y una serie de nuevas ideas que indicaban la necesidad de proyectar una cultura original de Latinoamérica hacia el mundo.

BIBLIOGRAFÍA

Adorno, Theodor W., “El ensayo como forma”, en *Notas sobre literatura*. Madrid, Akal, 2003.

Alonso Pedraz, Martín, “Segunda forma: el ensayismo”, en José Luis Gómez Martínez, *Teoría del ensayo*. México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1992.

Arenas Cruz, Elena, “El ensayo como clase de textos del género argumentativo: un ejemplo de Ortega y Gasset”, en Vicente Cervera, *et al.*, *El ensayo como género literario*. Murcia, Universidad de Murcia, Servicio de Publicaciones, 2005.

Aullón de Haro, Pedro, *Teoría del ensayo*. Madrid, Verbum, 1992.

-----, “El género ensayístico, los géneros ensayísticos y el sistema de géneros”, en Vicente Cervera, *et al.*, *El ensayo como género literario*. Murcia, Universidad de Murcia, Servicio de Publicaciones, 2005.

Barfield, Thomas (editor), *Diccionario de Antropología*. México, Siglo XXI Editores, 2000.

Baudelaire, Charles, *Las flores del mal*. Edición bilingüe de Alain Verjat y Luis Martínez de Merlo. Madrid, Cátedra, 11ª edición, 2006.

Berman, Marshall, *Todo lo sólido se desvanece en el aire. La experiencia de la modernidad*. Madrid, Siglo XXI Editores, 1998.

Bleznick, Donald W., “*El ensayo español del siglo XVI al XX*” en José Luis Gómez Martínez, *Teoría del ensayo*. México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1992.

Bourdieu, Pierre, *Las reglas del arte. Génesis y estructura del campo literario*. Traducción de Thomas Kauf. Barcelona, Anagrama, 1995.

Chiano, Juan Carlos, “De ensayistas”, en José Luis Gómez Martínez, *Teoría del ensayo*. México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1992.

Clark de Lara, Belem, “¿Generaciones o constelaciones?”, en Belem Clark de Lara y Elisa Speckman (compiladoras), *La República de las Letras: asomos a la cultura escrita del México decimonónico*, vol. 1. Introducción de Elisa Speckman. México, Universidad Nacional Autónoma de México, Coordinación de Humanidades, Instituto de Investigaciones Bibliográficas, Instituto de Investigaciones Filológicas, Instituto de Investigaciones Históricas, 2005.

-----, *Tradición y modernidad en Manuel Gutiérrez Nájera*. México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1998.

-----, y Ana Laura Zavala Díaz (compiladoras), *La construcción del modernismo*. México, Universidad Nacional Autónoma de México, 2002.

-----, y Fernando Curiel Defossé, *El modernismo en México a través de cinco revistas*. México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Filológicas, 2000.

-----, y Mariana Flores Monroy, *El Renacimiento*. Periódico literario, segunda época. Edición facsimilar. México, Universidad Nacional Autónoma de México, Coordinación de Humanidades, 2006.

Clemente, José Edmundo, “El ensayo”, en José Luis Gómez Martínez, *Teoría del ensayo*. México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1992.

Coll, Pedro Emilio, “Decadentismo y americanismo”, en Ricardo Gullón, *El modernismo visto por los modernistas*. Barcelona, Guadarrama, Punto Omega, 1980.

Díaz, Lilia, “La Guerra de Tres Años”, en Daniel Cosío Villegas (*et al.*), *Historia general de México*. México, El Colegio de México, Fondo de Cultura Económica, 2000.

Dumas, Claude, *Justo Sierra y el México de su tiempo, 1848-1912*, t. 1. Traducción de Carlos Ortega. México, Universidad Nacional Autónoma de México, Coordinación de Humanidades, 2ª edición, 1992.

Earle, Peter G., y Robert G. Mead Jr., *Historia del ensayo hispanoamericano*. México, Ediciones Andrea, 1956.

Earle, Peter G., “El ensayo hispanoamericano, del modernismo a la modernidad” en Saúl Sosnowski, *Lectura crítica de la literatura americana. La formación de las culturas nacionales*, t. 2. Selección, prólogo y notas de Saúl Sosnowski. Caracas, Fundación Biblioteca Ayacucho, 1996.

Fernandes, Florestan, *et al.*, *Las clases sociales en América Latina. Problemas de conceptualización*. México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Sociales, Siglo XXI Editores, 11ª edición, 1998.

Ferrater Mora, José, *Diccionario de Filosofía*, tomo 2. Buenos Aires, Editorial Sudamericana, 5ª edición, 1964.

Goetschel, Pascal y Emanuelle Loyer, *Histoire culturelle de la France, de la Belle Époque à nous jours*. París, Armand Colin Editeur, 2005.

Gómez de Baquero, Eduardo, “El ensayo y los ensayistas españoles contemporáneos”, en José Luis Gómez Martínez, *Teoría del ensayo*. México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1992.

Gutiérrez Girardot, Rafael, *Modernismo. Supuestos históricos y culturales*. Bogotá, Fondo de Cultura Económica, 2004.

Gutiérrez Nájera, Manuel, *Obras x. Historia y ciencia. Artículos y ensayos (1879-1894)*. Edición crítica, introducción, notas e índices de Ana Laura Zavala Díaz. México, Universidad Nacional Autónoma de México, Coordinación de Humanidades, Instituto de Investigaciones Filológicas, 2008.

-----, *Obras xi. Narrativa I. Por donde se sube al cielo (1882)*. Edición de Ana Elena Díaz Alejo. Prólogo, introducción, notas e índices de Belem Clark de Lara. México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Filológicas, 1994.

-----, *Obras xiii. Meditaciones políticas (1877-1894)*. Introducción, notas e índices de Belem Clark de Lara. Edición de Yolanda Bache Cortés y Belem Clark de Lara. México, Universidad Nacional Autónoma de México, Coordinación de Humanidades, Instituto de Investigaciones Filológicas, 2000.

Gutiérrez Nájera, Margarita, *Reflejo. Biografía anecdótica de Manuel Gutiérrez Nájera*. México, Instituto Nacional de Bellas Artes, 1960.

Hale, Charles A., *La transformación del liberalismo en México a fines del siglo XIX*. Traducción de Purificación Jiménez. México, Fondo de Cultura Económica, 2002.

Halperín Donghi, Tulio, *Historia contemporánea de América Latina*. Madrid, Alianza, 1970.

López-Chávarri, Eduardo, “¿Qué es el modernismo y que significa como escuela dentro del arte en general, y de la literatura en particular?”, en Ricardo Gullón, *El modernismo visto por los modernistas*. Barcelona, Guadarrama, Punto Omega, 1980.

Loveluck, Juan, “El ensayo hispanoamericano y su naturaleza”, en José Luis Gómez Martínez, *Teoría del ensayo*. México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1992.

Marx, Karl y Friedrich Engels, *La ideología alemana: crítica de la novísima filosofía alemana en las personas de sus representantes Feuerbach, B. Bauer y Stirner y del socialismo alemán en las de sus diferentes profetas*. Traducción de Wenceslao Roces. México, Grijalbo, 1987.

Mead Jr., Robert G., “Breve historia del ensayo hispanoamericano”, en José Luis Gómez Martínez, *Teoría del ensayo*. México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1992.

Monguió, Luis. “Sobre la caracterización del modernismo”, en Homero Castillo, *Estudios críticos sobre el modernismo*. Madrid, Gredos, 1974.

Nicol, Eduardo, “Ensayo sobre el ensayo”, en José Luis Gómez Martínez, *Teoría del ensayo*. México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1992.

Perus, Françoise, *Literatura y sociedad en América Latina. Modernismo*. México, Siglo XXI Editores, 1978.

Picón-Salas, Mariano, “Y va de ensayo”, en José Luis Gómez Martínez, *Teoría del ensayo*. México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1992.

Polo García, Victorino, *El modernismo, la pasión por vivir el arte*. Barcelona, Montesinos, 1987.

Rodó, José Enrique, *Obras completas*. Edición, introducción y prólogos de Emir Rodríguez Monegal. Madrid, Aguilar, 2ª edición, 1967.

Schulman, Iván, *Génesis del modernismo: Martí, Nájera, Silva, Casal*. México, El Colegio de México, Washington University Press, 1968.

-----, “Reflexiones en torno a la definición del modernismo”, en Lily Litvak, *El modernismo. El escritor y la crítica*. Madrid, Taurus, 1981.

Sin firma, “Nuestros propósitos”, en Ricardo Gullón, *El modernismo visto por los modernistas*. Barcelona, Guadarrama, Punto Omega, 1980.

Skirius, John (compilador), *El ensayo hispanoamericano del siglo XX*. México, Fondo de Cultura Económica, 3ª edición, 1994.

Smith, Tony, *Los modelos de imperialismo. Estados Unidos, Gran Bretaña y el mundo tardíamente industrializado desde 1815*. Traducción de Eduardo L. Suárez. México, Fondo de Cultura Económica, 1984.

Vázquez, Josefina Zoraida, *Nacionalismo y educación en México*. México, El Colegio de México, 2000.

Virasoro, Rafael, “El ensayo”, en José Luis Gómez Martínez, *Teoría del ensayo*. México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1992.

Vitier, Merdardo, “El ensayo como género”, en José Luis Gómez Martínez, *Teoría del ensayo*. México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1992.

-----, *Del ensayo americano*. México, Fondo de Cultura Económica, 1994.

Weinberg, Liliana, *Pensar el ensayo*. México, Siglo XXI Editores, El Colegio de Sinaloa, 2007.

Zum Felde, Alberto, *Índice crítico de la literatura hispanoamericana. El ensayo y la crítica*. México, Guaranía, 1954.

HEMEROGRAFÍA

Altamirano, Carlos, “Intelectuales: nacimiento y peripecia de un nombre”, en *Nueva Sociedad*, núm. 45 (mayo-junio 2013), pp. 38-53.

Bernal Muñoz, José Luis, “El color en la literatura del modernismo”, en *Anales de Literatura Española*, núm. 15, 2002, pp. 171-191.

Ruíz de Gaytán de San Vicente, Beatriz, “La vigencia de la Leyenda Negra como factor de retraso en Hispanoamérica”, en *Quaderni Ibero-Americani*, núm. 71, 1972, pp. 21-27.

Schulman, Iván, “José Martí y Manuel Gutiérrez Nájera: iniciadores del modernismo (1875-1877)”, en *Revista Iberoamericana*, vol. XXX, núm. 57 (enero-junio 1964), pp. 9-50.

FUENTES ELECTRÓNICAS

Benson, Ken, “La particular sensibilidad finisecular del modernismo”, en Actas XIII Congreso AIH, t. II, Centro Virtual Cervantes, p. 103, http://cvc.cervantes.es/literatura/aih/pdf/13/aih_13_2_013.pdf

Castro Morales, Belén, “Cronología”, en *Biblioteca de autor: José Enrique Rodó*, Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes, <http://www.cervantesvirtual.com/obra/jose-enrique-rodo-cronologia/>

Clark de Lara, Belem, “Manuel Gutiérrez Nájera. Primeros años y primeras publicaciones”, en *Enciclopedia de la literatura en México*, www.elem.mx/autor/datos3044

Echeverría, Bolívar, “Un concepto de modernidad” (transcripción de la exposición del autor en la 1ª sesión del seminario La modernidad, versiones y dimensiones, 7 de febrero de 2005), en *Contrahistorias. La otra mirada de Clío*, núm. 11, agosto 2008. <http://www.bolivare.unam.mx/ensayos/Un%20concepto%20de%20modernidad.pdf>

Sin firma, “El individualismo”, en *Estudios. Filosofía, historia, letras*, Instituto Tecnológico Autónomo de México, 1990, http://biblioteca.itam.mx/estudios/estudio/letras22/textos4/sec_2.html

Sin firma, “Reseña. *El siglo de los intelectuales*, Michel Winock”, soporte electrónico <http://www.hislibris.com/el-siglo-de-los-intelectuales-michel-winock/>

Sin firma, “Antecedentes ENP”, <http://dgenp.unam.mx/acercaenp/antecedentes.pdf>